

**REVISTA**  
**DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO**  
**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**JULIO - DICIEMBRE 1944**

**AÑO V**

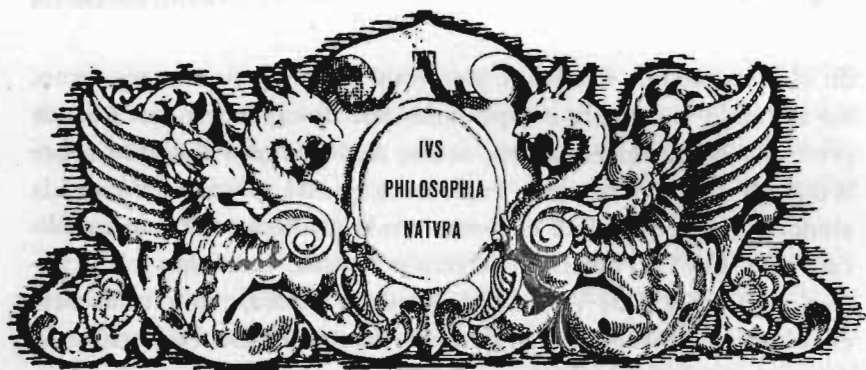
**NÚMS. XXV y XXVI**

---



# SUMARIO

	<u>Páginas</u>
<b>Santa Teresa de Jesús, vista por G. Cunninghame</b> , por Francisco Escobar García. . . . .	5
<b>Seminarios eclesiásticos y cultura media en España</b> , por Rosendo Riesco Flórez. . . . .	31
<b>Paradigma y curso de la pintura asturiana moderna</b> , por José Francés, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. . . . .	55
<b>Las fuentes de «La Vida es Sueño»</b> , por Fernando Vida Nájera, Doctor en Derecho, Delegado Provincial en Asturias de la Organización Nacional de Ciegos. . . . .	93
<b>Notas bibliográficas</b> , por A. F. S. . . . .	149
<b>Crónica universitaria.</b>	151



Santa Teresa de Jesús,  
vista por G. Cunninghame <sup>(1)</sup>

POR

FRANCISCO ESCOBAR GARCIA

I

PREJUICIOS

**Presentación.**—Formando parte del densísimo bosque bibliográfico que se produjo en torno a la figura eximia de Santa Teresa, hay un libro que figura a nombre de Gabriela Cunninghame Graham cuyo título es: «Santa Teresa. Su vida, su época». Madrid, 1927. Versión castellana, por Isabel Alonso.

**Interrogante.**—El hecho de ser el libro producción de la editorial «Revista de Occidente» que, como todos sabemos, ha recogido

---

(1) Conferencia del ciclo Curso de Invierno, pronunciada por el autor en el Aula Máxima de la Universidad de Oviedo.

do el pensamiento filosófico, sino muy español, sí muy moderno, me estimuló vivamente a explorarlo, por dos razones: una porque presumía yo que en él hallaría, acaso, algún estudio filosófico sobre la mística (zona muy poco explorada), y otra, porque me llamó la atención poderosamente encontrar en la primera página una dedicatoria al Dr. D. Francisco Herrera y Bayona, Canónigo y Tesorero de la Catedral de Valladolid, donde la autora, con extraña desenvoltura, se manifiesta en desacuerdo con el Dr. Herrera, en lo que respecta a Santa Teresa.

¿No es para admirar que una escritora inglesa, que vino a España para estudiar sobre el terreno la portentosa obra de Santa Teresa, que recorrió lugar por lugar, todos los puntos geográficos que algún día decoró la Santa con su presencia, que nos descubre su profunda emoción al sentarse en el poyo de la puerta de un convento (1) o de un mesón, donde la escritora presume que la Santa se haya sentado, no es de admirar, repito, que manifieste a un eximio teresianista, como la propia Canninghame llama al Dr. Herrera, su discrepancia sobre el juicio de Santa Teresa?

¿Qué Teresa de Jesús habrá visto esta escritora?

Esta curiosidad me hizo entrar ávidamente por las páginas del libro adelante.

**Lo anti respecto del rey.**—Ya en la primera de la introducción me sorprendieron los poco cariñosos epítetos de «tétrico y fanático,» con que saluda (2) a Felipe II, conceptos que remacha en la página 29 con adjetivos de este tenor: «Felipe II, hombre vulgar, de ideas mezquinas, rutinario y fanático», «que secaba (3) la vida de todos aquellos sobre quienes caía su sombra, y parecía no perseguir otro fin que la ruina de su gran imperio».

---

(1) «¡Cuántas—veces—dice no se apearía de un borriquillo en el umbral de este ancho y bajo portalón que tengo ante mis ojos, cuántas veces al montarse en él no se serviría de este mismo poyete!».—pág. 291.

(2) G. C. Graham. «Santa Teresa. Su vida. Su época», pág. 15.

(3) Pág. 314.

El libro, no obstante, tiene mucho atractivo. Aparte de ciertos datos históricos muy interesantes, como, por ejemplo, el de que Avila se pobló en gran parte por gentes idas de esta región de Asturias, y de que fué el Obispo de Oviedo, en 1099, quien bendijo solemnemente aquella plaza, hay en él hermosas descripciones.

Ante los ojos del lector, sugestionado por el arte de un estilo llano y realista, desfila la imagen policroma del paisaje castellano: los pinares de la sierra en contraste con las moles graníticas de Gredos; los amplios horizontes de trigo y amapolas con las extensas parameras decoloradas por un sol ardiente; los regatos y las sendas de cabras parece que están a pocos metros de nuestra vista. Avila, asentada sobre suelo granítico, desfila ante nosotros mostrándonos todo el encanto y misterio de una vieja ciudad medieval.

**Lo anti respecto de España.**—Pero nada más, lo restante de la introducción es un quejumbroso lamento ante una España que no gusta a la escritora, que ella conceptuaba a medio civilizar (1). He aquí cómo era la España del siglo XVI a juicio de la misma: «La impostura çundía por todo el mundo carcomiendo el corazón de España, aquella España del siglo XVI, con sus soldados lisiados recorriendo el país a la desbandada, sin recibir nunca la paga, ladrones, tahures, mujerzuelas, jácaros, segundones de familias nobles, sin más medio de vida que las manos vacías, clérigos, frailes, y monjas; en fin todo el inquieto caleidoscopio cristalizado para siempre en «Guzmán de Alfarache», «El gran tacaño» y las «Novelas ejemplares» de Cervantes.»

A la escritora que comentamos agradaba más la España del siglo XV, «de prelados levantiscos y guerrilleros, que figuraban a la cabeza de todas las conspiraciones, que aseguraban la sucesión de su beneficio para un hijo o para un nieto; de párrocos que estaban suficientemente habilitados con un poco de gramática parda; de

---

(1) Obr. cit., pág. 288.

monasterios llenos de frailes joviales, amigos del buen vino, que contribuían también a poblar las aldeas vecinas, puestos los ojos en los bienes de este mundo, más que en los intereses espirituales del venidero» (1).

Sin embargo, le disgusta que Carlos V, que Felipe II y la Contrarreforma hayan elevado la espiritualidad de España.

Véase cómo reacciona ante la España del siglo XVI: «Volvamos ahora—dice—(pág. 35) nuestra atención a los españoles de los últimos años de Carlos V y del reinado de Felipe II. ¡Sentimos el alma desfallecer de desaliento y desesperación!» (2).

**Lo anti respecto de la religión.**—También para los frailes tiene la autora acíbar en su pluma. Hablando de San Juan de la Cruz y de los primeros carmelitas reformados, a quienes trata la escritora con reverencia, dice: «Todavía no había entrado el fraile carmelita descalzo a engrosar las filas de mercenarios religiosos cuya negra sombra jamás ha caído sobre el umbral de una humilde vivienda, sin aumentar su pobreza y desolación. Todavía el aldeano no temía la aparición de aquellos frailes como un verdadero azote de Dios» (3). Entre los Dominicos, hurones de conciencias—al decir de esta escritora—(4), apellidados por ésta con acre ironía «los frailes negros de la inquisición», está Torquemada. A él dedica estas aceradas frases: «Su enemigo implacable—habla de los judíos—el gran Inquisidor de España, duerme el sueño eterno bajo frías losas en el centro de la vasta sacristía de Santo Tomás de Avila, ajeno al vituperio, a la maldición que ha lanzado sobre él la Historia. Ninguna inscripción conmemora su nombre ni sus virtudes. Tampoco lo necesita» (5).

La expulsión de los judíos pone notas de trémolo en la indigna-

---

(1) Obra cit. pág. 34.

(2) Obra cit. pág. 35.

(3) Obra cit. pág. 310.

(4) Obra cit. pág. 261.

(5) Obra cit. pág. 27.

ción de la escritora Cunninghame Graham y no sabemos si son lágrimas de cocodrilo las que vierte ante la depresión económica definitiva de España, que según ella, se inició en aquella época, aunque yo creo que influyó definitivamente fué Drake.

Hay todavía un detalle más en la introducción que no quiero pasar por alto, puesto que contribuirá poderosamente a que nos formemos juicio sobre la ideología de Cunninghame Graham. Nos referimos al juicio crítico que de la Inquisición española hace esta escritora.

Aquí es donde queda patente otra mentalidad influida—como tantas—por las nocivas tendencias de la «Leyenda negra».

Véase con qué morbosa delectación describe algunos lances a que dió lugar la actividad de la Inquisición.

«Delante de la entrada principal de San Pedro se instaló el horripilante tribunal de los frailes negros; y una apretada multitud, de instintos sanguinarios, llenó el espacio, donde ahora los lugareños de los vecinos pueblos y aldeas venden legumbres y carbón de leña. Por medio de torturas, demasiado horrorosas de narrar, torturas concebidas en aquellos claustros tan tranquilos, un judío convertido de Tembleque fué forzado a acusarse a sí mismo de haberse procurado, con la complicidad de otros inocentes, el corazón de un niño cristiano desaparecido de Toledo, para emplearlo, con una hostia consagrada, como conjuro, contra los inquisidores, y, según decíase, hacer morir a éstos de locura y poder restituir a los judíos el libre ejercicio del rito hebreo» (1).

No es del caso defender el tribunal de la Inquisición, cuyo juicio—no por cierto desfavorable—ya tiene hecho la historia. Sin embargo, si en España, cabríamos a nosotros decir se encendieron hogueras, fué en nombre de un credo religioso hondamente sentido. Pero Miguel Servet (2), nuestro compatriota fué quemado vivo por Calvino en nombre de una doctrina que acaso él mismo no

---

(1) Obra citada, pág., 25.

(2) M. Pelayo. H.<sup>ª</sup> de los Heterodoxos Españoles.

creía. España quemaba a los herejes en efígie, o, a lo más, después de muertos. Calvino hacía morir en las torturas de la hoguera.

**Idealismo.**—Finalmente. Aquí y allá de la obra que comento hallé frases que descubren el pensamiento filosófico de la escritora, como las siguientes: «El mundo no existe en el tiempo, sino en el pensamiento». «Olvidamos lo ideal como causa de la formación del mundo»: «Místicos y filósofos, paganos o cristianos, Buda, Platón, Fray Juan de la Cruz, todos son eslabones de la misma cadena: todos fueron enardecidos por la divina llama del idealismo» (1).

**La tesis.**—Todo lo dicho, señores, y una concepción semi-socialista de la vida que se descubre en pinceladas veladas con más o menos discreción, (2) fueron lo suficiente, para que yo entendiese ya la dedicatoria que tan poderosamente me había intrigado; para que yo comprendiese qué querían decir aquellas palabras de la autora al Dr. D. Francisco de Herrera y Bayona: «No porque con mis ideas éste él (el Dr. Herrera) en un todo conforme, acaso no lo esté en nada», y para que cobrasen todo su sentido aquéllas otras del prólogo que dicen: «De cuantos libros se han escrito sobre Santa Teresa, bien podemos decir con los españoles: «Esto huele a santo». La autora ha procurado estudiar a Teresa de Ahumada, mujer... para demostrar, cómo, sin más recursos que su propia energía, sacó a la Orden Carmelita del estado de ruina en que se hallaba»... palabras que manifiestan clarísimamente la intención de explicar la fama de Santa Teresa por razón de sus extraordinarias dotes personales, sin ninguna intervención divina. Preveímos, en una palabra, que la obra tendía a explicar racionalmente a Santa Teresa y a eliminar en ella todo elemento sobrenatural.

---

(1) Obr. cit., pág. 58.

(2) Obr. cit., pág. 296.



## II

## E R R O R E S

**Afirmación atrevida.**—En efecto: En la página 68 de la obra que comentamos, dice la autora: «Aunque Teresa de Jesús veía visiones y oía voces... no fué mística por naturaleza» y, casi seguidamente, en la página 69, repite: «He dicho varias veces que Teresa no era mística». «Voy a explicarlo.—«No cabe duda de que la anormalidad de su vida espiritual puede atribuírse a su mala salud, como ella misma dijo con frecuencia. Joven, enferma crónica y excesivamente susceptible a las impresiones externas, no podía menos de verse expuesta a todas las sutiles influencias del claustro, y en un momento se dejó subyugar por ellas. Al recobrar la salud, aquellos arrobamientos, los esfuerzos que hiciera para alcanzar una perfección que traspasaba los límites de la naturaleza humana, desaparecieron. Durante un período de casi veinte años, su vida no fué, según ella misma, ni mejor ni peor que la de los demás, hasta que un acontecimiento casual, en el que tal vez no dejó de influir el desengaño, despertó sus antiguas emociones con renovado vigor. Sus arrobamientos místicos, por lo tanto, se reducen a los dos o tres primeros años de su vida conventual, y a otros diez, o menos, entre los cuarenta o cincuenta. Desde el momento en que emprendió los trabajos activos de su vida de fundadora, el misticismo dejó de ser para ella una preocupación. Según todas las apariencias, el misticismo no fué más que el acompañamiento, el eco, por decirlo así, de la melodía de su vida».

He de confesar que afirmación tan extraña como la de Cunningham Graham: «He dicho varias veces que Teresa no era mística», me desconcertó momentáneamente, como queda uno en suspenso cuando se niega lo evidente.

Para mí, en quien la convicción de que Santa Teresa se movió en las esferas de la vida mística con soberana y consciente amplitud, es absoluta e indubitable; adquirida, primeramente, por con-

tacto con la atmósfera nacional, fortalecida, además, con la lectura de las Obras de la Santa, y confirmada definitivamente, desde que los estudios teresianistas y místicos son cultivados por mí un tanto más intensamente, para mí, repito, planteaba la escritora Cunninghame una tesis cuyas pruebas deseaba yo vivamente conocer.

**Clave: el racionalismo.**—Pues bien. Después de leer páginas y páginas me convencí de que Cunninghame Graham seguía fielmente el método del protestantismo racionalista, o sea, el de procurar explicar racionalmente los hechos milagrosos y negar la existencia de los inexplicables (1).

**Los hechos externos.**—En efecto. Ella niega que el corazón de Teresa de Jesús haya sido transverberado, como la Santa lo manifiesta en el cap. XIX de su Vida, sino que la transverberación ha sido un no querer parecer menos que Santa Gertrudis (2) cuyo corazón fué atravesado por una saeta de oro, ni que Santa Catalina a quien Jesucristo—dice Cunninghame con cierto escepticismo—le extrajo el corazón para devolvérselo más tierno y fervoroso. La herida que todavía se observa hoy en el corazón de Santa Teresa fué producida después de ella muerta, porque según Cunninghame: «En aquellos tiempos no había para la Iglesia artimaña ni falsedad injustificable, por criminal que fuese, si daba por resultado la glorificación de una Orden» (3).

Un día pusieron en los brazos de Santa Teresa a Gonzalito de Ovalle que había sido alcanzado al derrumbarse una pared y fué recogido cadáver, al parecer. La santa le devolvió con vida, se cree

---

(1) Todo el encanto místico de la Santa quiere Cunninghame encerrarlo en la estrechez de la intuición. «El desarrollo extraordinario de la intuición en Teresa—dice—lo que tantos confundían con el don, fué un arma poderosa que ella supo utilizar astutamente.

(2) Obr. cit. pág. 149.

(3) Ib.

que por obra de milagro. Sin embargo, Cunninghame Graham pone este comentario malicioso: «En una edad de tanta superstición e ignorancia como aquélla, no es extraño que nadie tratase de averiguar si la rigidez del cuerpo del niño era efecto de la muerte o de un desmayo» (1). «Sin embargo, esto satisfizo a los cronistas de milagros y supercherías del siguiente siglo, no siempre limpios de hipocresía y de doblez» (2).

No deja de causar estupor, asimismo, la ligereza con que califica de leyenda la parte biográfica milagrosa de San Juan de la Cruz, cuando dice: «No tardaron los espíritus malignos, y aquí empieza ya la leyenda, en atacar la vida de aquel pequeño Juan... Cuando éste contaba unos cinco años se cayó en un pozo y, después de surgir por tres veces del fondo quedó flotando milagrosamente en el agua (3).

Santa Teresa aprendió en la oración la ciencia exquisita de que están llenas sus Obras. Ella misma nos lo dice: «*Que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi maestro celestial*», «*que ella era como el que copia un bordado que tiene delante de los ojos*». Una venerable monja, Ana de la Encarnación, amiga inseparable de nuestra Santa testifica que: «Estando aquélla escribiendo las Moradas en el convento de Segovia notó, mientras ella esperaba a la puerta de Teresa, por si se le ofrecía algo, que tenía el rostro bañado como en una luz muy clara y que salían de su cuerpo unos resplandores como rayos dorados, lo que duró una hora, hasta que Teresa, a las doce de la noche, dejó de escribir, quedándose entonces en la obscuridad».

Ante estos testimonios que descubren evidentemente una intervención sobrenatural reacciona la escritora que comentamos diciendo «bien podemos perdonar a unas monjas ignorantes que estuviesen seguras de la intervención divina en los escritos de Tere-

---

(1) Obr. cit. pág. 200.

(2) Ib.

(3) Obr. cit. pág. 285.

sa», (1) dando a entender que no hay tal intervención divina «sino un estado de exaltación psicológica, que hace fluir abundantemente las ideas» (2).

**Los fenómenos de conciencia.**—Más fácil todavía que explicar racionalmente los hechos milagrosos que trascienden a la vida exterior—como los que hemos citado—es negar o explicar los fenómenos místicos que se desarrollaban en el santuario de la conciencia.

El sello que distingue a los místicos de los santos es la manifestación que de Sí mismo hace Dios a los primeros. El místico no solamente vive en Dios y Dios en El, característica común a todas las almas en gracia, sino que Dios se le manifiesta de distintas maneras:

A) Unas veces presentándose Jesucristo al alma como en esta visión que narra Santa Teresa (3).

*Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer... Desde a pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco a poco pues después me habría de hacer merced de que yo le viese del todo, hasta después que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. . Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad como particularmente escribí a nuestra merced cuando mucho me lo mandó... No es resplandor que dislumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina.*

B) Otras veces, hablándole un lenguaje tan claro, tan penetrante que no hay sino oírlo: como dice la Santa.

(1) Obr. cit., pág. 171.

(2) Obr. cit., pág. 169.

(3) Vida, cap. XXXIII, Obras de Santa Teresa de Jesús editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa, C. D., pág. 217 y sigs.

C) Otras, dejándole un don, un regalo, como acaeció a Santa Teresa, según ella misma lo cuenta (1).

*Una vez,—dice—tiniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tornó con la suya, y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi, a lo que se ve, sobrenatural (diamante parece cosa contrabechada y imperfecta), de las piedras preciosas que se ven allá. Tenía las cinco llagas de muy linda hechura. Dijome que ansí la vería de aquí adelante, y ansí me acaecía que no vía la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo vía nadie sino yo...*

D) En fin, las experiencias místicas son variadísimas y de ordinario acompañadas de un fortalecimiento extraordinario para seguir adelante en el amor y despego de las criaturas.

Pues bien; la escritora que nos ocupa pretende destruir toda esta máquina mística acudiendo a los socorridos tópicos del subjetivismo y de la auto-sugestión.

**Lo subjetivo.**—En efecto; la página 54 dice, refiriéndose a la Santa: «Este mundo ilusorio de alucinaciones que forjó y alimentó ella misma, llegó a dominar lo más recóndito de su naturaleza con toda la fuerza de la realidad». «Víctima de la ilusión que llega a dominarnos al vivir con el pensamiento puesto en algún ser amado y para siempre ausente, ilusión que nos hace sentir la caricia de su voz, el rumor de sus pasos, y hasta el sostén de su voluntad en nuestras decisiones, Teresa oyó la voz del Crucificado, sintió el influjo de su presencia» (2). «Aunque Teresa veía visiones—dice en otro lugar—y oía voces, y aunque describía las sensaciones que experimentaba en el mundo invisible de su propia creación, no fué... mística por naturaleza» (3). «Estas visiones fugaces, nada en sí, fuegos fatuos, al reflejarse en su cerebro dotado de una sensibilidad emi-

---

(1) Vida, Tom. I de las obras completas, pág. 230.

(2) Obr. cit., pág. 53.

(3) Obr. cit., pág. 68.

nementemente plástica, se hacían ponderables ante sus ojos mostrando síntomas de vida y consistencia. No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que ella misma dudó hasta el fin de su vida de la realidad de estos fenómenos» (1).

Podríamos citar más lugares, pero estimamos que con los leídos queda claramente descubierta la idea básica que impulsa a la autora que comentamos: la de que los fenómenos místicos fueran en Santa Teresa una pura ilusión. Solamente haremos alusión a un hecho concreto.

**Hechos.**—La primera vez que la Santa oyó las palabras de Jesús fué en una ocasión muy memorable. El Maestro Daza, el caballero Salcedo, las monjas de la Encarnación, la voz general de la ciudad reaccionaron contra las primeras manifestaciones místicas de Santa Teresa atribuyéndolas a intervención del demonio: y al nombre de Teresa asociaba entre dientes la conciencia general «exorcismo», «inquisición», «cosas del demonio», «engaños».

Se recordaba con horror la reciente trágica impostura de Magdalena de la Cruz. La propia Santa Teresa temió que fuera todo ardid del demonio: Ella quería no tener aquellos favores místicos. pues no estaba en sus manos evitarlo. (2). Por eso sus torturas eran horribles. Oigámoslo a ella.

*Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí... Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí... Estuve así cuatro u cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil*

---

(1) Obr. cit., pág. 107.

(2) Porque de [sde] que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger; y, sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido, y, aunque me pesaba, lo había de oír.

*peligros... Pues estando en esta gran fatiga... solas estas palabras bastaron para quitármela: NO HAYAS MIEDO, HIJA, QUE YO SOY Y NO TE DESAMPARARE, NO TEMAS. Paréceme a mí sigún estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que sosegase, y que no bastara nadie. Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con siguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. (1).*

Pues bien, señores, este pasaje de la Vida de la Santa, acaso el más dramático y emotivo de ella, es interpretado por Cunninghamme, como una pura quimera, como una alucinación más. He aquí el comentario textual de la escritura: «En la oración a que hacemos especialmente referencia, sus fuerzas estaban agotadas... Su constitución física ya de suyo débil, estaba minada por los severos ayunos y viglias, lo que unido a sus frecuentes enfermedades hubiera sido causa más que suficiente para provocar en cualquier persona menos imaginativa que ella quimeras y alucinaciones». (2).

**El éxtasis.**—Pasemos ahora a los éxtasis. Santa Teresa padecía éxtasis frecuentemente. Veamos cómo se produjo uno de ellos:

*Todo ayer, dice la Santa en la relación XV, me ballé con gran soledad, que si no fué cuando comulgué, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche estando con todas dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios. Como estaba ya con pena fué tanta la operación que me hizo, que se me comenzaron a entomecer las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la mesma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido... Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos y con dolor. (3).*

El P. Silverio de Santa Teresa, en una nota pone estos marginales: «La autora del cantarcillo que así arrobó a la Santa Fundadora,

(1) Obras completas. Tomo I, página 197 y siguientes.

(2) Obra cit. página 139.

(3) Obras completas. Tomo II, página 48.

fué la M. Isabel de Jesús, siendo novicia en las Carmelitas de Salamanca. Ella misma nos da los pormenores de la escena que hemos transcrito... y especialmente me acuerdo, que siendo yo novicia, estando en la recreación, canté una letra que trataba de lo que siente un alma el ausencia de su Dios, y estándola cantando, se quedó arrobada entre las demás religiosas. Y habiendo esperado un rato como no volvía en sí, la llevaron tres o cuatro a la su celda en peso, que lo que allí pasó no lo sé; solo que la vi salir al otro día, después de comer de su celda, y parece que estaba todavía absorta y cómo fuera de sí...»

El cantarcillo, que tan profunda e intensamente afectó a la Santa, fué esta sencilla copla que tiene, es cierto, un no sé qué de encanto.

Véante mis ojos,  
 Dulce Jesús bueno;  
 Véante mis ojos,  
 Muérame yo luego.  
 Ve quien quisiere  
 Rosas y jazmines;  
 Que si yo te viere,  
 Veré mil jardines.  
 Flor de serafines,  
 Jesús Nazareno,  
 Véante mis ojos,  
 Muérame yo luego.

Cinco teorías hay, que yo sepa, para explicar el éxtasis, cuatro de ellas más o menos científicas y una grosera y nada científica. Las primeras son:

A) La constitucionalista, sostenida v. gr. por el Prof. Dr. P. Mathes, de la Clínica ginecológica de la Universidad de Innsbruck (1) y por Ribot.

---

(1) «Los tipos constitucionales femeninos».



B) La neurológica, de Magnard, por ejemplo, ambas francamente materialistas.

C) La tesis psicológica, de William James, Delacroix, Botroux, etcétera, y

D) La filosófica ya ortodoxa, ya heterodoxa.

**Teoría erótica.**—La quinta, la más grosera, la menos científica de todas es la erótica. Es la teoría en la que Freud va abriendo camino. Conforme a esta tendencia el místico es un enamorado, pero no a lo divino, a lo humano. «La beata histórica—dice Sainz Rodríguez en su Obra: «Introducción a la Historia de la Literatura mística en España» (1)—condenada a una vida anormal, hambrienta de amor, encuentra en Jesús el substitutivo imaginario de un objeto de amor más terrenal».

Ahora bien: Cunninghame Graham, la autora que comentamos, acepta, para explicar los éxtasis de Santa Teresa, la grosera teoría erótica. También supone a Santa Teresa aprisionada en el amor a lo humano de Nuestro Señor. También ella explica los éxtasis de la Santa como consecuencia de ese amor, de ese erotismo absurdo.

Las líneas que voy a leer en su obra lo delatan:

«Al dar sus primeros pasos en el misticismo, a los veinte años, fué su constante empeño—vano al principio, sin la fuerza evocadora de una viva imaginación—sentirse aprisionada en la humanidad de Jesús. Toda la ternura, toda la pasión de mujer desviada de sus fines naturales, se reconcentraron, en busca de reposo, en esa faz nublada, en esos ojos llenos de dulzura, en la palidez de su frente, en el sufrimiento y la abnegación reflejados en su boca. Cristo... fué el objeto de su pasión, y de él se sentía correspondida.

En sus noches de insomnio sigue al amado Esposo al huerto de Getsemaní, le enjuga el sudor de la frente, tiembla de delicia con

---

(1) ...condensando esta teoría en pocas palabras...

su sonrisa, y en su desvarío busca en vano la forma y el calor de los divinos ojos. Pasa su vida en íntima comunión con el fantasma, a cuyos pies se postra, abrazando sus rodillas con apasionamiento en la duda, y en estos delirios de estática unión, transida de dolor y de placer, desfallece y cae rígida como una muerta» (1).

**Más sombras.**—Como si esta teoría erótica aplicada a nuestra Santa no incluyese una grave injuria, todavía de la pluma de la autora que comentamos se desprende otra no menos indignante, al suponer que Santa Teresa fué la primera en dudar de la realidad de sus dones místicos, pero que nunca quiso reaccionar contra la corriente de santa y de mística que iba invadiendo a las gentes con el fin de hacerse un nombre de extraordinario brillo, para así llevar a cabo más fácilmente la reforma de su orden. Estos conceptos que atribuyo a Cunningahame, sino patentes, aparecen velados en frases como las que siguen: «No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que ella misma dudó hasta el fin de su vida de la realidad de estos fenómenos. Razón tendría para ello. Siempre se vió atormentada por la idea de que no había hecho más que engañarse y engañar a los demás. Tal vez fué este el pensamiento que la acometió en su lecho de muerte, haciéndole repetir con tristeza: *«Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias»*. Acaso pudo ser engañada—termina la escritora— otras más grandes que ella lo han sido». «Yo me la imagino—dice Cunningahame en otro lugar—sonriendo ella misma en años posteriores al mirar desde la altura inconmensurable de su grandeza espiritual el pedestal de gloria donde la había colocado la imaginación popular, no por su mérito verdadero, incomprendible para las multitudes, sino por lo que ella apreciaba tan poco que bien hubiera querido hacer desaparecer de su vida». (2).

(1) Obra cit., página 53.

(2) Obra cit., página 137.

## III

## LA VERDAD

**Nuestra posición.**—Creo que nadie, ni del campo de la sinceridad, ni del de la mala fe, tuvo valor nunca para proyectar sobre Santa Teresa las sombras de la hipocresía. Hasta que Gabriela Cunningahame Graham dejó caer de su pluma esas frases que hemos transcrito.

Nosotros, sin embargo, afirmamos con plena conciencia, que si alguna pluma escribió diáfaramente sobre estados psíquicos propios, si hubo almas transparentes y exentas de hipocresía, si alguna vez la sinceridad y la sencillez existieron sobre la tierra, esa pluma, esa alma, esa sinceridad pertenecen a Santa Teresa de Jesús.

**Juicio de la Historia.**—Pero no; la Historia ya tiene hecho el juicio de Santa Teresa. Y es juicio seguro. Se apoya sobre el testimonio de la autoridad y sobre el análisis intrínseco de los escritos de la Santa que son el reflejo más fiel del alma más lúcida y grande de aquel siglo.

**Pruebas.**— La Historia admitió definitivamente a Santa Teresa entre los místicos, apoyándose 1.º. En la posición de la Iglesia católica que la canonizó y considera como premiada en vida con frecuentes éxtasis y con el matrimonio espiritual. 2.º. En la literatura pontificia como la Carta que Pío X dirigió al Prepósito General de los Carmelitas Descalzos en 1914, de la que es esta frase: «Por las más altas cumbres de la teología mística camina Teresa con tanta libertad de espíritu, que se diría vive en ellas como en su propio reino».

**Examen interno.**—3.º En la autoridad humana: de la que entresacamos a Fray Luis de León y a Menéndez Pelayo, y ninguno más, porque son innumerables; y, además, porque queremos que vosotros mismos, señores, me sigáis en el 4.º punto, o sea en el examen

o análisis intrínseco de las Obras de la Santa. No es preciso de todas las obras, sino que con pocos pasajes es suficiente.

Decimos, pues.

1.º—Que es absolutamente necesario haber tenido experiencias místicas para describir, con la maestría que lo hace la Santa, la complejidad de los estados psíquicos que origina el misterioso comercio del alma con el cuerpo

A) Ella, en efecto, logró distinguir, con su experiencia, entre imaginación y entendimiento. Oídla:

*Yo he andado en esto de esta baraunda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por experiencia, que el pensamiento o imaginación, porque mejor se entienda, no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado, y díjome que era así, que no fué para mí poco contento. Porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíase me recia cosa estar tan tortolita a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que solo Dios puede atarlo, yo vía, a mi parecer, las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas con El, y por otra parte el pensamienio alborotado: traíame tonta (1).*

Con idéntico certero análisis distingue la Santa las específicas actividades y sutil independencia de las tres potencias del alma en este párrafo que copiamos del Libro de la Vida. (2):

*Acaece algunas y muy muchas veces, estando unida la voluntad... (entiéndese que está la voluntad atada y gozando, y en mucha quietud está sola la voluntad) y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, en parte, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María, en esta oración puede también ser Marta, así que está obrando juntamente en vida ativa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer, aunque no del todo, están señores*

---

(1) Obras completas. Moradas IV, cap. I.

(2) Obras completas. Libro de la Vida, cap. XVII.

de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estudiésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro.

B) No admira menos la maestría con que la Santa distingue entre arrobamiento y suspensión (unión de las potencias). Seguid prestando atención a la excelsa doctora:

*La diferencia que hay—dice la Santa—del arrobamiento a ella, (a la unión) es ésta: que dura más y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir, aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé ya adónde, que cuando es grande el arrobamiento, que en todas estas maneras de oración hay más y menos, cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si toma en pié, así se queda, u de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se olvida de animar en el cuerpo y le deja desamparado, y, si dura, quedan los nervos con sentimiento (1).*

*En estos arrobamientos—dice en el Libro de la Vida—(2) parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay, aunque con pena y fuerza, resistir se puede casi siempre, Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que véis y sentís levantarse esta noche (3) u esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.*

C) Ved asimismo con qué asombroso realismo distingue ella entre unión mística y matrimonio espiritual:

*Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en*

(1) Relación V. Obras completas. Tomo II.

(2) Obras completas, cap. XX.

(3) Admirable transición del estilo recto al figurado.

extremo, que toda la luz fuese una, u que el pábilo, y la luz y la cera es todo uno, más después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, a donde queda becho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cual es el agua del río, u lo que cayó del cielo, o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse, u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrare gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz (1).

Pero la Santa no nos dice solamente en sus Obras qué es lo que sucede allá dentro del alma a los místicos, sino que nos cuenta además sus propias experiencias, con un tono tal de naturalidad, con una riqueza de detalles tan admirable, que poner en duda la autenticidad de las mismas, es ser escépticos porque sí. Escuchemos algunas:

A)... Estando en estos mismos días, el de Nuestra Señora de la Asunción, en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados labia en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Sentéme y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de ésto. Pareciome estando así, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía. Después ví a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San Josef a el izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir y ya con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San Josef ...Parecíame haberme colocado en el cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor (2).

B)... Estando en esta consideración, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión, parecía que el alma se me quería salir de el cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de apreciar tanto bien. Era un ímpetu

(1) Obras completas. Tomo IV. Moradas VII, cap. 2.º

(2) Obras completas. Tomo I. Capítulo XXXIII de La Vida.

tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arri-méme, que aún sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda. Estando en esto veo sobre mí una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma; paréceme que oía el ruido que hacía en las alas. Estaría aleando espacio de un Avemaría. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento (1).

C)... Desde a un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre, esto no sabré ya decir cómo es, porque, sin ver, me pareció me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí, y siempre me parecía traía presente aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpida en la imaginación, que no lo puede quitar de sí (2).

D)... Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vi un ángel cabe mí al lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. Esta visión quiso el Señor que la viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman Querubines que los nombres no me los dicen, más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de

---

(1) Obras completas. Tomo I. Cap. XXXVIII de La Vida.

(2) Obras completas. Tomo I. Cap. XXXVIII de La Vida.

*otros a otros, que no lo sabría decir. Vále en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun barto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad le dé a gustar a quien pensare que miento (1).*

Señores: estamos llegando al final de nuestro trabajo. Solamente queremos, antes de terminar, hacer constar un hecho. Que Santa Teresa no tuvo experiencias místicas solamente durante el período 1555-1564, que es el espacio que según Cuningahame fué mística Santa Teresa (—y en el sentido tan torcido que ella da a la palabra mística), sino que fué mística, en el sentido plenamente litúrgico que la Iglesia da a esta palabra, durante toda su vida, a partir del 1555 en que, rompiendo todos los lazos humanos, se verificó en ella la estrofa de San Juan de la Cruz:

Buscando mis amores,  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras.

**Pruebas cronológicas.**—Para convencerse de ello basta con leer las «Relaciones» de la Santa, recogidas en el tomo II de las Obras completas, editadas en Burgos, 1915-1924, por el P. Silverio de Santa Teresa.

Son las «Relaciones» breves notas sueltas que escribió la Santa en distintas épocas y circunstancias de su vida, conteniendo de ordinario un favor o merced de Dios, esto es, una experiencia mis-

---

(1) Obras completas. Tomo I. Cap. XXIX de La Vida.



tica, como lo podréis observar por estas que al azar he elegido.

Relación XVII.—*Una vez, poco antes de esto, yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario, que aun no se me había dado, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido (1). Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en San Josef de Avila. Dábame el Santísimo Sacramento el Padre Francisco de Salcedo. Otro día, oyendo su misa, vi a el Señor glorificado en la Hostia. Dijome que le era a cetable su sacrificio.*

Relación XXVI.—*El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la Forma, y teniéndola en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había binchido de sangre, y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como que entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era ecesiva la suavidad que entonces sentía, y dijome el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia...»*

Relación XXXV.—*Estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, Otava de San Martín, estando comulgando... representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior y dióme su mano derecha, y dijome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no la habías merecido; de aquí adelante, no solo como criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mi, y dije al Señor que o ensanchase mi hajeza, o no me biciese tanta merced, porque, cierto, no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebido.*

De este tenor hay conservadas 71 relaciones de las cuales nos da el P. Silverio las fechas, resultando que ellas esmaltan todos los años posteriores al 1565.

---

(1) Este favor es distinto de aquella merced de que hablamos arriba, página 25, ya que la presente es probablemente del 30 de junio de 1571 (P. Silverio, Obras)

En efecto, distribuídas cronológicamente las *Relaciones* resulta este cuadro muy elocuente:

Las cinco primeras simultáneas o poco posteriores al Libro de la Vida.

La 7. <sup>a</sup> es del año	1569
La 8. <sup>a</sup> hasta la 14. <sup>a</sup> del	1570
La 15. <sup>a</sup> » » 24. <sup>a</sup> »	1571
La 25. <sup>a</sup> » » 36. <sup>a</sup> »	1672
La 37. <sup>a</sup> y 38. <sup>a</sup>	» 1574
La 39. <sup>a</sup> hasta la 62. <sup>a</sup> »	1575
La 63. <sup>a</sup> » » 70. <sup>a</sup> »	1577
La 71. <sup>a</sup>	» 1579
La 6. <sup>a</sup>	» 1581

Santa Teresa moría el 4 de octubre de 1582.

Con los datos expuestos creo sinceramente que cualquier persona de buena fe podrá persuadirse de que Santa Teresa, contrariamente a lo que pretende demostrar Miss Cunnighamame fué una mística auténtica, una mística elevadísima, cuyas émulas acaso solamente alcancen a serlo Santa Gertrudis o Santa Catalina de Sena, y que ella no lo fué solamente en un corto espacio de tiempo, sino siempre hasta su muerte, desde que se unió con el Esposo divino en místico e inefable matrimonio espiritual, desde que se realizó en ella la magnífica estrofa de San Juan de la Cruz.

La blanca palomica  
 Al arca con el ramo se ha tornado.  
 Y ya la tortolica  
 Al socio deseado  
 En las riberas verdes ha hallado.

## IV

## EPILOGO

A lo largo de mi conferencia habréis podido apreciar, señores, tres características muy acusadas en la Obra de G. Cunninghame Graham:

la antiespañola,  
la anticatólica,  
la antiteresianista.

Pocos libros pueden tener más amplias aspiraciones derrotistas. Pocos, quizá, lleguen tan certeramente a herir en las fibras más sensibles del alma netamente española. Y, no obstante, esta Obra, no solamente circula libremente, y sin trabas se vende y se compra, sino que hasta ayer, señores, hasta ayer que se llamó la atención al librero, la Obra en cuestión figuraba ¡pasmáos! en la Exposición del Libro religioso, en una determinada librería de esta ciudad.

Zanjado este episodio con la disculpa de una buena fe tan extensa como la ignorancia, quedamos una pregunta por formular:

¿Tiene derecho a ser del dominio público la Obra que hemos comentado?

A. M. D. G.

## SEMINARIOS ECLESIASTICOS Y CULTURA MEDIA EN ESPAÑA <sup>(1)</sup>

P O R

ROSENDO RIESGO FLOREZ

### I

Categoría de lugar común han conseguido en sectores bastante extensos, afirmaciones indocumentadas y extremistas de pobreza y atraso intelectual, lanzadas contra los seminarios españoles. Con ello sale ya la cuestión del campo eclesiástico para adquirir caracteres de universalidad e interés general.

Prescindiendo de esta posición, definida quizá principalmente por prevenciones cuya refutación fácil desmerece del carácter científico que distingue a esta revista, hay que reconocer forzosamente la existencia de otra mentalidad más moderada y seria, pero desfavorable también a la cultura seminarística. Nuestros centros diocesanos no podrían según ésto, salir siquiera medianamente airosos de una comparación con los centros civiles ni con los si-

---

(1) Este trabajo responde fundamentalmente al discurso de apertura leído por el autor en el Seminario de Valdediós, al inaugurarse el curso académico 1943-44. Las modificaciones no obedecen más que a retoques secundarios y adaptaciones circunstanciales.

milares organizados en países extranjeros o por las Ordenes y Congregaciones religiosas de exponente cultural más elevado.

Creemos exageradas las censuras formuladas en tal sentido (1), por adolecer de generalizaciones excesivas y fundarse en datos parciales sin el contrapeso de espléndidas y más modestas realizaciones, dadas unas a la publicidad, introducidas callada y paulatinamente otras. No obstante, recogiendo sin afán polémico la parte aceptable que pueda existir en el fondo, cabría redactar un largo capítulo de causas y concausas de entre las cuales entresacamos una, quizá fundamental. (2).

El carácter diocesano de las instituciones eclesiásticas no exentas dejó sin duda marcada su huella, en este caso particularista, sobre los Seminarios en los cuales se organizaban los estudios con criterios independientes y dentro de una diversidad realmente injustificada. (3). Nos referimos especialmente al campo más insistentemente señalado por técnicos y publicistas: la cultura media con obstrucción de lo propiamente profesional, cultura profana en Letras y en Ciencias, que debe mirar hacia afuera, no resignarse a posición de inferioridad (4) y estar por eso atenta a los cambios, orientaciones y progresos, de tipo siempre nacional.

Como contraprueba que abona nuestra prevención contra la

---

(1) Como ejemplos entre tantos, pueden verse P. Bruno Ibeas «El Sacerdocio Católico» en *Religión y Cultura*, febr. 1936 p. 53 s. s.-P. Sarabia «Por un futuro mejor» en *Sal Terrae*, febrero de 1941, pp. 95-102.

(2) Observaciones interesantes, que no es del caso recoger aquí, pueden verse en el citado artículo del P. Sarabia y en C. Bayle «El problema de nuestros Seminario»-*Razón y Fé* nov. 1942 pp. 382-85.

(3) Estudia con detención y abundancia de datos este aspecto el Sr. G. Arimón en su discurso inaugural «La enseñanza Media en los Seminarios de España». Barcelona 1935. Hoy se han producido cambios importantísimos que luego estudiaremos.

(4) El canon 1464 del Código de Derecho Canónico en su núm. 3 exige en estas materias un nivel correspondiente al país respectivo. Posteriormente apenas se ha hecho otra cosa, que repetir con mayor claridad aún e insistencia la misma idea.

diversidad y particularismo, en cuanto factores y retraso y estancamiento, es elocuente el hecho de que en formación filosófico-escolástica y en Ciencias Eclesiásticas podía España ostentar un papel más que decoroso (1), y precisamente aquí los planes de estudio muestran estrechos puntos de contacto que se acercan a la coincidencia.

Se hacía precisa una intervención supra-diocesana, como ha ocurrido en los otros países—minoría ciertamente (2)—en los que enseñanza eclesiástica y civil se han disociado fatalmente hasta extremos de máxima divergencia, explicable solamente por un ambiente de mútuo recelo, incomprensión y pugna, disociación que ponen de manifiesto algunos nobles proyectos de reforma, sin resonancia nacional quizá por atender demasiado ligeramete a la cultura patria. (3).

Esta intervención se realizó decididamente por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, dignamente enraizada con la celeberrima Congregación de Estudios que daba normas a Salamanca, París, Oxford y Bolonia y que cuenta en su haber ser inspiradora de la Constitución Apostólica «Deus Scientiarum Dominus» y elaboradora de las acertadísimas normas anejas (4), verdadero paso de gigante todo ello en la organización de los estudios eclesiásticos. Tras los intentos de 1930 (5), estaba ya solucionado el problema cuando el P. Palmés se preguntaba ansiosamente, recogiendo la inquietud general de nuestra postguerra: «¿Cual se-

---

(1) Cfr. p. e A. Tabera. «Directivas pontificias en la formación de los seminaristas españoles» en *Ilustración del Clero*, marzo 1942, pp. 86-95.

(2) Italia, Portugal y América Española. Cfr. Casimiro S. Alisena «La doctrina de la Iglesia desde Trento a nuestros días». (Granada, 1942), p. 212.

(3) Eduardus Escarzaga «De ratione studiorum in Seminariis Ecclesiasticis ad normam Juris et Dispositionum Sanctae Sedis rite constituenda». *Victoriae* 1935.

(4) *Acta Apostolicae Sedis* XXIII (1931) p. p. 241, s. s. y 263 s. s.

(5) Por tres veces en corto espacio de tiempo se dirigió la Santa Sede a las Jerarquías Eclesiásticas con verdadera insistencia. Cartas «Il giorno», «Qua Eminentissimus» y «En atención».

rá la solución que, al organizarse los Seminarios eclesiásticos, se dará en España? ¿Continuará cada uno de ellos organizando los estudios a su manera o se dará unidad de organización a todos?» (1). Una comisión integrada por tres Excmos. obispos (de Salamanca, hoy de Toledo, de Pamplona y de León, hoy nombrado para Vitoria), bajo la presidencia del Arzobispo de Valladolid, presentaba un dictamen completo sobre Seminarios, a requerimiento de la Sagrada Congregación, que le otorgó su aprobación definitiva en 22 de diciembre de 1940, corroborada en 1941 por la augusta Autoridad Pontificia. (2).

Aunque pudiera parecer a primera vista resuelto sólo en parte el problema, ya que, a diferencia de las reformas civiles, no se presenta con carácter imperativo la nueva ordenación, y en absoluto podría cada diócesis mantener inmutable su plan de estudios, con todo en la práctica se ha notado ya una acusadísima tendencia general de convergencia hacia este centro, cada año más pronunciada a pesar de diferencias accidentales que dan flexibilidad y pueden ser fuente de experimentación y progreso. Los méritos intrínsecos de la obra realizada, unidos a cálidas recomendaciones y entusiastas alabanzas de la Santa Sede, han sido suficientes para que las líneas generales y puntos principales del trabajo, tan acertadamente elaborado, se impongan en todas partes (3).

Como prueba de las anteriores afirmaciones, publicamos el siguiente cuadro estadístico referente a varios seminarios después

(1) Pedagogía Universitaria. Barcelona, 1940, p. 333.

(2) Comisión Episcopal de Seminarios. «Reglamento Disciplinar, Plan de Estudios y Reglamento Escolar», Valladolid 1942, XXXIII 286 ps.

(3) En [la primera] carta se encomendó la «confección de programas de estudios que [deberán] regir, a lo menos en líneas generales, en todos los Seminarios de España» (p. [XXIII]). Si bien este proyecto no se realizó a la letra, no cabe duda que se consiguió [el mismo fin, otorgándose por Roma al dictamen todo el calor entusiasta que se pone en las grandes esperanzas (p. XXVI).

El que no sea considerado obra definitiva (p. XIX) está en armonía con lo que es común a todos los planes, sujetos siempre a cambios más o menos profundos, y con el modo de obrar de la Iglesia con relación a las instituciones diocesanas.

de 1941, advirtiendo que damos estos datos solamente un valor provisional y aproximado, suficiente para nuestro propósito. La terminología bastante diversa, el combinarse varias materias afines en una misma hora de clase y la labor de acomodación con sus disposiciones transitorias, nos ha impedido precisar con exactitud. (1)

**Seminarios****Distribución de materias expresada en horas semanales**

	Lenguas Clásicas			Lengua y Literatura Esp.	Idiomas modernos	Geografía e Historia	Religión	Matemáticas	Ciencias Físicas y Naturales	Filosofía
	Latín	Griego	Suma							
C. E.	43	13	56	26	4	12	16	16	13	30
Valladolid	43	12	55	26	4	12	10	12	11	30
Toledo	43	13	56	24	4	12	16	11	15	25
Pamplona	38	13	51	28	4	14	14	19	10	30
León	43	13	56	25	4	19	9	13	15	30
Barcelona	43	14	57	24	5	12	16	16	13	30
Santiago	41	12	53	24	10	13	16	12	15	24
Vitoria	29 <sup>(?)</sup>	12	51	25 <sup>(?)</sup>	4	12	9	16	10	30
Comillas [2]	39 <sup>(2)</sup>	15	54	19 <sup>(?)</sup>	4	9	10	12	12	30

Con mayor uniformidad se lleva aún la distribución de los ocho cursos en dos secciones: cinco años de Humanidades, o Curso Clásico y tres de Filosofía y Ciencias, o Curso Filosófico. No obstante, juzgamos más acertado un sexto año de Ciencias, a imitación de Comillas, como preparación para los estudios filosóficos, que exigen conocimientos relativamente profundos de Atomística y Biología, si se quiere que los alumnos vivan y entiendan plenamente cuestiones fundamentalísimas. De esa misma manera quedarían dos años para una sólida formación filosófica, no desprovista de

(1) La suma de horas semanales representa el conjunto de clases (prescindiendo de la duración) que deberían darse por semana de cada materia, si ésta se estudiara en un solo curso. Omitimos otras asignaturas: música, dibujo, etc. Por hallarse en plena evolución el plan de Oviedo, no insertamos datos que no reflejarían más que un momento anómalo.

(2) No ha necesitado hacer adaptación alguna por haberse hecho con bastante anterioridad una excelente reforma. Los interrogantes responden a la dificultad de precisar con exactitud la parte del Latín y del Castellano.



prudente erudición y labor personal, dirigida sin apresuramientos e imposiciones de programas apretados y horarios inflexibles. (1)

### CULTURA MEDIA EN ESPAÑA

Presentada con los datos anteriores una impresión general de las exigencias culturales en nuestros seminarios, examinaremos brevemente los factores que integran las clases cultas españolas, agrupadas en universitarias, destinadas a la Primera Enseñanza y de carácter técnico o capacitación profesional. (2)

En cuanto a las primeras, la movilidad extrema de planes, por un lado, imposibilita atenerse a un punto exclusivamente para dar idea exacta en la variedad de bachilleres que hoy estudian en centros superiores o han salido de ellos hace pocos años; por otro lado todavía no ha sido liquidado completamente el antiguo plan de 1903, ya que, al menos, hay convocatorias de ingreso en las Universidades para los que de allí procedan. Además, oficialmente se ha hablado de un posible desdoblamiento y luego de simplificación de programas «posiblemente recargados», (3) simplificación casi universal, en cuanto a las materias, y ardientemente deseada. (4) Haremos, pues, referencia a los planes de 1903, 1926 y 1934 en torno al vigente felizmente implantado en 1938.

Por lo que al Magisterio toca, también el Bachillerato ha dado un crecido contingente con el complemento de tres cursos de especialización—plan de 1931—o de uno para adaptación intensiva—después de la guerra.—Una gran parte, sin embargo se formó

---

(1) En esta opinión abunda A. Tabera a. c., p. 92, nota 10.

(2) La nueva ley de ordenación Universitaria (cap. IV. art. 24) establece la incorporación de éstas a la Universidad, pero ello no arguye modificaciones de carácter interno.

(3) O.O. del Ministerio de Educación Nacional 5 de marzo y 30 de agosto de 1940.

(4) Errandonea «El nuevo Plan de estudios y el Bachillerato en los Seminarios», Razón y Fé, abril de 1942. p. 339.

con la anticuada ordenación de 1914, de configuración reciamente tradicional. Para el futuro no puede aun preverse lo que saldrá de la laboriosa gestación actual de cuyo fruto los anticipos son demasiados pequeños para deducir consecuencias.

Finalmente, elegimos como tipo de cultura profesional la Escuela de Comercio, en sus cursos generales, ya por el contingente de alumnos que aporta (1), ya por la facultad de habilitar para funciones docentes, además de las administrativas (2), ya finalmente, por el carácter enciclopédico de su cultura.

## II

### ESTUDIO COMPARATIVO

Cuando ya estaba elaborado el plan redactado por la Comisión Episcopal de Seminarios, sin que todavía la aprobación y el contenido mismo se hubiese hecho público, varias diócesis—las pertenecientes a los Prelados designados—introdujeron profundas modificaciones que fueron interpretadas como implantación del Bachillerato oficial. Lo que había en realidad no era más que una coincidencia intencionada establecida por los autores del dictamen: «El Curso Medio debe estar organizado de forma que los alumnos puedan fácilmente conseguir el título de Bachiller en los Institutos del Estado». (p. 189)

Este principio fundamental que resuelve para España una cuestión todavía discutida (3), aunque quizá definitivamente orientada

---

(1) Por la de Oviedo han pasado en el curso 1940-41, 736 alumnos, figurando en sus cuadros 23 profesores.

(2) Los Profesores Mercantiles están asimilados a los de Facultad (Art. 5 del R. D. de 4 de enero de 1918, de la Presidencia del Consejo de Ministros). Los Intendentes Mercantiles y Actuarios de seguros se consideran títulos facultativos de Enseñanza Superior (Art. 2 del Decreto Ley de 28 noviembre 1925).

(3) Nos referimos a la conveniencia de adaptación desde puntos de vista que pudiéramos llamar profesionales e independientes de la formación científica. Se pronuncia decididamente en contra el P. Agaethangelo de Langasco O. M. C.

por rumbos de adaptación, fué causa de organización similar a la oficial para conseguir el mismo resultado con las variantes impresionables. Las exigencias de la temida reválida deben ser satisfechas, al menos, por un número considerable de alumnos, y para ello nada mejor que las líneas generales y la orientación laudabilísima de un plan que, sin carecer de imperfecciones, ha merecido la aprobación y alabanza de gran número de pedagogos nacionales y extranjeros.

Esto nos da ya un anticipo de lo que será la comparación en detalle.

## INGRESO

La organización escolar española, que impone examen de ingreso en los centros de Enseñanza Media, no empalmándola con determinado grado de la Primaria, se extiende también a los Seminarios Eclesiásticos. Es una particularidad nacional destacada por el mismo «Elenchus Seminariorum», (1) ya que solamente al hablar de España consigne esta prueba.

La característica es de criterio estrecho en la admisión, debiendo el programa abarcar las materias de la Enseñanza Primaria en su organización civil perfecta (pp. 157-158). De hecho algunos programas publicados requieren superior nivel con relación al exigido en el Bachichellato, y en muchos casos de escuelas no graduadas

---

en su meritísima tesis doctoral «De Institutione clericorum in disciplinis inferioribus» (Tpp. Vat. Romae. 1936) pp. 170-176. En sentido afirmativo resuelve la cuestión Casimiro S. Aliseda «La doctrina de la Iglesia sobre Seminarios desde Trento hasta nuestros días» (Granada 1942, pp. 200-208). Lo mismo Errandonea en el artículo citado: «El nuevo Plan de estudios etc. y A. Tabera I. e., quien pesa desapasionadamente razones en pro y en contra».

---

(1) Es una Publicación de la S. C. de Seminarios y Univ. (Roma Typ. Vat. 1934) de gran valor estadístico por recoger la variadísima organización escolar de los centros eclesiásticos de formación diseminados por todo el globo.

serán imprescindibles estudios especiales, cuya sede ideal son las escuelas preparatorias que funcionan con gran fruto en algunos países y comienzan a insinuarse en España a partir de 1936.

Se han remozado mucho los antiguos métodos, más atentos a preparación que a capacidades, y se ponen en juego todos los recursos de la moderna pedagogía, durando las pruebas a veces un mes y hasta tres en régimen de internado, al final de los cuales cada aspirante tiene llena su ficha con garantías de acierto humanamente insuperables. De esta manera podrá trabajarse luego sobre una selección prudente y bien dirigida, partiendo de base superior tanto sobre los centros civiles (exceptuando el Magisterio de 1914) cuanto sobre los similares extranjeros.

### LENGUAS CLASICAS

Se había perdido entre nosotros ya la memoria del Bachillerato clásico digno de tal nombre, sin decidirse por otra parte los dirigentes españoles a romper con la gloriosa tradición humanística (1). Al griego se le miraba desde respetable distancia como legado a categoría meramente universitaria y coronado con aureola de distinción inaccesible por dificultades imaginarias.

Cuando se trató de implantar el plan vigente, se advirtió la carencia de personal capacitado, pues tampoco las Universidades disponían de base para dar a sus enseñanzas rango superior. Hoy han sido sacudidos los viejos y arraigados prejuicios: con nueve horas distribuidas en los últimos cursos será posible levantar luego en la Universidad un edificio literario y filológico de proporciones y líneas completamente nuevas, quedando para las clases no dedicadas a Letras y Filología una cultura bastante amplia.

---

(1) Ya afirmaba esto en 1900 Ricardo Díaz de Bengoa «La Enseñanza en el siglo XX» (Madrid 1899-1900). Propone suprimir en absoluto el estudio de las lenguas clásicas en el Bachillerato por considerarlas prácticamente inaccesibles. Las literaturas correspondientes deberían estudiarse en buenas traducciones.

El Seminario no abandonó nunca la armoniosa lengua de Homero no solamente por razones de carácter literario y cultural, sino también, y quizá principalmente, por ser el idioma en que se han escrito originariamente la casi totalidad de los libros del Nuevo Testamento y en el que se ha transmitido un antiguo y venerado texto del Antiguo, cual es la versión de los Setenta, puesto que la fuerza de muchos argumentos escriturarios y patrísticos estaba en expresiones y palabras cuyo alcance es necesario precisar con exactitud en el texto original.

Hoy con las trece horas sugeridas por la C. E. de Sem. (1) y superadas en varios centros, no sólo se obtendrá un rendimiento superior a la cultura civil media sino que se impondrá una renovación humanística entre el mismo clero.

Peor reputación gozaba la lengua latina, tormento de los alumnos por señalarse objetivos inasequibles dentro del limitadísimo tiempo que se le concedía: tres horas en el plan de 1903 y un par de cursos en el de 1926. Verdad es que el efímero de 1934 señalaba ya un avance decisivo con 16 horas, pero hoy se le concede la amplitud y desahogo necesarios—21 horas—con lo que se obtienen en Colegios solventes y en Institutos resultados muy halagüeños.

El Seminario ha hecho centro y eje de una larga fase de estudios la lengua oficial de la Iglesia, consiguiendo, además de hacer asequible el latín eclesiástico, formar el gusto literario y ejercitar a sus alumnos con una gimnasia intelectual perfecta, bebiendo en las mismas fuentes del pensamiento, historia, elocuencia y poesía romanas (2). Hoy la C. E. de Sem. mantiene, precisa y hasta

---

(1) No se incluye en estos cursos completamente clásicos el griego bíblico que tiene su lugar más adelante en Teología. En adelante esta abreviatura designará la Comisión Episcopal.

(2) Omitimos por zanjada ya, la disputa sobre clásicos paganos suscitada por el Abate J. Gaume en 1851.

Puede verse tratada ampliamente la cuestión en el P. Arturo Cayuela «Humanidades clásicas», Zaragoza 1940. Para clásicos cristianos prepara una extensa an-

amplia la tradición latinista incluyendo los estilistas cristianos (p. 200) y señalando en total 43 horas, no tanto desde el punto de vista literario y filológico, cuanto por la necesidad absoluta y primordial de atender a una correcta elocución, carácter éste que distingue específicamente el latín de nuestros seminarios.

Queda pues, demostrada una superioridad neta del Seminario sobre cualquier tipo de cultura media civil—sólo en el Bachillerato figura esta materia—en cuanto a lenguas y literaturas clásicas.

### LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLA (1)

Clara y terminante es la orientación eclesiástica en este sentido, (2) a pesar de lo cual hemos de confesar que no fué siempre seguida con fidelidad ya por razón del bajo nivel exterior, ya también—y quizá principalmente—por considerarse el dominio absoluto de la lengua y literatura latina como supletorio, dadas las razones de afinidad morfológica y sintáctica. La C. E. de Sem. ha dado un paso francamente decidido, ya por el número de horas, ya sobre todo por los amplios horizontes que abre con el fin de levantar sobre un sólido edificio gramatical—quince horas—el edificio perfecto de una formación literaria exquisita, formado en el estudio de nuestros clásicos y adornado con buena erudición biobibliográfica en Historia de la Literatura. Además, lectura, ortografía,

---

tología Casimiro S. Aliseda. Claro que ni San León iguala a Cicerón, ni Prudencio llega a un Horacio o un Virgilo, pero hay innumerables bellezas en el período cadencioso del primero y en los versos sacros del segundo.

---

(1) Agrupamos en este epígrafe Gramática, Estilística e Historia de la Literatura por imposibilidad de precisar más en muchos casos. La C. E. de Sem. no ha concretado mucho. Es absolutamente indispensable determinar más en cada seminario, pues de otro modo será perdido mucho tiempo que se subtrae a otras materias.

(2) Además del canon 1364, 2.º, son expresas las cartas «Il giorno» y Qua Eminentíssimus».

composición y olocución deben cultivarse con el exquisito esmero que permite una libertad de movimientos plenamente desahogada (p. 182).

Los centros civiles, fieles a consignas antihumanísticas, relegara a segundo término el conocimiento de la lengua patria, si bien en literatura no fueron tan mezquinos. En conjunto, 9 horas señalaba el plan de 1903, 8 el Magisterio, 6 la Escuela de Comercio, margen a todas luces insuficiente, superado en 1934 y en 1938 con 18 horas. Las orientaciones pedagógicas de este último plan son preciosas y cabe así esperar una renovación literaria a cuya cabeza pueden y deben ir los centros eclesiásticos, como corresponde al carácter de su formación para la pluma y la palabra.

### IDIOMAS MODERNOS

Juntamente con las lenguas clásicas y los estudios filosóficos, representa este epígrafe las líneas apreciables de divergencia entre centros eclesiásticos y civiles. Muy poco es lo que antes se hacía y poco lo que ahora se propone.

Cuatro horas no representan casi nada contra 27 del Bachillerato de 1934, 25 del vigente, cinco cursos de 1925 y 18 horas en la Escuela de Comercio, quedando más cerca de las seis que figuran en el antiguo Magisterio y en el plan de 1903.

«Para leer con facilidad y orientarse en la conversación» (p. 209) de una lengua latina serán suficientes cuatro horas, sobre todo si están en un solo curso; en cuanto al aspecto formativo, el Seminario tiene más tarde elementos de un idioma mucho más alejado filológicamente que cualquier moderno: el hebreo. Sin embargo dentro de pocos años podrá excusarse difícilmente un hombre culto de poseer otra lengua sajona, además del francés o el italiano. Santiago, Vitoria, y Toledo (1941) añaden a sus planes el estudio del inglés o alemán, y lo mismo ocurre de una u otra forma en los restantes seminarios.

## RELIGION

Solamente dos palabras. Los Cursos clásico y aun Filosófico tienen muy poco de especialización en sus asignaturas. Por eso, aunque las prácticas religiosas deben absorber considerable parte de tiempo, no obstante la cultura religiosa, como materia escolar, no sobresale llamativamente sobre los centros civiles. Así y todo, 16 horas, llevadas con toda seriedad de asignatura, exceden con mucho en cuanto a rendimiento, los 14 del Bachillerato de 1938, en ambiente de indulgencia (1). Con mucha mayor razón, las 5 de 1903, dos cursos capitidimimidos de 1926, 6 horas del Magisterio, ausencia en planes profesionales y en el de 1934. La superioridad del Seminario no es censura para el laudabilísimo esfuerzo y decisión de la nueva ley emanada de los poderes civiles españoles.

## GEOGRAFIA E HISTORIA

El florecimiento espléndido que alcanzan los estudios históricos—verdadera característica de la cultura moderna—unido al cosmopolitismo creciente, favorecido por un intercambio incesante en todos los órdenes de la vida, han hecho necesario un caudal de conocimientos en estas materias realmente elevado y en progresión constante.

No se descuidaron estas realidades en el Seminario, aunque quizá en plano ligeramente inferior a los centros civiles. Hoy se ha mantenido, poco más o menos, el estado anterior, añadiendo una innovación, de orientación acertada, designada con el nombre de Historia Civil y encuadrada en Filosofía. Es un concepto muy parecido a la Historia del Imperio que figura en los dos últimos cursos de Bachillerato (con mayor trascendencia de lo que

---

(1) Está claramente indicado en la O. M. del 31 oct. 1940, al asignar al estudio-clase solamente una hora, en lugar de hora y media concedida a la mayoría de las asignaturas.



su nombre, a fuer de pomposo, pudiera sugerir): una interpretación filosófica de los hechos a luz de la Providencia Divina. (p. 194).

## MATEMÁTICAS

La superioridad tradicional en el campo humanístico ha influido sin duda, aunque no exclusivamente, en la creación de una inferioridad manifiesta en Ciencias. Desde luego no son ni hay razón para que sean las Matemáticas el fuerte de unos estudios que no desembocan, salvo rarísimas excepciones, en especialización de tipo científico, entendiendo esta palabra en el sentido que le asigna la terminología universitaria. Con todo la C. E. de Sem., fiel al principio básico de mirar hacia afuera, ha avanzado decididamente hasta ponerse en plano de aproximación sensible al Bachillerato actual—17 horas contra 20—y superior al Magisterio de 1914 lo mismo que a la Escuela de Comercio—8 y 6 horas respectivamente; si bien queda algo más alejada del plan de 1934 por el número, y del promulgado en 1903 por la intensidad.

No todos los seminarios mantienen con inflexibilidad el tiempo prefijado, pero se van acercando y algunos lo superan. Ello ha de traducirse en una elevación de nivel muy apreciable precisamente en el sector más desventajoso hasta el presente para el Seminario.

## CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

Quizá sea este el punto más flojo del plan vigente en Segunda Enseñanza. Desde luego es manifiestamente inferior al de 1903 en horas y en intensidad, y en tiempo, al menos, con relación al de 1934. Sin entrar en el fondo de la cuestión (1), consignamos que

---

(1) Los planes extranjeros acusan en general cifras más elevadas quedando por debajo Inglaterra (12 horas), Bélgica, Holanda (13), Italia (12) (P. Agaethangelus a Langasco O. M. Cap. O. C. pp. 224-232). Lo mismo ocurre en el nuevo Bachillerato clásico francés (Cfr. Revista de la Universidad de Oviedo jul-dic 1942 pp. 90-91).

como preparativo de «Filosofía y Letras», en caso de Bachillerato bifurcado a estilo de 1926, o de la curiosa y sugestiva organización actual francesa, no sería insuficiente la amplitud concedida. Desde luego los estudios superiores seminarísticos no exigen preparación especializada de Ciencias físico-naturales; por lo cual las 13 horas que señala la C. E. de Sem. son ciertamente suficientes aunque no excesivas, debiendo los centros eclesiásticos mantenerse a esa altura sin escamoteos y aún estar a resultas de posibles modificaciones en los centros civiles, a tenor de la norma trazada por Pío XII, (1) modificaciones que es de conjeturar se traduzcan en aumento.

En cuanto a magisterio y escuelas profesionales, el Seminario se mantiene en posición ventajosa.

### CIENCIAS FILOSOFICAS

Cerramos el estudio comparativo de materias con este título, que marca una superioridad indiscutible en la formación seminarística con relación a todos los planes civiles, por encajar ya de lleno en el terreno profesional. El nuevo plan no se ha contentado con recoger y transcribir lo anterior sino que ha ampliado considerablemente el horario de casi todos los seminarios anteriores, elevándolo a 10 horas semanales durante tres años consecutivos, lo que representa la suma aproximada del bienio exclusivamente filosófico. Con ello pueden y deben entrar, además de la Filosofía escolástica estudiada fundamentalmente, Introducción a la Filosofía, Psicología experimental, cuestiones científico-filosóficas, Historia de la Filosofía, etc., y aún cursillos especiales de libre elección y labor de seminario de tipo universitario, como vemos se hace ya, además de Salamanca y Comillas, en Vitoria, Santiago, Toledo, Granada y Sevilla, por no citar más que algunos de los calendarios que tenemos a la vista.

Laudabilísima es la orientación del Bachillerato, que supera los

---

(1) Carta a los Excmos. Arzobispos y Obispos de España o. c., p. XIX.

anteriores, pero no puede tratar con sus 9 horas de acercarse siquiera a las 30 implantadas ya en muchos seminarios.

He aquí en síntesis el estudio que acabamos de hacer:

	L. Clásicas	Id. mod.	L. y Lit.	Gía. e H.	Religión	Matemát.	C. I. y Nat.	Filosofía	
C. E. de Sem.	56	4	26	14	16	11	13	30	} Horas
1903	6	6	9	12	5	18	18	6	
1926	1 ó 3	5	2	4	2	4 ó 6	3 ó 6	2	} cursos
1934	18	27	21	16		22	19	10	
1938	30	25	18	18	14	20	14	9	} H o r a s
Magisterio									
1914		6	6	9	6	9	12	9	
Comercio		18	6	6		9	9		

## LOS CENTROS DE FORMACION PARA RELIGIOSOS

En la actualidad se advierte una orientación aún quizá más explícita que en los Seminarios, hacia el Bachillerato de conformidad con normas superiores: Los Dominicos, por citar algunos ejemplos, han implantado en Corias los programas y textos oficiales, dando muestras de una decisión muy suya. En parecido sentido y aún intensificando destacadamente algunos puntos, se han pronunciado los PP. del Corazón de María, descubriendo posibilidades muy instructivas. Semejante dirección acusan los planes de Agustinos, insistiendo en puntos concretos relacionados con sus especialidades.

Como similar era la formación anterior—prescindimos de casos anómalos—similar sigue siendo en la actualidad, afirmamos sin necesidad de establecer comparaciones más fundadas en realizaciones que en líneas directivas.

## LOS SEMINARIOS EXTRANJEROS

Nos llevaría tan largo como una comparación de las legislaciones escolares civiles vigentes en los diversos países, y a la que se

ajustan los Seminarios por regla general (1). Como dato instructivo insertamos un esquema comparativo con centros italianos, añadiendo la legislación civil coexistente en 1936, anterior por lo tanto a la «Carta della Scuola».

	L. Clásicas y Lit.			Lengua y	Id. mod.	G. e His-	Religión	Matemát.	C. f. y na-	Filosofía
	Latín	Griego	Suma	Lit. patria		toria			tur.	
C. E. de Sem.	43	13	56	26	4	13	16	17	13	30
Seminarios de Italia	39	14	53	45	7	25	18	17	11	15
Bachillerato italiano	45	19	64	42	15	32	8	17	12	9

### III

#### LA REALIZACION

El estudio comparativo que antecede no es suficiente para deducir conclusiones definitivas. En realidad la eficacia del número de horas está subordinado a las condiciones de alumnos y profesores, tiempo de estudio, medios pedagógicos, pruebas establecidas, etc. Solamente así puede aventurarse un juicio maduro y autorizados sin peligro de parcialidad entusiasta o con prevenciones.

La selección del alumnado tiene una importancia para la marcha general que solamente están en condiciones de apreciar quienes han adquirido alguna experiencia en cursos inferiores, viendo por falta de aquélla retardado el progreso y bajo el nivel hasta límites insospechados. Está comprobada la limitación de capacidades intelectivas y volitivas, igualmente funestas en sus consecuencias.

(1) Tal ocurre en Austria, Alemania, Bélgica, Holanda, Eslovaquia, Polonia, Francia, Estados Unidos, etc. Casimiro S. Aliseda. Doctrina de la Iglesia, etc., p. 212.

En los centros civiles es ciertamente riguroso el criterio de selección si hemos de atenernos al porcentaje de suspensos en asignaturas, no promovidos a cursos superiores, y, sobre todo, fracasados de reválida en proporción verdaderamente llamativa aunque explicable y bienhechora (1).

El Seminario ha de comenzar sobre una base de ingreso relativamente sólida, que no excluye ulteriores eliminaciones, dado el elevado número de exámenes a que ha de sujetarse el alumno y el carácter de sano rigor con que han de llevarse estas pruebas (p. 162). No se establecen como obligatorias pruebas de conjunto, equitadoras de capacidades y barrera infranqueable para posibilidades muy cortas, pero quizá sea un paso en esa dirección los exámenes de conjunto que con carácter voluntario se establecen al final, de Humanidades, Filosofía y Teología con la obtención de un diploma que se estimará como mérito literario de gran valor (p. 163). Aunque no se pase de aquí, parece cierto que, llevados con elevación constante, pueden contribuir eficazmente a la formación de selectos, necesarios en variadas formas de Apostolado, servir de base para candidatos a reválida, a estilo de Francia, y suplir el examen de ingreso en el Seminario Regional, cual con justo rigor está vigente en Italia (2). Ello armonizará las dos tendencias, distintas en cuanto a la apreciación de nivel necesario, no perdiendo de vista que el Seminario no forma especialistas de suyo y como ley ordinario sino sacerdotes de tipo profesional, sacerdotes apóstoles (3), ni cortando por otra parte las alas a los

---

(1) Cfr. Errandonea «En defensa de la ley de Franco sobre Segunda Enseñanza», Razón y Fé marzo de 1943 pgs. 200-201.

(2) Sobre ello insistía el inmortal Pío XI en 1929 dirigiéndose a los Obispos italianos reunidos en Roma, a quienes inculcaba la necesidad de proceder con decisión sin temer por la posible disminución de seminaristas. (Enchiridion Clericorum, n. 1472, p. 805).

(3) Casimiro S. Aliseda o. e., p. 243 defiende como ideal de Seminario la coexistencia de dos secciones: universitaria y seminarística. En la práctica hemos de contentarnos en la inmensa mayoría de los casos (Granada es excepción) con una sección dotada de flexibilidad y adaptación.

que tienden a la vocación científica y a capacitarse para la investigación.

### PROFESORADO (1)

Una de las mayores diferencias con relación a los centros civiles estriba en la provisión de cátedras, hecha por nombramiento sin oposición práctica muy de acuerdo con el sistema seguido en Universidades Pontificias y en los florecientes Seminarios Regionales de Italia, quizá por razones de índole eclesiástica.

La C. E. de Sem. no ha juzgado conveniente introducir innovaciones en esta materia, aunque se detiene con justa prolijidad en ella (2). No está demostrado que el sistema de nombramientos, llevado con la elevación de miras correspondiente, es de suyo incapaz de dar frutos satisfactorios. Prescindiendo de centros dirigidos por religiosos, ahí están Vitoria y Pamplona, por no citar más que dos seminarios entre los que rayan a gran altura.

Cualquiera que sea el método adoptado—se habla de un probable cambio—además de adaptarse a la delicadísima misión del Seminario, ha de poner al profesor en condiciones externas de especializarse y proporcionarle alguna estabilidad, supuesta aptitud y rendimiento, quitando el peso excesivo que gravita con frecuencia sobre sus hombros, contando con medidas de dignificación plena, cerrando el paso al escalonamiento ciego, proporcionando la tranquilidad de miras suficiente para que la cátedra sea un fin y la investigación, una vocación sentida y abrazada.

---

(1) Otros aspectos de este traído y llevado tema pueden verse en el artículo citado del P. Sarabia y en el P. Bayle «El problema de nuestros Seminarios», *Razón y Fé*, noviembre de 1942, p. 382-85, reconocedores expresos ambos de la competencia y buena voluntad, cuya eficacia han impedido a veces causas externas, insuficiencia de dotación, exceso de trabajo etc.

(2) Le dedica un capítulo completo p.p. 167-171) sin perjuicio de volver más tarde sobre lo mismo, capítulo que abarca desde las cualidades intelectuales y morales del profesor a su dotación y trabajo.

## TIEMPO DE ESTUDIO

Paralelamente a los centros civiles, han aumentado los Seminarios el número de clases, si bien se sigue la progresión con mayor rigor y uniformidad en éstos, donde deben darse no menos de 20 semanales (quedan todavía fuera del horario música, urbanidad, ceremonias, educación física (pag. 161); lo que lleva anejas cuatro horas diarias, teniendo en cuenta que no se aprovecha la tarde del jueves. En régimen de internado es sumamente fácil precisar la suma total de tiempo con sólo seguir las distribuciones en vigor. La C. E. de Sem. se queda con cuatro horas como ideal: hora de estudio, hora de clase; pero en realidad es fácil obtener un mayor rendimiento, ajustando convenientemente las distribuciones y reduciendo a cincuenta minutos o tres cuartos de hora la duración de todas o algunas clases como se hace aun en Universidades Pontificias (Gregoriana de Roma, Comillas, Salamanca) y en casi todos los seminarios.

Desde luego en los cursos inferiores el estudio prolongado no se aprovecha, y en los superiores aun con cuatro clases pueden obtener 4,45 horas y quizá más, como demuestra el hecho de los P.P. del Corazón de María que logran en Segovia nueve horas de trabajo intelectual. Debe además tenerse en cuenta que jueves, domingos y los días de vacación pueden ser aprovechos para ordenar apuntes, poner al día lecciones atrasadas etc.

Los alumnos civiles disponen ciertamente de tiempo más amplio teóricamente si están en régimen de familia, pues además de los 2,45 y 3,30 horas de que disponen en los Institutos (1), tienen aún margen muy amplio en sus casas, sobre todo por la noche. Sin embargo la pauta más elevada la dan los internados donde se aprovechan escrupulosamente todos los instantes con rendimientos

---

(1) La O. M. de 31 oct. 1940 sigue directrices contrarias a la C. E. de Sem. al asignar mayor número de horas de clase para los cursos superiores en los que la labor personal del alumno, el estudio, debe entrar en mayor proporción. Quizá no haya estado ajena a la medida la consideración de lo relativamente alta que es para los alumnos de cursos inferiores la última hora de la tarde, pudiendo éstos en cambio estudiar bajo la vigilancia paterna.

prácticos incuestionables. Los H. H. Maristas de Oviedo, p. e., llegan a las 9,45 horas de trabajo con 4,30 para el estudio y 4,15 de clases. El Seminario no puede llegar a tanto, porque debe atender imprescindiblemente a una formación piadosa sólida y fundamental, pero no todos los internados exigen el mismo esfuerzo, ni la gran masa de alumnos externos llega a talla tan elevada con mucho.

Creemos pues, poder asegurar que el Seminario dispone de tiempo suficiente, tanto comparando con las distribuciones anteriores, cuanto con relación a los alumnos que acuden a los centros civiles de cultura media.

Presentamos en cuadro sintético el trabajo intelectual de diversos centros.

	Horas de estudio	Horas de clase	Suma
C. E. de Sem.	4	4	8
Barcelona	4	4	8
Comillas	5 Scholae superiores 4,45 currículi medii	3,45 4	8,45 8,45
Málaga	4,40	3,40	8,20
Oviedo	5	3,45	8,45
Pamplana	5 Sem. mayor 4,15 Sem. menor	3,30 3,30	8,30 7,45
Santiago	4,45 4,30	3,30 3,45	8,15 8,15
Toledo	5,15 4,45	3,30 3,30	8,45 8,15
Valladolid	4 2,30	4,30 4,30	8,30 7
Vitoria	4,30 4,15	4,15 4,15	8,45 8,30
[Segovia] PP. del C. de M.	4,30	4,30	9
Agustinos de Madrid	4	3,30	7,30
Institutos	3,30 [cursos últimos] 2,45 [cursos inferiores]	3,30 2,45	7 6,30
I. H. Maristas	4,30	5,15	9,45



## MEDIOS PEDAGOGICOS

No poco se ha exagerado (1), elevando a categoría de ley general casos aislados verdaderamente lamentables y que sólo pueden hallar explicación por falta de la adaptación más elemental y por un criterio directivo cerrado herméticamente a todo horizonte de progreso. Sin embargo es lo cierto que bibliotecas y gabinetes han sufrido en gran parte las destrucciones de la guerra, después de vivir tan precariamente que desde mediados del siglo pasado, coincidiendo y a causa de la desamortización, se hallaba paralizado el movimiento de nuevas adquisiciones que continuarán la relativa riqueza en obras anteriores.

La C. E. de Sem., haciéndose perfecto cargo de esta apremiante deficiencia, se ocupa extensamente de ponerle remedio exigiendo en el presupuesto un apartado para biblioteca (general y especiales) y gabinetes (págs. 183-86) que deben estar al servicio de profesores y alumnos y no de exposición turística para enseñar como curiosidad a los visitantes. Solamente para revistas nacionales y extranjeras se necesita una cantidad crecidísima, ya que han de abarcar un campo tan extenso como el integrado por la variada abundancia de materias que figuran en el plan de estudios. Diez nacionales y trece extranjeras, que recibía el Seminario de Toledo en 1941, no solo no pueden considerarse como excesivas sino solamente como un buen principio y punto de partida. Hoy—nos referimos especialmente a la labor investigadora del profesor—es necesaria una previa consulta a todas las publicaciones periódicas de su especialidad y disciplinas afines so peligro de situarse fuera del movimiento científico en torno a cada materia y aún en cada punto.

Si de las revista pasamos a Repertorios Bibliográficos, Enciclopedias, Diccionarios especializados, buenas ediciones de Fuentes y libros dignos de figurar en los anaqueles, habremos hecho subir las cifras de presupuesto a cantidades asombrosas, ya que, refirién-

---

(1) Artículos citados de los P P. Bruno Ibeas y Sarabia.

donos aún a las materias eclesiásticas, a muchos seminarios no les han quedado siquiera las series latina y griega de Migne, y mucho menos ediciones críticas modernas como «*Monumenta Germaniae histórica*»; la edición Goerresiana del C. Tredentino y la Lacense del Vaticano.

Finalmente, el gabinete de Física e Historia Natural con sus secciones de Zoología Botánica y Minerología, los laboratorios de Química, Fisiología y Psicología experimental, reclaman tan ingentes aportaciones que serán necesarios varios años para que pueda llegarse a resultados apreciables allí donde se haya de comenzar casi desde los cimientos.

## CONCLUSION

Con toda lealtad y suficiente detenimiento hemos querido comparar la cultura general de nuestros seminarios modernos con el nivel alcanzado en los diversos sectores que integran las clases cultas españolas. La comparación resulta en líneas generales altamente satisfactoria, con pequeñas deficiencias las cuales pueden y deben ser subsanadas, si no hay otro medio, en las vacaciones estivales, que gran parte han de pasarse en seminarios de verano cuando lo permitan las circunstancias, y de las que cabe esperar mucho también en este sentido.

La comisión Episcopal de Seminarios ha conseguido, poniendo en juego asignaturas, clases, horas de estudio, alumnado capaz, profesorado selecto y medios pedagógicos, hacer asequible el ideal propuesto: proporcionar una cultura media selecta y digna, sin inferioridades humillantes ni prejuicios depresivos.

Los Rvdmos. Prelados con sus disposiciones y desvelos, el Estado con sus subvenciones, los fieles con su ayuda económica y moral, el personal de Seminarios con su celo y entusiasmo y competencia, harán cada día más realidad lo que no debió dejarse nunca: armonía, paralelismo y compenetración de la cultura española, eclesiástica y civil, en progreso constante y seguro.

# PARADIGMA Y CURSO DE LA PINTURA ASTURIANA MODERNA

POR

JOSE FRANCES

(De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando)

## TRES MAESTROS REPRESENTATIVOS

### I

Reconocida la existencia de las artes regionales; ¿no ya qué región, sino qué latitud puede recabar para sí la supremacía, la hegemonía artística de España?

Desde luego creemos que el Norte sobre el Sur. La luz fina, que consiente los más sutiles matices; el sosiego especulativo que afirma las normas constructivas y las sensibles delicadezas en pugna con la luz franca, impetuosa, de agudo registro cromático, el temperamento pasional que da amplitud himnaria a los tonos enteros y a las sensuales complacencias.

Esa controversia, que se ha hecho literatura al alambicarse y destilarse su esencia puramente pictórica, no puede resolverse co-

mo una simple cuestión de afinidades congénitas o electivas. Restituye el regionalismo estético a la primera afirmación: la de la existencia del arte regional.

El arte regional es el producto de la reintegración filial de los artistas a la tierra nativa, a la luz que hallaron al abrirse sus ojos y al espectáculo que fué ofreciéndose sucesivo, pero íntegro de cualidades características, a lo largo de los años de niñez y adolescencia. Los años que modelan para siempre el espíritu.

Se acercan a la tierra materna como a la mujer madre que les dió a luz y empiezan a retratarla. Todos sabemos que el retrato de la madre suele ser aquella obra donde culmina la sensibilidad de un artista.

Los escultores también responden paralelamente a la reintegración pictórica. Ellos, con cimientos clásicos, con aportaciones acaso extranjerizas, empiezan a construir con los materiales propios. Buscan, no ya los modelos importados de la «buena sociedad»; no ya los emblemas simbólicos ni mucho menos las reminiscencias mitológicas; afrontan al hombre de mar, al hombre de tierra, a las mujeres del pueblo, es decir: aquellos seres humanos que conservan intacto e íntegro el carácter racial.

Asimismo los arquitectos investigan las normas pretéritas, las formas tradicionales, y comprenden que los refugios de nuestra fe y de nuestra familia deben responder también a la visión de los pintores y a la euritmia de los escultores.

Sin embargo, podrá alegarse (siempre por intuitivas semejanzas sensoriales o sentimentales) valores distintos a cada coincidente suma de producciones homogéneas—ya que no se debe hablar de escuelas—sin asegurar demasiado dogmáticamente que a la elevación étnica responde la elevación estética.

Debe reconocerse un regionalismo estético puro y un regionalismo estético impuro, en lo que se refiere a la integridad de los motivos y a la forma de expresarlos.

Pureza tanto como racialidad ejemplar. Impureza equivalente a

pegadizos extranjerismos, a un gregarismo feudatario de escuelas ajenas.

Y desde luego, ya que de ésto se trata hoy, el arte asturiano responde a regionalismo estético puro, a lo que Fedor Dostoiewsky exaltaba como un principio fundamental de salvador idealismo: «El que renuncia a la tierra natal—hace decir a un creyente en su obra *El Idiota*—, renuncia también a su Dios».

No se puede acusar a los artistas asturianos de esa impaciencia, de esa irreflexiva codicia que impulsa a otros a repetidas solicitudes del fallo ajeno para las obras creadas con prisa y sin sereno amor.

No tampoco el deseo, ya más legítimo, de aprovechar la indudable vitalidad de la asistencia del justo orgullo con que Asturias puede ostentar su eficacia renacentista en las Bellas Artes en nuestra época. Prefieren sus artistas el silencio en torno de la labor apasionada; la recoleta, como hogareña, intimidad para la creación característica, que van realizando en contacto directo con los temas vernáculos o evocándoles desde la saudosa y fecunda nostalgia de su cielo.

¡Este buen cielo astur se desea por cómo tiene la luz propicia al paisaje que cobija y al ensueño de las almas que le contemplan!

Es el buen cielo norteño que aman los pintores y sugiere los más diversos matices filosóficos; el cielo que se añora desde los exilios tropicales y bajo cuya palial bruma los hombres vocingleros del Sur y los silenciarios de la llanura se transforman.

Se le comprende bien el esposo de la tierra amada de él y ella amante del mar. El buen cielo gris, de madurez melancólica, de ternura que no se avergüenza del llanto viril de la lluvia, que se enfurece alguna vez y sonrío sin jactancia de demasiado sol ni fanfarronería de demasiado azul en los días festivos.

La tierra, su tierra asediada, cortejada por la eterna codicia del mar, es, como él, de matronil grandeza y de codiciosa frescura: como en la vieja leyenda nórdica se sintió fecundada en la curva

venúsica de los valles, y alza hacia él los senos ubérrimos de sus cumbres.

Bajo este buen cielo astur es grato dejar las viejas vestiduras del vivir cotidiano. Entrar en cuanto de él depende, desnuda el alma recién nacida, y sentirnos renovados a su influjo; es el «bien cobdiciadero para el home cansado» que ya en la vieja habla con palabras de son y nobleza asturianos, se exaltó.

El viajero que busca durante el verano en Asturias no más que el atractivo de un cambio climatológico, el alterar las costumbres invernales y sentirse en unas «vacaciones del yo» que correspondan a las otras efectivas de holganza, negocio o empleo, se siente vergonzosamente extraño en su prosaica actitud y su fatal condición de foráneo con fecha fija de retorno a las ciudades tentaculares, los holgorios lujosos o las tereas reseca, mientras aquí todo vibra de audacia fértil y macizo ímpetu. Desde las cumbres rasgadas de nubes a los hondones subterráneos, y que viene y va hacia el mar como una inmensa caracola plena de rumores antiguos a himno colérico y baladas ingenuas de las olas sin edad ni término.

Tierra, mar y gentes de suprema sugestión para la mirada de un pintor y la fantasía de un poeta.

Hace falta una facultad visual—educada más allá o más acá—de los virtuosismos y rutinas del taller y el anecdotario cromático de las «naturalezas en silencio», los desnudos académicos o expressionistas y los retratos de madamas, novias bitongas y generales con uniforme de gala.

Se quebraría aquí el lirismo enfermizo, la ternura egolátrica de los jardines interiores y sería inútil traer como material de construcción poética los deshechos de las juglerías enfáticas, de la hinchazón literaria que pretende simular arrogancia viril e iconoclastía demisecular.

Hay que dar pretexto y simpatía al habla cantarina, de prosodia inconfundiblemente deleitosa, en la suave cadencia del rítmico acento astur; abrirse a los temas dignos del pintor sin domesticar-

dad extranjeriza y del escritor libre del contagio vacuo de la arrogancia verbalista.

Por eso, el que está ligado a esta región desde lejos por la mirada venida de fuera, ayer; por la honda revelación de los primeros contactos (Maeterlinck los reconoce más fecundos para la verdad bella que el contacto cotidiano y congénito); o dentro ya, hoy, en esa otorgación de la realidad remota que nos hacen para siempre los «huéspedes del recuerdo», según Pirandello, sabe advertir hasta que punto surge de muy profundo y a muy alto la afirmación estética de Asturias.

No están solamente la eficacia y el espectáculo de ella en un aspecto único, en una condición peculiar que, por su diferencia de otras regiones, la acuse al espectador frívolo y al contemplador fervoroso.

No. Es una madurez de coincidentes fructificaciones; una plural y plenaria simultaneidad de causas y efectos.

Asturias se siente granar desde las brañas, cabezos y tozales, hasta los infiestos, los valles y las playas; de los puertos entrañables de los montes, a los puertos abertales de la mar. Cruje toda ella en el ansia de ser cosechada cuando su sazón comienza.

Y es también como la mujer que alcanza fértil maternidad repetida y tiende los brazos en el afán legítimo de seguir siendo nutriz de lo que en sus entrañas se cuajó con vigorosa vitalidad.

En el dinamismo, henchido de perspectivas, que hoy agita la pintura asturiana, tanto importa lo que ya está seguro como lo renaciente. Y no debe pensarse que, puesto existe con tal brío, con tanta jugosa raigambre interior, afirmada otra vez de positivas realidades, puede abandonársela a su esfuerzo y contemplarla como un ejemplo inaccesible.

Precisamente lo que importa es que la madurez no se marchite estéril, ni la cosecha se pierda, ni la materna energía se canse, ni la ejemplaridad se consuma en sí misma.

A ello quiero contribuir concretando en tres maestros el curso evolutivo de la pintura asturiana moderna en un período que abar-

ca sesenta años. Reunir en estos tres pintores, ya con valor histórico, las tres etapas acusadas por sus generaciones respectivas: Luis Menéndez Pidal, Evaristo Valle, Joaquín Vaquero.

Final del siglo XIX y alborada del XX: Menéndez Pidal y Valle. Ascenso a la meridiana mitad secular de nuestro tiempo—coincidente con su madurez física—:Vaquero.

Saudosa caricia o fuerte penetración de cuanto la región in-marchita pone en cuanto de ella mana hay en las obras distintas y sin embargo, ligadas entrañablemente, de los tres artistas. Porque están saturadas de asturianía y despiertan, por el hechizo de los ojos, la saudosa caricia del oído y la grave complacencia del pensamiento con un rumor de eternidad.

Ninguno—Pidal, el clasicista; Valle, el romántico; Vaquero, el realista—olvidaron que a ese rumor le alcurnian de emoción el alma heteróclita, supersticiosa y escéptica, sentimental y pícara, empenachada de brumas ideales la cabeza como los picos cimeros de sus montes en renovada lozanía de frutos que parecen flores como los granados manzanos de sus pomaradas, y bravamente indómito como su mar cántabro...

## II

Con la muerte de Luis Menéndez Pidal, acaecida en Madrid, perdió España a uno de sus artistas más arraigados en la tradición de nuestro clasicismo. Además de poseer el robusto acento de la castiza elocuencia que a esa tradición está vinculado, perdía también nuestra patria un gran pintor sensible a las sugerencias idealistas más puras, a un colorista que no sólo buscaba los secretos de las perspectivas aéreas y la complacencia visual en las bellas armonías cromáticas. Su arte «no habla por hablar»; sino procura siempre «decir algo»—más allá de la mirada—al corazón o al intelecto ajenos, después de haber vibrado en su propio espíritu.

Balsa de la Vega, aquel sutil crítico a quien se deben muy atinados estudios sobre el arte español del siglo XIX, dijo a este propósito lo siguiente:



«Sobre toda disquisición filosófica, sobre todas las apreciaciones y comentarios que puedan evocar prácticas semejantes, está la intensidad de un sentimiento naturalísimo, el más hondo que pueda afectar el corazón humano; está la estética del pintor, amante de lo real, de lo tangible, de lo que es vida, pasión y verdad. La paleta de Menéndez Pidal sobria, castiza, noble, quizá un tanto austera, es la apropiada para tales asuntos; la factura, simple y amplia, la justa; el dibujo, asimismo, enérgico y correcto; y sobre esto, mírase la compenetración del alma del artista con la de sus modelos. Como ellos cree y como ellos siente. He aquí el toque.

«Nuestro arte, el arte español, tiene su más grande representación dentro del naturalismo. Hombres vulgares, sin asomo de afeitado alguno, son los tipos de Cervantes y los de nuestros poetas, teólogos y de nuestros Zurbaranes, Murillos y Velázquez, de nuestro Goya, del mismo incomprendido Greco. Tal es el reino estético nuestro, y Menéndez Pidal responde a él de un modo admirable y así busca toda la gama sentimental dentro de la Naturaleza».

Certero juicio, retrato «muy apretado», diré en un término familiar de taller, éste que traza de Luis Menéndez Pidal, Balsa de la Vega, hombre también del Norte romántico y filosófico, propicio a sentir la poesía de los cielos grises y de las cumbres ubérrimas de verdor perenne.

«Nací en Pajares (dice el propio artista, narrando los comienzos de su vida y de su arte), provincia de Oviedo, en donde mis padres pasaban los veranos, el año 1864. Sentí despertarse mi inclinación en Sevilla al visitar el Museo de aquella ciudad, primero que veía. Tenía yo entonces catorce años. Pero mi padre, que pertenecía a la Magistratura, no me permitió hacer estudios serios en el arte hasta que no hubiese terminado la carrera de Derecho, carrera que terminé en 1884. Entonces, previa una rápida preparación en la Escuela de San Fernando y en el estudio de D. Alejandro Ferrant, marché a Roma, en donde seguí estudiando bajo la dirección de D. Francisco Pradilla y de D. José Villegas. Después me trasladé a Florencia, donde pasé un año, asistiendo a la Academia

de Ussi y el año 1888 presenté mi primer cuadro: *Extasis de San Francisco*».

Ha de unirse a esta preparación intelectual y artística la convivencia fraternal con sus hermanos Juan y Ramón; Juan Menéndez Pidal era el poeta autor de interesantísimas monografías históricas y literarias, como *San Pedro de Cardena*, *La orden militar de Santa María de España*, de románticas leyendas, como *El conde de Muñazan* y *Don Nuño de Rondaliegos*. Mientras Luis pinta el *Extasis de San Francisco*, Juan trabaja en su obra *Poesía popular, Colección de viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones, recogidos directamente de la boca del pueblo*. Años más tarde el alma asturiana que Juan ha recogido en su libro será reflejada por Luis en sus lienzos. Y en una tarde melancólica de comienzos de 1916 (Juan Menéndez Pidal murió en diciembre de 1915) Luis Menéndez Pidal consolaba su tristeza evocando sobre el lienzo una página de la vida asturiana. Al descansar, la modelo empezó a tararear una copla popular.

¡Oh! Cállese usted, se lo suplico—rogó el pintor—.No cante eso.

Porque aquella copla popular, incorporada al sentimiento y a la memoria de las gentes como nacida de ellos mismos, era la poesía *Lux aeterna* de Juan Menéndez Pidal, y unida al acervo común de tal modo que existen variantes andaluzas, gallegas, extremeñas y castellanas como de los romances arcaicos y de las estrofas de los antiguos aedos.

Ramón, el otro hermano, es el historiógrafo, el investigador de los siglos hundidos en los archivos y bibliotecas. Sus obras *Cantar de Mio Cid*, *Leyenda de los Infantes de Lara*, *Crónicas Generales de España*, *La epopeya castellana*, *El romancero español*, *La España del Cid* exaltan el pasado heroico, la amplia energía espiritual de nuestra raza. Lleva a lueñas tierras el hálito poderoso de la España inmortal. En cátedras extranjeras suena su voz y en libros de otro idioma se loa su obra multiforme.

Luis Menéndez Pidal, cultivado por una carrera universitaria, por la educación visual ante los maestros de la escuela sevillana

primero y el Museo del Prado después, va moldeando su arte junto a la imaginación soñadora de Juan, le siente acunado por esa enorme fuerza melódica y esa entrañable nostalgia que tienen los cantos asturianos tan amados del fraterno poeta. Y al mismo tiempo Ramón mueve ante sus ojos ávidos de belleza todo el estrépito de armas y armaduras de hazañas, fiestas y combates en el que se mezclan figuras del mundo real y de la leyenda.

Necesariamente Luis Menéndez Pidal había de ser como fué. Un pintor español que sabe a Velázquez y a Ribera, que suena a la noble prosa cervantina. Y por tanto el españolismo de sus cuadros se manifiesta católico, caballeresco o castizamente popular.

Cuando ingresa en la Real Academia de San Fernando su discurso es una glosa del *Quijote* en apología de Velázquez. Son aquellas frases con las que Cervantes aconseja se escriba «a la llana. Con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando en todo lo que alcanzase y fuese posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos ni escarnecerlos».

Y así, Velázquez «regido—añade Menéndez Pidal—por las leyes del buen gusto y de la ciencia, procuró a la llana, que con forma y colores significantes y bien colocados saliese cada parte de su obra enlazada con el todo y éste vigoroso y vivo».

Paráfrasis muy oportuna que podríamos aplicar igualmente a la pintura de Menéndez Pidal, ajustada a la visión neta, palpitante de realismo, que sugieren de la vida los libros y los cuadros del siglo XVII.

Toda la obra de Menéndez Pidal en sus múltiples aspectos de pareja excelencia—temas religiosos, místicos, literarios, costumbrísticos, paisistas—responden a un puro afán de espiritualidad, a la supervivencia emotiva del cuadro. Tal valor emotivo no daña en nada al otro exclusivamente colorista porque de tal manera están ponderadas y acordes las facultades del artista que el pensador y el pintor se completan conservando cada uno su lugar concreto.

No creo herir su catolicismo asegurando que las obras religio-

sas de Menéndez Pidal están fuertemente enraizadas a la tierra y saturadas de calor humano.

El hecho de buscar el más realista documento del Cristianismo para crear la obra que considero cimera de su orientación mística, lo demuestra y añade otra prueba más de acendrado españolismo.

Los grandes maestros de nuestra pintura Velázquez, Goya, Ribera, están libres de esa melíflua expresión religiosa que logran, por ejemplo, algunos pintores italianos. Son demasiado naturalistas para desposeer de humanismo a sus creaciones. Las Vírgenes, los Cristos, los Santos de los maestros españoles, carecen de ultraterrena divinidad. En cambio ¡cómo nos conmueven por coetáneos nuestros, por fraternalmente nuestros sus dolores y lacerias, sus sacrificios y beatitudes!

Menéndez Pidal, desde el *Extasis de San Francisco*, pintado en 1888 hasta el *Yo Soy*—que expuso el año 1920 en la Real Academia de San Fernando, después de quince años de estudio y labor constante—pasando por los frescos de la cúpula de San Francisco el Grande, pintados en 1917, interpreta siempre con un sentido terrenal las figuras celestiales.

*Yo Soy* aporta a la iconografía cristiana universal la transmisión pictórica del misterioso rostro estampado en el Santo Sudario de la Catedral de Turín.

Sabido es que a últimos del siglo XIX empezó a preocupar a los hombres de ciencia la extraña impresión que desde los siglos anteriores excitaba la piedad católica con su testimonio del milagro remoto.

Por primera vez, hacia 1897 ó 1898, Secondo Pia hizo una reproducción fotográfica de la obscura silueta impresa en el Sudario y el clisé dió un verdadero retrato de Jesús.

El misterio tuvo enseguida su explicación racional.

El doctor Vignon fué el que hizo las primeras revelaciones. Se trataba de una maravillosa «fotografía natural», obtenida por la acción grafogénica de ciertas substancias que emiten vapores capaces de obrar sobre otras materias produciendo en ellas imágenes

negativas. En el Sudario de Turín se encuentra la estampación perfecta del cuerpo de un hombre desnudo, cuya testa es la del Nazareno. La imagen es doble y completa, pues la sábana se colocó de forma que, arrancando de los pies, cubría todo el cuerpo por delante y volvía por la cabeza a encontrar los pies por el dorso.

El doctor Vignon hizo reaccionar a vapores amoniacaes sobre telas de hilo empapadas de aceite y áloes que envolvían diversos objetos cuyas huellas quedaron exactamente estampadas en el mismo trozo que tiene el cuerpo desnudo del Sudario de Turín.

No era, por lo tanto, absurdo suponer en una impresión automática, en una *fotografía* de Cristo, obtenida impensadamente por la mezcla de las substancias empleadas para el embalsamiento de los cadáveres y la evaporación amoniacaal de sudor, rico en urea, de un hombre que acaba de morir después de una lenta agonía y en medio de una fiebre muy elevada.

El rostro, de una viril belleza, de una inquietante vaguedad, con sus melenas rubias, sus facciones enérgicas dormidas en el sueño eterno y los surcos sangrientos, está reproducido con una pia-dosa fidelidad, con una extraña sensación ultraterrena en el lienzo de Menéndez Pidal

Evoca la obra el instante en que Jesús, al preguntarle el Príncipe de los Sacerdotes: «Te conjuro, por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Christo, el Hijo de Dios», contesta sin arrogancia, pero con firmeza, con la parca sencillez que las Escrituras le reconocen y que hacen suponer una voz suave y una energía profunda: «Tú lo has dicho, y aún os digo que veréis desde aquí a poco al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo».

No rasga Caifás, en este cuadro, como en el del Giotto, sus vestiduras al oír lo que imaginara blasfemia. Aún no es el instante de la cólera de los escribas y de los ancianos ni de los insultos, be-fas, injurias y golpes del populacho. Es el primer momento de estupor en el Pontífice y en los demás viejos del Concilio, mientras

los sayones sienten hervir la rencorosa rabia de su corazón y la traduce el uno—el blanco—en rechinar de dientes y el otro—el negro—en improperios contra la mujer creyente que siguió al Cristo.

Y todas estas figuras, sabia y bellamente agrupadas en una composición viva y armónica, siendo no más que pretexto coral para la hermosa del Redentor, están concienzudamente resueltas, añadiendo así más cabal ambiente al Hombre-Dios de la blanca silueta y la misteriosa testa.

Menéndez Pidal ha sabido recoger el fulgor ultraterreno, la inquietante y enigmática grandeza que emana del rostro incomparable de aquel hombre cuyo cuerpo fué envuelto en el Sudario de la Catedral de Turín y fijado por la acción «grafogénica» de las sustancias balsamatorias mezcladas a las emanaciones amoniacales, del sudor febril, de la lenta agonía, que obscurecieron pardamente la tela impregnada de áloes.

En el cuadro de Menéndez Pidal este rostro de cabellos y barbas rubias, de ojos claros, de frente surcada por una herida reciente, pero sobre todo, de una extraña potencialidad anímica, es más humano, en el sentido concreto de su vitalidad que en la imagen vaga de remotas sugerencias del Sudario. El arte ha resucitado de un modo natural el misterio del sepulcro.

Esa misma serena y pura naturalidad tienen sus cuadros históricos, sus interpretaciones pictóricas de obras literarias.

La obra maestra de este género es *El Cristo de la Vega*, cuadro inspirado en la famosa leyenda de Zorrilla *A buen juez mejor testigo* y que ilustra el episodio en que el escribano pide testimonio al Crucificado del juramento hecho por Diego Martínez a Inés de Vargas antes de partir a Flandes y cuando el Crucificado.

«Asida a un brazo desnudo  
una mano atarazada  
vino a posar en los autos  
la seca y hendida palma.

Y allá en los aires, ¡Sí juro!,  
 clamó una voz más que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 la vista a la imagen santa...  
 La boca tenía abierta  
 y una mano desclavada».

Este cuadro obtuvo el premio de 5.000 pesetas—¡las de entonces!—en el concurso de la *Ilustración Española y Americana* el año 1888 y segunda medalla en la Nacional de 1890, donde expuso, además, el de *Músico napolitano* y *El espejo del bufón*, que indignó a la crítica por su excesivo velazquismo, más fácil de distinguir, sin duda, por tratarse de un bufón...

A *El Cristo de la Vega* sucedieron *Un soneto de Quevedo*, premiado con medalla de oro en la Exposición Internacional de Munich el año 1897; *El lazarillo de Tormes* y *Don Quijote ante los duques*. En todos ellos la escrupulosidad en el estudio del ambiente y de la indumentaria no perjudican a la energía realista de los tipos.

Como retratista, Luis Menéndez Pida ha pintado algunas obras notables. Destacan del conjunto los retratos de Eduardo Benot (uno de los más bellos de la iconografía española de fines del siglo XIX), Alejandro Pidal y Marqués de Pidal, obispo Barrera, duques de Sotomayor y doña Paula Contreras, la viuda del novelista Alarcón, y el del hermano del artista.

Pero es como costumbrista donde la personalidad de Luis Menéndez Pidal se acusa con mayor relieve. Costumbrista asturiano, pleno de jugosidad y de vida, es el iniciador del reitegramiento emocional y estético a la tierra nativa, que hoy día continúan excelentes cultivadores.

Tienen estos cuadros, *El telar*, *El molino*, *El guñol en la aldea*, *La cabaña*, *Margaritina*, *Natividad*, *La alborada*, *El Viático en la aldea*, *La cuna vacía*, *Otro Sancho*, *Templo de Baco*, *El carpinterín*, *Gnomos alquimistas*, el encanto melancólico, socarrón, sentimental y bravo de Asturias. Cruzan por ellos el aroma áspero de sus montes, la nostálgica

atmósfera de sus brumas, el regocijo bucólico de sus romerías, los lánguidos ecos de sus canciones...

Destaca de entre todos *Salus infirmorum*, conservado en el Museo de Arte Moderno.

Repetidas veces, y en cada una de ellas largo espacio de tiempo, he contemplado este lienzo de Luis Menéndez Pidal. Pequeño de dimensiones, recoge y devuelve profunda y enternecedora riqueza emocional, realzada por castiza maestría técnica.

Es un poema de fe humilde y sencilla. Una oración vulgar que el fervor con que se pronuncia magnífica. En una iglesuca aldeaniga de Asturias un labriego ofrece a los poderes divinos, delegados en una imagen tosca y milagrosa, a su hijo enfermo. Un clérigo rural, revestido con la sobrepelliz, le deletrea preces invocadoras. Junto a él un chicuelo sostiene el aspensorio que ha de esparcir sobre los creyentes la protección del santo. Detrás del padre, una mujer arrodillada reza.

No concebimos este asunto sino en tal fondo de capilla pobre y apartada del tráfago mundano. No podrían representarle otros personajes de más elevada posición social. En cambio, estos seres de una inteligencia rudimentaria, de un desamparo irremediable, de una amargura cotidiana, se hallan propicios a la creencia ingenua del milagro. Todo el fervor de una raza sufre en el rostro de ese padre que sostiene al hijo tullido en sus brazos endurecidos por los aperos agrícolas y cuyas piernas inician la genuflexión frente al altar y al misterio de las palabras latinas en la calma piadosa del recinto. Busca el sendero de nuestro corazón este episodio, y lo ilumina con el mismo fulgor dulce, lo caldea con igual calor de humanidad dolorida que tiene el bellissimo cuadro.

El secreto de la certeza cordial que surge de *Salus infirmorum* no es más (ya lo hemos dicho) que una feliz alianza del sentimiento y de la maestría técnica.

¡Cuán lejos están el tema y la composición de este lienzo admirable de aquellas melodramáticas y folletinescas elucubraciones que oponían un seudorealismo pictórico al romanticismo teatral



de los cuadros de historia! ¡Qué enorme diferencia hay en la calidad netamente española de su pintura, en esos tonos tostados, en esos acordes cálidos, en esos grises sutilísimos, de ciertos luminismos intrascendentes, por ejemplo, que se consideraban durante algunos años la norma exacta del colorido!

El prieto enlace de ambas excelencias (el ideologismo noble y sobrio, la factura españolamente castiza) que muestra elocuente *Salus infirmorum*, constituye la personalidad de Luis Menéndez Pidal.

Antes de *Salus infirmorum* la vemos afirmarse poco a poco a través de las obras de su primera época. Después de *Salus infirmorum* (pintado a los treinta y tres años, cuando el talento del hombre empieza a madurar y a producir los frutos verdaderamente sólidos de la inteligencia) esa afirmación adquiere perdurabilidad y permanencia definitivas en una serie de lienzos consagrados a los tipos, costumbres, interiores y paisajes asturianos.

De entre ellos importa recordar también *Los naufragos*.

*Los naufragos* refleja el momento en que unos marineros llegan hasta el altar de una iglesia aldeaniega para cumplir el voto hecho en el tumulto trágico de la galerna.

Detrás de ellos, del mozo ingenuo que se arrodilla, del viejo que con el remo al hombro contempla la imagen con sus ojos serenos bajo el ceño habituado a fruncirse en las mudas interrogaciones del cielo y del mar, otras gentes acuden con cirios encendidos.

De las paredes penden ex-votos marineros. Sobre un armario hay una embarcación hecha en las horas de calma, esas embarcaciones que no faltan nunca en las viejas capillas roídas por el aire salobre y acunadas por el rumor de las olas próximas.

La escena conmueve por su patetismo sencillo y sobrio, por la ternura que respira el ambiente, por la maestría serena con que está pintada.

Pero, además, por el melancólico fervor que adivinamos le dió vida. Porque en este cuadro, pintado el año 1925, como en el titulado *Los segadores*—existente ahora en una pinacoteca particular

de Buenos Aires—, donde la muerte acompaña a dos hombres portadores de guadañas, asoma la obsesión filosófica que inquieta la obra de los artistas y literatos asturianos cuando se acercan al período sexagenario.

Recordemos los últimos versos de Campoamor, las novelas mansamente filosóficas de Armando Palacio Valdés, los cuentos postrimeros de *Clarín*...

¡Melancolía de su preparación al tránsito definitivo, y que en el caso del autor de *Salus infirmorum* se vió aureolada por un súbito resplandor glorial al serle otorgada por los artistas contemporáneos la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de 1924.

### III

Durante el mes de noviembre de 1924, Evaristo Valle aportó a las brumas londinenses una visión profunda de la vida, las gentes y las brumas asturianas. Marineros y montañeses, labriegos y vagabundos; los hombres sedentarios y las bestias apacibles y las olas enfurecidas también.

El maestro asturiano expuso veinte cuadros suyos en las Galerías Dorien Leigh: faenas carboneras y agrícolas, paisajes empapados de lluvia y de nostalgia, siluetas desoladas de miserables sin rumbo ni redención. Y las *Carnavaladas* donde el genio creador y la finura colorista de Valle alcanzan un valor único.

Toda la pintura de Evaristo Valle está fervorizada de largas contemplaciones a la campiña, el mar y las aldeas astures.

Dotado de una retentiva visual extraordinaria, de una sutilísima potencia observatriz, narra estados atmosféricos y estados anímicos con idéntico acierto. Sobre el fondo húmedo de los prados y el sombrío de los montes, bajo la fría caricia del orbayo y entre los velos flotantes de la niebla, caminan los caballos desnudos, los campesinos solitarios o platican los adolescentes de silueta ingrátida. La esencia de humanidad pobre, soñadora y sometida que atrae a Valle, fluye de estas figuras patéticas sorprendidas y apre-

hendidias en toda su veraz expresi3n de vivir sufriente. A3n se acent3a m3s cuando no son prados jugosos y corradias calmas el escenario donde ellas se aparecen, sino la cuenca minera con sus charcos c3rdenos y sus laderas ennegrecidas por el carb3n y sus fantasmales sombras femeninas encapuchadas con telas de sacos empapados de llovizna implacable.

A3n hay otro aspecto definido y definidor en la asturian3a profunda de Evaristo Valle: las *Carnavaladas*. La moderna pintura espa3ola ha de se3alar en lo futuro entre los cinco o seis rasgos fundamentales que la destacan sobre las dem3s contempor3neas, esos carnavales de Evaristo Valle, como las *Mascaradas*, tan opuestas y tan magn3ficas de Solana. Danzas de toscos y rudos aldeanos se espiritualizan con vagas apariencias de seres sobrenaturales. La fineza visual de Valle, su sensibilidad depurad3sima para el color, hace de estos momentos incomparables y deliciosas armon3as. Los blancos, los grises, los amarillos, los rosas, los azules danzan con los movimientos de las figuras en el fondo de los lugarejos sombr3os. Si los enmascarados con ropas femeninas agitan pesadamente, grotescamente sus miembros, esas finuras tonales les desposeen de groser3a y les otorgan una ingravidez ideal... Acaso nada de tanto como en Evaristo Valle puede hallarse para comprender alma y fisonom3a de Asturias, lo sugiera cual estas *Carnavaladas* que alguien hizo derivar de Goya como loa del verdadero origen. Valle empero no necesit3 verlas en un Museo. Est3n elocuentes, actuales en la vida asturiana.

En Londres, toda esta visi3n certera de una de las m3s bellas regiones espa3olas, tuvo excepcional acogida.

P. G. Konody, el insigne cr3tico que present3 a Evaristo Valle en el pr3logo de sus obras, ya hab3a iniciado un a3o antes en *Drawing and dressing* la exaltaci3n del artista.

P. G. Konody tiene la costumbre y la consciencia de mirar con un sensible deleite la pintura moderna. Al ritmo del pensamiento acuerda sus emociones mientras se entrega a la suave absorci3n

contemplativa de los cromáticos arabescos donde se evocan seres, luces y formas de la Naturaleza o del artificio inteligente.

Las miradas de P. G. Konody son fecundas para la estética inglesa. Rezuma—con el denso rezumo de los frutos muy maduros—en artículos dotados a su vez de sugerencias plásticas y pictóricas, como los motivos que los producen. Y P. G. Konody supo mirar, a la luz propicia de Londres, los cuadros entrañablemente asturianos de Evaristo Valle.

¿Y qué resultó del contacto de una pupila tan sutil y de una sutil pintura?

Ante todo, supo elegirle para repetir una definición de Mr. Gasquoine Hartley: *The first quality which is peculiar to the paintings of Spain is thier sombreness.*

Pero así como para Mr. Hartley ese «carácter sombrío» peculiar a la pintura española no significa la idea de obscuridad, Konody deduce que Evaristo Valle es el más sombrío y al mismo tiempo el constructor más pleno de armonías finísimas, de matices delicados que expresan un país con el color y la forma. Nada tan lejos de él que la *blatant or emphatic note*, propia de Zuloaga.

«Su España—dice Konody—no es la nación de novelas, de toreros, serenatas y majas de ojos provocadores, resplandecientes bajo las mantillas negras; de gitanos contrabandistas y florida arquitectura del Renacimiento; de fuentes que murmuran y naranjos cargados de fruto. Evita lo banalmente pintoresco... El mismo sol tiene una mirada húmeda y vaga en esta tierra más inmediata al oeste de Irlanda que a la España de *Carmen*.»

¡La mirada húmeda y vaga! Es ciertamente la del sol en Asturias y que Evaristo Valle supo hacer suya. Pero es también la de P. G. Konody, en Londres, frente a unos cuadros inconfundiblemente astures.

El hecho de encontrarle su adjetivación exacta la demuestra. Entre la mirada seca y estólida de los fabricantes de españoladas para uso de pinacotecas y cinematógrafos, que es por lo general la mirada norteamericana, debe recogerse y agradecerse una primera

mirada inglesa para juzgar nuestra pintura esencialmente española, de un españolismo serio, noble, sin profusión de mantillas con peineta por los cuadros y por las calles.

«¿No se asemejaría la obra de Evaristo Valle—dice otro crítico, M. Chamot, en *Country Life*—al arte histórico de España que es la obsesión del turista? En su arte encontramos algo que nos recuerda la austeridad de Zurbarán. Descontando los valores cotidianos de forma, si substituímos la mentalidad moderna por la frivolidad, no exenta de dolor, del siglo XVIII, hallamos que las escenas carnavalescas y campestres de Valle tienen suma afinidad con los lienzos y aguas fuertes de Goya, del mismo modo que sus fondos lejanos y su poder de reproducir el medio ambiente en los paisajes con las más leves graduaciones de color, proclaman su descendencia de Velázquez.

«Sin embargo, Evaristo Valle es esencialmente moderno. Apesar de su apasionamiento por los problemas de composición, su dibujo y su colorido no dejan nunca de ser interesantes a la vista y el entendimiento. El colorido, sobre todo, lo distingue de tantos otros pintores contemporáneos de tendencia parecida. En sus manos el color no es jamás sacrificado a la plasticidad. Formas y espacios guardan la relación debida, sin la ayuda de tonos barrocos.

«En una palabra, puede decirse que Valle no sigue la máxima moderna que es origen de tanto y tanto cuadro malo, esto es, que la técnica carece de importancia. Su método de pintar es originalísimo y el resultado es invariablemente agradable y sus cuadros producen la sensación de calma y suavidad de tapiz antiguo.

«Valle posee el don de descubrir la belleza del color en todas partes. Todo adquiere un valor decorativo en sus cuadros.

«Esperamos que, por lo menos, uno de estos interesantes lienzos se adquiriera para nuestro Museo de Arte Moderno de Londres, pues sólo en obras del mérito de las que expone Valle podría llegarse a formar una colección digna de aprecio.»

Y Frank Rutter, en *The Sunday Times*, afirma:

«Hace mucho tiempo que un pintor español no nos da una no-

ta tan personal y distinguida como la que caracteriza la obra de Evaristo Valle, que por primera vez expone en Londres. Valle es un artista serio y concienzudo. Haciendo caso omiso del aspecto festivo de la vida española, pinta con grave dignidad el paisaje y la vida de los distritos industriales y agrícolas de Asturias. Se parece a Millet en la compasión que le inspiran los labriegos—aunque el dibujo de sus figuras es menos esmerado—y a Cézanne en la austeridad de su colorido.

«Ora en sus paisajes, en cuyos cielos se adivina el sol tras la opacidad de las nubes, ya en otros cuadros que traducen un sentimiento elocuente, humano, como en *Vagabundos*, Valle es siempre interesante. Sus cuadros de mineros son igualmente impresionantes, no sólo como interpretaciones sinceras de la vida, sino como composiciones de alto sentido estético.»

«Aunque los temas escogidos por Valle son austeros y vibra en ellos una nota de intensa melancolía, la nobleza y sencillez de su factura les da un valor genuinamente decorativo y personal.»



El año 1929 la Exposición de obras de Evaristo Valle en el Ateneo Obrero de Gijón ofrecía la novedad de unas *Estampas Cubanas*. Junto a las campesinas o marineras, al lado de las sombrías escenas de la cuenca minera, estos cuadros lanzaban un violento y agresivo clamor. Lo que en los lienzos de temas y luz norteños es suavidad sentimental, delicadeza de matices, ternura recogida, en los lienzos de tema y luz tropicales se cambia en sensual ímpetu, estridencia fulgurante y caricaturesco ritmo. (A Valle en Cuba, como en España, no le interesan los ambientes descaracterizados y uniformes de las grandes ciudades y de una mesocracia gris. Busca el hálito popular, las costumbres no falseadas, el ambiente íntegro, saturado de veracidad vernacular.)

Así, *La Rumba*, *La riña de gallos* y *En el Malecón*, reflejan, con el reseco deslumbramiento de la campiña cubana, actitudes y cuer-

pos de negros que todavía no pisaron los tablados del jazband ni recibieron la pleitesía mórbida de las reatas blancas.

Los negros, los bohíos, las palmeras, los cielos calenturientos de las *Estampas Cubanas* están vistos con la misma lealtad e igual poderío estéticos que los labriegos, mascarones y mineros de Asturias bajo la niebla y sobre la húmeda suavidad de las praderías jugosas.

Pero el acento robusto y la ternura íntima del gran pintor me parece que es aquí, en la transmisión apasionada de su tierra, donde mejor y más placenteramente se encuentran.

Sin embargo, Evaristo Valle siempre ha tenido la ansiedad de buscar lejos la consonancia a sus ritmos interiores. Le salvan y le peligran, alternativamente, la fecunda inquietud y la pasión arraigada a su tierra simultánea. Va y viene de Francia, de Inglaterra, a Asturias. (Digo Asturias y no España, porque es como un viajero que atravesara siempre el resto de la península de noche y dormido). París le enriquece el pensamiento, le adiestra la mirada y las manos, le enseña con el dolor de vivir la felicidad de crear.

Alguna vez se reunirán los recuerdos esparcidos, las alentadoras curiosidades ajenas de esta formación sentimental y factual de Evaristo Valle en París. Era hace veinte años, hace quince años, en los días heroicos del postimpresionismo. Valle, tímido, débil, en una prolongación infantil del alma, como una eterna vernalidad fresca, ingenua y sensitiva, inclina su cabeza junto a la cabeza leonina de Urrabieta Vierge sobre las piedras litográficas, escucha silencioso y melancólico las controversias feroces de la *Butte*, recorre kilómetros de cuadros en los salones para buscar, semioculta, ignorada, una ventana abierta por él sobre el campo asturiano en la doble bruma de su cielo y de la nostalgia suya.

Luego las cóncavas, las penumbrales estadas en el Gijón, recordado como una querida, a la que se lleva en la sangre y en el cerebro con una deliciosa tortura de sumisión que quisiera ser rebelde y con entregas cotidianas cada vez más profundas, más íntimas, más extáticas de áspera delicia...

París, los falansterios vibrantes, heteróclitos, con desnucamientos de los *rapins* y las gloriales ascensiones de los elegidos; las crónicas parisienses que se lanzan en español, cual fuegos de artificio que sólo en España han de crepitar fulgurantes; el vampirismo de los marchantes que compran telas de porvenir, están ya un poco lejos.

Evaristo Valle, como un niño dulcemente acobardado, al que le habrían puesto por mofa enormes bigotes negros de *sargent de ville*, pasea por el puerto—olor a pútrido, quimeras giróvagas, cabeceo de velámenes, bramidos de sirenas, vellones negros de humo en la niebla gris—; pasea por el campo—prados de esmeralda, ondulación de maizales, cumbres acuchilladas de bruma, siluetas desnudas de caballos de larga cola y crujir de ramas agobiadas de pomas maduras, tonadas de ritmo lánguido, vuelos de palomas—; pasea la tierra negra de las minas—fuegos siniestros, fauces abiertas, tapices rechinantes de carbón sobre las laderas que no pueden ser verdes, rodar de vagonetas sobre el suelo y en los aires, figuras viriles, macizas, con los cabellos de lino y las pupilas de zafiro, figuras lamentables de mujeres encapuchadas y cloqueantes sobre los charcales negruzcos que el orvayo mantiene—; recorre las aldeas y la ciudad, frecuenta los lagares y los chigres, y en las tardes lentas de los veranos da su silueta meditabunda y huraña al holgorio policromo de las romerías.

¿Qué hace, qué piensa, para qué sueños vive entonces Evaristo Valle? ¿Nadie ve sus cuadros? Sonríe y se ruboriza a las preguntas ajenas, escribe novelas de raro contenido humorístico y añora anécdotas, momentos del París remoto.

En esa ancha pausa, en ese amplio silencio, en esa opacidad de varios años se estaba formando sin él saberlo acaso, sin pretenderlo quizás—creyendo que no era sino un abúlico embrujado de hazañas fabulosas e inasequibles—esta pintura de ahora, tan sensible, tan sugestiva, de tanta jugosidad intensa y de tal encanto apasionado.

En el París turbulento de ayer, en el Gijón zumbón, fabril, bu-



cólico y navegante de siempre, queda la gestación de esta gran pintura.

El arte de Evaristo Valle tiene—concéntricos valores de su plenaria virtualidad—bien definidas excelencias: la finura sutilísima del color, la exactitud localista; la ternura poemática, y, sobre todo, el ímpetu lírico que empenacha su medular reciedumbre.

Veamos de concretar estas afirmaciones nuestras frente a su honda y elevada afirmación en la pintura moderna.

*Finura de color.* Evaristo Valle es un colorista agudísimo que alcanza, desde los tonos puros, enteros y casi agresivos de cómo se atreven a buscar la pleitesía de los demás, hasta matices que parecían inasequibles a la mirada humana. Ataca de un modo rotundo robusteces tonales y se complace en apenas trémolos de una delicadeza y de una suavidad inéditas. Persigue la luz a lo largo de horas furtivas y cambiantes, la hace sonreír en cielos brumosos y en tierras húmedas. La descompone y casi diríamos le inventa grises que es un placer físico contemplar.

De tal manera este placer de una pintura esencialmente, íntegramente pictórica cautiva antes de analizar la trama de los temas, que sólo se la ve a ella, se la siente a ella, se la supone desligada de cualquier propósito de forma y de asunto. Hay pinturas que causan ese deleite a la mirada y a la sensibilidad; pero se detienen—voluntaria o a pesar suyo—ahí.

Ya esto es mucho. Puede ser incluso todo. La calidad de la materia, la armonía constructiva de los volúmenes, la investigación sensible y sensual de la luz y de sus caricias sobre la superficie de las cosas y de las formas. Evaristo Valle lo domina con precisión y con espiritualidad. Pero hay el otro valor: *la ternura poemática*.

Cada lienzo de Valle está colmado de ciencia humana reflorada, purificada por una exaltación poemática.

No se trata de una indigesta literatura en las variantes del cuadro de costumbres, el cuadro melodramático, el cuadro simbólico, etc... No. Valle se sitúa frente a las almas y los episodios de las gentes sin tener la paleta y los pinceles en la mano. Retiene

por una prodigiosa constitución de su aparato visual los colores y la luz menos aprehensibles a la memoria, para que luego el recuerdo y las derivaciones psicológicas los despoje de materialidad grosera o trivialidad cotidiana.

Así Evaristo Valle en cada cuadro suyo señala instantes de idilio o de tragedia; de resignación o de rebeldía, de trabajo o de éxtasis; de hastío o de jocosidad. Sus personas, sus buenas bestias de labor, están saturadas de realidad hasta alcanzar a veces los rasgos expresivamente definidos de la caricatura; son marineros, labradores, pescadores, mendigos, chiquillas en su crisis física de la pubescencia, viejos que se arrastran por los caminos y rapaces que trepan por los manzanos.

¡Y sus jayanes vestidos de máscara!

Danzan entre la niebla. Son los silfos nórdicos vestidos de harapos femeninos y calzan botas de minero o madreñas de aldeano.

Mozos ebrios de lluvia, de sidra y de canciones sentimentales. Los negros de carbón todo el año gustan de enaguas blancas, crujidoras, de chambras rellenas en el pecho en una basta parodia de morbideces femeninas; los que pastorean rebaños se cubren con pieles corderiles, con pieles lobunas; los encorvados sobre tierra se cubren de plumas.

Y entre la niebla danzan. Se creen mujeres bonitas, bestias apacibles o carniceras, aves libres en las rutas infinitas del cielo.

Cerca de ellos, los vecinos pacíficos tienen miedo; los muelles desiertos ven colgarse las primeras guedijas nocturnas en los velámenes cabeceantes. Y los chigres, las tabernas, ofrecen los fulgores mortecinos de las ventanas.

Los mascarones felices están sucios ya, fatigados ya, violentos ya de alcohol y de amargura insospechada. Pero la niebla piadosa les da una fantasmal apariencia. Son visiones blanquecinas, rosadas, azulinas, que se mueven con torpes y pesados movimientos de nubes que se hubieran caído sobre la tierra y no supieran cómo volver al lento y sereno caminar a través de los astros...

Y siempre gentes humildes. Evaristo Valle ama la humildad con

un amor cristiano, para enaltecerla y auparla sobre los hombres orgullosos, vanos, bien vestidos y mal enriquecidos.

Porque estas gentes humildes, toscas, sucias, hundidas en viles tareas y estériles deliquios inconscientes, adquieren grandeza poética en la pintura de Valle. Se espiritualizan, se magnifican, y ya no son unos mocetones rudos y ebrios que danzan vestidos de mujer en las tardes de antruevo y en las aldeas sórdidas; no son dos viejos vagabundos que cambian palabras de ilusión mientras el cuerpo les hierve de parásitos y hiede a mugre y a fiebre el aire que les circunda; no son las encapuchadas asexuales que cargan sacos de mineral, chapoteando en el barro negro de carbón y cárdeno de crepúsculo; no son labriegos que aran inclinados sobre los surcos y bajo un paraguas rojo; no son chicuelos que contemplan el mar o se contemplan las pupilas con una emoción extraña y recién revelado. Son el Dolor, la Alegría, el Odio, el Amor, la Crueldad, el Sacrificio, el Ensueño; los resortes desnudos de esta pobre humanidad nuestra caída de demasiado alto a la tierra demasiado dura.

Pero fijémonos más aún. El encanto imantado de esta pintura excepcional no se comprende de una sola vez. Hemos sentido la voluptuosidad del color por el color, de la luz por la luz; hemos hallado las grandes inquietudes universales concretadas en seres humildes que eternizan momentos de apariencia vulgar. ¿Existe otro valor?

Sí, *El localismo*. Estos paisajes de una finura y de una braveza fraternales; estas gentes del agro y de la mar; estas arquitecturas viejas de ciudad sombría o toscamente aldeaniegas; estas costumbres reflejadas con sumaria elocuencia y filial cariño, son de un modo inconfundible, racialmente, etnográficamente, geográficamente astures. Asturias, con sus cerros ingentes, sus playas extensas, sus puertos melancólicos y sus nieblas. Asturias y su acento grave y cantarín al mismo tiempo. Asturias la romántica y la zumbona; la de elevadas especulaciones metafísicas y socarronerías a ras de tierra. Asturias la desangrada hacia América y la renaciente

de los tiempos de hoy, está plasmada, recogida con trazos vigorosos y tiernos acunamientos en la pintura de este rapsoda pletórico, de este aeda que en la madurez de su vida lanza a su época el himno polifónico de su pueblo.

Color, idealidad, localismo. Queda por atender la cualidad culminal: *el empuje lírico*. Esta ya pertenece a su eficacia sobre el arte contemporáneo. La pintura española está en un período transitorio. Transición apoteósica, de una pompa deslumbradora, de una grandeza que hace presentir el renacimiento; pero, al fin, transición.

La pintura española puede desvirtuarse, bastardearse, abestiar-se, en un diletantismo intrascendente o en aberraciones exhibicionistas. Buscando la liberación de su ranciedad clásica o su vulgaridad realista, ¿no sabrá evolucionar de una manera que la redima sin dañarla?

Uno de sus maestros más cabales y más dignos del apelativo se presenta en el momento propicio como un ejemplo. Quisiéramos que este ejemplo de Evaristo Valle, un gran lírico, unido a un gran técnico depurado por veinte años de preparación fecunda, no se olvide.

#### IV

Como la medalla noble, salida de un troquel perfecto, la palabra Plenitud acuña hoy el arte hondo y sereno de Joaquín Vaquero. Plena está su pintura de su temperamento pleno. La madurez técnica y cerebral de un experto en el oficio y de un espíritu educado por la cultura estética moderna rebasado ya el cuarto de siglo de los ismos turbulentos en que la vigésima centuria se debatió al nacer.

Se le halla definido con mejora de expresión para la profundidad del concepto, con seria elocuencia para el vigor temperamental.

Viene inmediato de Evaristo Valle, el maestro de la generación

anterior, a ser el maestro de la suya coetánea. Saturado, como Evaristo, de reciedumbre astúrica más allá y sin necesidad externa, del pintoresquismo indumental y quintanesco. En una *Carnavalada* de Evaristo, en una *Marina* de Vaquero, la verdad del masculinismo sentimental de Asturias se encuentra íntegra con mayores jugo, brío y acento que en otros lienzos folklóricos, anecdóticos y municipalmente empadronados.

Desde las cimas soleadas, de genesiaca ingencia y majestad, de Somiedo, en las que, ávido adolescente, Vaquero danza con el color como un fauno ebrio de claridades y aromas vernaes, pasando por la etapa norte y centro americana—se salvó del sur ceceante, barnizado de pegadizo cosmopolitismo que se descascarilla pronto—donde su juvenilia sembró la futura cosecha de nostalgias tropicales, y cantó al sol en celo que madura pronto frutas y mujeres con lánguida y fraterna molicie sensual, Joaquín Vaquero da en los playales solitarios—extensos o recoletos, pero de trágica fiereza, de densidad filosófica—en los puertos carboneros de cielos grises, muelles y tierras negras, aguas de oleosa gravedad azul y verde, desciende—minero de almas—a los hondos paisajes humanos de los atlantes de la cuenca carbonífera, a quienes el carbón no envilece su grandeza escultórica y narra con himnaria plástica de tonos austeros la epopeya de las ruinas ovetenses, sus melenas urentes y sus muros clamantes...

Joaquín Vaquero nace en Oviedo el año mismo que el siglo XX (9 de junio 1900). Año del eclipse solar, cuando todavía el eclipse colonial no salió de su última fase y vivían casi todos los personajes de la Vetusta de Clarín, ya viejos y un poco olvidados y la pintura española se empezaba a enterar del impresionismo y del neo impresionismo y se rechazaban en las Nacionales los cuadros del asturiano Darío de Regoyos, pintor de Flandes y Vasconia.

A los 16 años expone por primera vez. Es en la Regional que se celebra el año de 1916 en la Universidad de Oviedo, primera también de conjunto homogéneo de provincial recuento de valores artísticos asturianos de cuantas luego, más selectas, más armó-

nicas, habían de seguir en Gijón, en Avilés, en Madrid, en América. Su cuadro, parco de dimensiones, pasa inadvertido, pero ya contiene las miradas de los artistas, de los escritores jóvenes, el atrayente enigma prologal de un temperamento apasionado.

Tres años después, a los diecinueve de su vida, exhibe ya sólo, independiente, en la Sala Piquero de Oviedo.

Es todavía la juvenilia, en agraz pubescencia, de su tributo filial a la tierra nativa. Ya están allí las encendidas cumbres, la solar exuberancia de las soledades montañosas, el hálito viril de los retos pétreos a las águilas, sirenas del heráldico azul celestial.

Son gratos al mozo, que alterna sus estudios en Oviedo y Madrid con las estadias agrestes de Somiedo esos temas de una Asturias casi inédita entonces, de la raza que había de producir el jugoso y decisivo libro de Acevedo, donde el hórreo cambia la traza chata por la cónica, y donde Roso de Luna bebió los misticismos de su teosofía en los lagos serenos y como sin fondo.

Sorprendía el ímpetu cromático de la comarca y la pintura de Joaquín Vaquero, distintos de la brumosa y melancólica de montes suaves y los valles geórgicos cabe la mar.

Hacía pensar en uno de los otros dos Joaquines de la pintura española: el Mir de la también noble y armoniosa Cataluña. Aquella fulgencia dinámica de los motivos y de la expresión, tenía como filtraciones tonales y aún líricas del gran luminista extasiado por entonces en Mallorca.

Las pupilas—esas pupilas negras, ardiente y agudas de Vaquero—del joven pintor asturiano veían los colores cuales evohés diónisiacos. No de otra suerte el acento robusto del hombre hecho a las señeras soledades, precisa el grito abierto a los espacios libres. Sus cuadros eran sinfonías de cadmios vibrantes, azules de máxima, casi esmaltada, intensidad lumínica, carmines y bermellones rútilos, verdes furiosos.

Pero—¡cuidado!—no había que confundir a Vaquero con un epígono sumiso a foráneas influencias ni a un bárbaro lanzador de tonos enteros contra el terso tambor de los lienzos blancos. Su

juventud fuerte, sana e impaciente, tenía un sentido innato de la armonía y se educaba en la disciplina estructural y constructiva de la arquitectura.

Integramente, fundamentalmente pintor, nacido—y ya hasta morir—para darse como un amante apasionado y fecundador a la pintura, no olvida ni desaprovecha su excelente condición y su otra bien ejercida profesión de arquitecto, cuyo título obtiene en Madrid el año 1927.

Paralelamente, con una capacidad que se abre—como los dos brazos de un ambidextro de torso poderoso, alentado de un corazón tierno y unos pulmones de atleta—como dos ramas frateras nutridas de una misma savia estética y para gemelas fructificaciones, Joaquín Vaquero crea bajo el signo claro de los buenos augurios que se cumplen, sin promiscuas interferencias.

No es un arquitecto que pinta o un pintor que construye formas habitables y ritmos urbanos. Es el artista dueño de la condición excelsa de dos acentos propios e independientes.

Así se le reconoce de manera oficial y pública.

En 1930 obtiene, coincidentes, en Nueva York el premio en el Concurso Internacional para el Faro de Colón, entre los 542 proyectos presentados por más de tres mil arquitectos de todos los países del mundo y la primera medalla de Arquitectura en la Exposición Nacional de Madrid. En 1931 es pensionado para estudiar en Yucatán y la América Central la Civilización Maya.

En 1941 se le otorga la primera de las segundas medallas en la Nacional de Madrid por su cuadro *Santiago de Compostela* y en 1942 obtuvo en la Nacional de Barcelona la primera medalla por el cuadro *Oviedo en ruinas*.

Verdadero intérprete de la naturaleza frente a la luz, en color y las formas vivas se suceden sin turbulencia ni improvisación codiciosa las exhibiciones de su obra pictórica donde no hay penumbras ni altibajos en la trayectoria que los laureles jerarquizan y los ecos difunden, como hitos de una evolución consciente, progresiva: *Museo de Arte Moderno* (Madrid, 1924); *Knoedller Galleries* (París,

1927); *Knoedller Galleries The Three Arti Club* (Nueva York, 1928); *Veerhoff Galleries* (Washington, 1928); *Sala Trigueros* (San Salvador, 1931); *Sala Macarrón* (Madrid, 1942), *Sala Argos* (Barcelona, 1943). Cuadros suyos figuran en las colectivas Nacionales e Internacionales de Nueva York (1928), Oslo (1932), Copenhague (1932), San Diego, de California (1932), Berlín (1932), París (1935), Venecia (1940), Buenos Aires (1942), Viena (1942), Berlín (1942).

Paralela de esta reintegración internacional iba también la reiteración regional, el fervor tenso y fértil hacia Asturias. Se suceden las exposiciones individuales en Oviedo (1926, 1931 y 1935), Avilés (1933) y Madrid (1941).

A lo largo de este placeamiento de su obra ante las miradas plurales y de los ambientes diversos, el arte pictórico de Joaquín Vaquero se enraiza más en la tierra natal por la predilección de los temas, por la austera madurez de su sensibilidad, por el señorio esencialmente nórdico de la luz y del sentimiento fundidos en un equilibrio básico de las facultades primigénias.

Alguna vez he definido yo al asturiano como «el hombre que sonrío y que viaja».

El asturiano tiene el gesto afable y la inquietud giróvaga. En ninguna parte he conocido tan definitiva esta noble condición de sonrío y de «estar de vuelta» como en Asturias.

Nautas y descubridores, y fundadores, de ayer; viajeros por el gozo de conocer tierras o por el empleo de su tiempo en acrecentar la hacienda, hoy; el asturiano conoce las rutas flotantes y los senderos terrenos por lejanos que estén de la villa natal.

Es frecuente oír nombres exóticos en sus labios que sonrío, en su verbo cantarín de los finales cadenciosos. No las excursiones frívolas, vulgares, al París de todos, o las emigraciones forzosas sin el término visible. Es algo más amplio y más fértil. Contactos espirituales, menos multitudinarios. La evolución sentimental y sensorial cumpliéndose sin esfuerzo y sin dolor.

Así les florece el recuerdo simultáneo de la sonrisa. Una sonrisa que no les amarga los labios, ni les corroe por dentro el cora-



zón. Tampoco de burla pedantesca; excitante de la cólera ajena. Diríase que incluso pide perdón de ser hija legítima del bienestar interior y de las perspectivas exteriores crecidas al mismo tiempo y de una felicidad única.

Sin embargo, esta sonrisa puede ser incomprendida en su exacto significado; puede sugerir una vaga desconfianza.

Porque el hombre huraño y sedentario no siempre alcanza la dulce suerte de sonreír a los demás y alejarse de los demás para ser luego acogido con alegría nueva cuando regrese.

En Joaquín Vaquero se da inteligencial esa condición de la sonrisa afable, acogedora, y la discreta distinción del que sabe hacerse perdonar, por los sedentarios y los descontentos, la experiencia alegre de «estar de vuelta» del retorno definitivo después de los exilios voluntarios y accidentales, sin contagio, ni resabio. A lo sumo esa suave nostalgia de los horizontes dejados después de conseguidos que hace bien en todo artista, como las canas prematuras en los aladares de los hombres que todavía son jóvenes.

Su tiempo y esa condición le consintieron conocer simultáneas los países lueños y las modernas teorías artísticas opuestas.

Sus estudios en Francia, en Flandes, en América, le enseñaron a ver el reverso de lo fugitivo y transitorio. Hundidas ya — ¡terrible podredumbre de las iconoclastias arrogantes! — con el paso a retaguardia grotesca las vanguardias de los ismos postimpresionistas, no por ello dejó de significar en Joaquín Vaquero este ir y volver — a ritmo y caudal de sus años de vida — por el arte ajeno a las tierras de los demás una eficaz adquisición de elementos sensoriales, estéticos y hasta sociales de positivo valor para su personalidad.

En lo que debe entenderse por segunda época de su arte Joaquín Vaquero pinta paisajes, lugares, gentes de al otro lado de los Pirineos y de más allá del Atlántico. También horas y sitios de Castilla. Escasean los temas asturianos y sin embargo, es entonces cuando se le revela a él y él devuelve densamente emotiva, con plástico vigor de elocuencia concreta, el realismo fuerte de la vie-

ja Oviedo. Recordemos sus cuadros de arrabal o de entrañable urbanismo, las alusiones al Campillín, a las ruas sórdidas empinadas, que brotan de Puerta Nueva, el encanto sentimental, sin afeminamiento sensiblero, del barrio catedralicio, cuando aún no entró la piqueta de la pedantería y de la sumisión edilicia al egoísmo nobiliario, y la basílica daba entrañable cobijo, deleitoso abrigo a casinas humildes, a rincones henchidos de íntima nostalgia.

De esa época son—por ejemplo de supremacía y justeza en la adecuada verdad y diferencia lumínicas y en la penetración ambiental—lienzos como *Nueva York*, extensa sinfonía de grises ácueos, tratados con una finura de gran marinista—el gran marinista destinado a ser en lo futuro, cuando nuestro Cantábrico le recobre plenamente—y donde el artista encontró las más puras delicadezas y transparente luminismo de los que nunca faltan en su paleta.

Y *El Ayuntamiento de Brujas*, *El Canal de Gante*, que el viril romanticismo de un Georges Rodenbach o al walonismo consubstancial del inconfesable españolismo acoplados en el alma universalista de Verhaeren habría placido ver y sentir.

Y sus hallazgos expresivos de la vieja París al otro lado ideológico y prejuiciable de la falenas montmartresas y montparnasianas.

Pero lo que más cuenta en ese período de la pintura de Vaquero, aparte de lo inspirado y resuelto de su tributo a la ciudad natal, es la serie de temas americanos.

El asturiano es siempre el galán de las Américas, el Ulises de las sirenas trasoceánicas. Lo mismo el emigrante de proa que el artista, el escritor acodado en la baranda de las cubiertas pidiendo a cada nueva singladura la silueta terral de las costas tropicales, en un ansia de realizar sueños.

Vaquero, como Evaristo, cumple el tributo de los temas americanos, después y entre la constancia de paso por los países de la vieja Europa y el permanente culto a lo nativo.

Pero mientras los lienzos cubanos de Evaristo acusan un matiz caricaturesco, cierta exterioridad de hurañía solitaria, algo como una sutil y ática venganza de viajero desencantado, de solterón

misógino, que vive siempre hacia dentro de su propio yo, la agorafobia que rechaza los espacios abiertos, los grandes desbordamientos amplios de luz meridional, los lienzos americanos de Joaquín Vaquero están saturados de euforia cromática, de dionisiaco luminismo. Y de ternura apasionada.

Porque en Joaquín Vaquero se cumple también aquel dualismo de amor a la tierra suya y a la de la mujer amada, que el desposorio carnal otorga a la visión, a la comprensión estética de un artista o de un escritor sincero. La América pictórica de Vaquero es—además del Brasil exuberante (*Suburbio en Río Janeiro*) y la Yanquilandia poderosa (*Puerto de Nueva York*)—además y sobre todo, la más entrañablemente americana, nativa de su esposa, aquella donde se conservan intactas la dulce grandeza melancólica, el ímpetu lírico de la naturaleza brava y en la que la dominación española no es ni cicatriz, ni resquemor, sino rescoldo tibio y aroma inextinto.

Ha sido visto en el gozo de lo compartido, con la bendita claustrofobia que incita a los espacios abiertos y la sed de luz y el hambre de senderos y afán de oír, oler y saborear el aire, las frondas, las aguas, en un doble epitalamio...

Así surgieron cuadros como *Chinamos*, *Mercado en Puerto Colombia*, *Palmeras de Llapango* y tantos que cual los ya citados y los de tierras yucatecas a donde fuera en busca de las huellas de la civilización maya—¡maravilloso viaje en que las ruinas del pasado se cambian en cimientos del futuro!—se crearon en alto el corazón y en fulgurante júbilo las pupilas, a la manera de las mañanas adolescentes rostro a las cumbres y los lagos de Somiedo.

La plenitud artística, la madurez física, adentran a Joaquín Vaquero en Asturias. Va a ser el pintor de las cuencas mineras, de la urbe patricia y heroica. Del Mar. Del Mar, en el más robusto, patente y terrible sentido del apelativo.

Para los miopes o los que necesitan las vocinglerías cromáticas, Joaquín Vaquero se acentúa entonces como un pintor sombrío. Se ha llegado a decir que carboniza demasiado cuanto crea.

¡Cómica y lamentable impotencia de juicio la de estos tales!

Nunca Vaquero ha sido tan luminista, tan sutilísimo captador de matices como ahora en que domina desde las más duras a las más suavísimas gamas del negro—el negro, abolido por los impresionistas y amado del Greco—que penetra en el misterio sensibilísimo de los grises, sin hacerles jamás mortecinos, que acaricia los tonos enterizos con veladuras de la más tierna sabiduría y que, sin embargo, da una sensación de hombría casi agresiva cuando importa darla como en sus playas de arrecifes oscuros y arena movable de resaca, o en sus cargadores de carbón austeros, majestuosos cuales figuras de relieve asirio o índico, cuando, en fin, reproduce el patetismo himnario de los muros calcinados, de las fachadas humeantes, del espantoso silencio postbélico de las arquitecturas mutiladas.

Si Menéndez Pidal nos recuerda el culto clásico a Velázquez; si Evaristo Valle en sus *Carnavaladas* se sienta a la diestra de Goya, comprendemos una intelectual, una sensitiva asimilación filial hacia el Greco, en Joaquín Vaquero.

Convive y sufre el artista las horas de asedio y defensa de Oviedo en la guerra civil de 1936.

¿Dónde está, entonces, aquel despertar a la vida en la misma ciudad recoleta en sí misma, saturada de ochocentismo afable y húmeda con el tiempo adormecido y las saudades despiertas o en las cimas soleadas, con vuelo de águilas, retiempos pétreos de las tormentas y anchos cursos o quietos abismos lacustres? ¿Dónde quedó aquel apoteósico mediodía tropical en las selvas gigantescas, bullentes de un mundo multicolor y parlerío de pájaros, rumorosa a hervores y combates de una fauna libre e impetuosa, en los poblados de razas aborígenes o trasplantadas para embriagarse de frutos, soles y canciones primitivas, mientras el divino sortilegio del amor crecía como una planta más florida de sucesivas primaveras?

El artista está en la dantiana edad donde los infiernos se miran masculinamente. La ciudad íntima, los comprobamos de fraterno

origen, cuanto está nutrido del cielo brumoso y la tierra ubérrima, se agita, consume y muere y renace en holocausto de odios. (Se piensa en aquella noche del 3 de mayo de 1808, cuando el Sordo en su Quinta, ribereña del Manzanares, oía los estampidos de los fusilamientos y copiaba los peles trágicos).

Joaquín Vaquero, ve y siente una Oviedo convulsa, toda ella negra y roja, desde más acá de la sonrisa verde de Las Segadas, hasta el inicial ascenso del Naranco: la torre de la Basílica pierde su índice esbelto por un muñón ardiente y tronitoso; a los viejos palacios del corazón urbano, las casucas guaridas de los arrabales, los templos arcaicos se les desgaja, se les tuesta y esqueletiza. Hogueras en las noches otoñales—jay, las hogueras vernaes del Señor San Juan!—llaman al cielo sordo de tiros. Negro y rojo en las banderas, en las almas y en los cuerpos de los hombres, en la forma externa y las entrañas palpitantes de los edificios.

Culmina la serie de obras de este género patético, de esta imprecación sombría o urente en el gran lienzo *Oviedo en ruinas*, que había de obtener la primera medalla en la Nacional de Bellas Artes de 1942.

Como antes el cuadro *Santiago de Compostela*—originalísima interpretación y síntesis de la universal ciudad gallega—había de obtener la primera de las segundas medallas en la Nacional de Madrid el año 1941.

Ambas—la urbe catedralicia y astur, la urbe catedralicia y galaica—, la una en guerra y la otra en paz, la una con gentes de clerecía y de piedad, su glorificación evocadora y bendicente de las muchedumbres de pacífico peregrinar; la otra en guerra siniestra, sin seres humanos, ni apariciones divinas, desnudos el odio y el horror fratricidas, calcinada, en escombros humeantes y desamparo clamativo, acusan la energía colorista de un temperamento personalísimo, que no por acometer lo épico pierde suavidad, dulzura y cariciosa melancolía tonal. El estilo, en fin, de uno de los más originales pintores de nuestro tiempo.

Otra faceta—tal vez la excelsa—de ese temperamento y de ese estilo, es la de Marinista.

El mar, el MAR, con mayúsculas, no ha sonado jamás en nuestra pintura contemporánea con el dramático, con el sinfónico ímpetu que en las marinas cantábricas de Vaquero. Como no sonó tampoco, con la gracia helénica, con la alegría sensual y la armonía luminosa que en las marinas mediterráneas de Sorolla.

Nada tan opuesto a esa majestad inteligente y apasionada que el subalterno oficio y la paralítica mediocridad del tantos y tantos mercachifles de cromo barato y barcarola peguntosa que han pintado los mares españoles para el alma de acordeón de los cursis entre las cuatro paredes de su estudio.

Sólo se salva un Álvarez Sala, asturiano también y sobre todo, un Martínez Cubells, en curioso contraste de su estirpe y nacimiento valencianos, pero de formación espiritual y técnica frente a los mares del centro y norte de Europa, que ha pintado el mar Cantábrico con singular varonía, mientras, por desejemplo, un asturiano Martínez Abades, veía el Cantábrico en muelle e iluminado colorinismo levantino.

Estas visiones de playas austeras, graves y polifónicas, mordidas de arrecifes, saturadas de carbón, donde se consigue portentosamente la calidad húmeda, con unos negros transparentes, que habría de inventarse un adjetivo para describirle como Vaquero lo pinta; esos puertos chiquitos como el de San Juan de Nieva, con su «actividad estática» y la melancolía idiosincrásica como en ese de la «mar gruesa», del carbón tragándose a un barco bajo el cielo plúmbeo y ante la resignada calma del caballo desnudo, representan valores considerables en el género tan encarnecido en los últimos cincuenta años.

Algunas de estas marinas de Joaquín Vaquero y, desde luego, las que mejor le definen y eternizarán, son las que reproducen aspectos de una playa chiquita e inquietante de Salinas. Está al otro lado del cerro de la Peñota, que corta la playa grande del Espartal y que hunde entre los remolinos de las pleamares sus mulos de

roca desnuda y rojiza y se calza con zapatillas flecudas de algas superpuestas.

Esta playa del Sablico por su nombre, del Cuerno y del Diablo por sus sobrenombres populares, me obsesionó siempre. Inquirí el sortilegio único que contiene y en ella concebí uno de mis estudios novelesco-poemáticos más queridos.

Recogida, atormentada en sí misma, en un semicírculo como si lo hubiese trazado la vara mágica de un nigromante y sirviese de aquelarre a brujas, no en vuelo de escoba, sino a las sirenas alígeras de la Odisea, ávidas de naufragios, «tiene esta playa, a la izquierda, un brazo terral, que como la cabeza de un caimán de secular soñarrera al que le creció musgo sobre el dorso y que bebe mar, borbollándole espumas en sus colmillos de rocas. Más detrás hay cantiles, socavones, que las pleamares colman y que en la noche se quejan».

«Ahora la playa está siempre solitaria ennegrecida por el carbón, siempre mojado y que rechina al retirar sus fimbrias de espuma y agua delgada la resaca. Pero cuando yo era niño, no hacía rechinar carbones, sino conchas, caracoles minúsculos, piedrecillas de colores brillantes. A ambos lados de los montes que forman el reducido anfiteatro y avanzan sobre el mar, las aguas colmaban y vaciaban calas deliciosas. Los muchachos entrábamos allí cuando la marea baja, a perseguir cangrejos, arrancar mejillones y lapas y hundir en los charcales límpidos la pequeña red donde, incautas, caían las esquilas de transparencia fantasmal».

«El agua, además, tenía sonidos armoniosos, ecos dilatados al entrar y al retirarse. Poco a poco me acostumbré a retar las pleamares. Me parecía un cuarto de baño ideal, una gruta de ensueño aquella cala de la izquierda, donde lentamente el agua iba cubriéndonos y terminaba por tapar el boquete de entrada. Entonces, si no queríamos perecer ahogados, había que nadar hacía afuera, en

el milagro de luz submarina que no todos los rapaces sabían apreciar con los ojos abiertos» (1).

Joaquín Vaquero ha inmortalizado de manera harto más elocuente el hechizo feroz y lagotero de esta playa; ha sabido expresar casi con un prodigio de sonido, el irse rechinante de la arena por la resaca; ha recompuesto, recreado su máxima sinfonía—no wagneriana, de colores estridentes y guturalismos de cantantes germánicos, sino beethoviana, que es como los grandes huracanes y tormentas del hombre en la madurez,—para incorporarla al gran poema de Asturias y de su pintura—estrechamente unidas en martrónil belleza.

Y ha de tenerse presente que sólo aquellas obras del pensamiento y de la acción, que se producen con gozo ardiente, con patética amargura, en lo profundo de nosotros y desde lo entrañable de nuestra tierra natal, de nuestra raza, y de todo lo que nos pertenece—incluso con límites fronterizos dentro de la plural patria—es lo que alcanza ahincamiento de eternidad y universalidad.

---

(1) *La Resaca*, en LOS MUERTOS VIVEN



# LAS FUENTES DE "LA VIDA ES SUEÑO"

Conferencia dada en el Aula Máxima de la Universidad de Oviedo

el viernes 4 de febrero de 1944

POR

**FERNANDO VIDA NAJERA**

Doctor en Derecho, Delegado Provincial en Asturias de la

Organización Nacional de Ciegos

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

*Esta conferencia fué preparada en 15 días, de memoria y sin consultar libro alguno. Como era natural, resultó con errores y omisiones inevitables, que ahora, al darla a la imprenta, se han salvado y corregido, añadiendo citas y notas bibliográficas, a fin de que el texto original resulte así lo menos imperfecto posible.*

## SEÑORAS: SEÑORES.

Hace 6 años, privado ya del sentido de la vista, hallábame en Madrid, en el Hospital Dermatológico, reponiendo mi salud quebrantada por las privaciones de la pasada guerra, cuando uno de mis compañeros llevó, para distraer los ocios, un ejemplar de la famosa comedia calderoniana. Conocía yo, desde mis años juveniles, la gran obra del inmortal dramaturgo madrileño que, por la maravillosa perfección de su forma poética, por lo sublime de sus conceptos teológicos, y por las continuas e intrincadas alusiones a la mitología grecolatina, había dejado en mi ánimo profunda huella, impregnada de indefinible curiosidad, proyectada en un fondo de infinita e indescifrable poesía. La nueva audición de la magistral comedia, hizo revivir en mí las impresiones de los años mozos, decidiéndome a desentrañar el misterio de aquella obra cubierta, como los de Isis, con velo cuya punta no se atrevían a levantar los no iniciados. No acertaba a explicarme, por ejemplo, qué tenía que ver el hipógrifo con que empieza la obra, con el

...rayo sin llama,  
 pájaro sin matiz, pez sin escama,  
 y bruto sin instinto  
 natural...

con que se le compara líneas después. Tampoco comprendía por qué Clotaldo, en la escena III del acto I, dice al príncipe heredero para aplacar sus iras:

Si sabes que tus desdichas  
 Segismundo, son tan grandes  
 que, antes de nacer, moriste  
 por ley del cielo...

.....  
 ¿por qué blasonas?

contraviniendo las leyes de la Naturaleza según las cuales todos los hombres nacen primero y mueren después. ¿Y cómo se explica que aquel monstruo, compuesto de hombre y fiera, cuyos membrudos brazos son capaces de despedazar a Rosaura y tirar por el balcón al insolente cortesano, se compare a sí mismo con un *esqueleto vivo* y un *animado muerto* (1,2). ¿Qué tenía de esquelético aquel jayán de los montes eslavos? Todas estas consideraciones que hacen a la obra salir de los límites de lo real y penetrar en las fronteras de lo imaginario, me hicieron sospechar el origen fabuloso de la comedia, e iniciar una serie de investigaciones cuyas primicias voy a tener el honor de exponer, en breve síntesis, a vuestra consideración.

No voy a entrar en polémica con los autores que, antes que yo, se han ocupado del mismo asunto. No aclararía nada la incógnita y daría a esta charla una extensión desmesurada. Ni Moratín en el segundo de sus *Desengaños al Teatro Español*, ni Martínez de la Rosa en sus anotaciones a su *Poética*, para quien Segismundo no es más que un príncipe travieso a quien su padre había encerrado en la torre; ni Guillermo Schlegel en sus *Lecciones de Literatura dramática*, cuyo último capítulo está dedicado casi exclusivamente a Calderón; ni su hermano Federico Schlegel en su *Historia de la Literatura antigua y moderna*, en la que habla de nuestro poeta con no menos admiración que Guillermo Schmit en su magnífico estudio sobre el teatro de Calderón, publicado en Elberfeld en 1857 por su hijo Leopoldo; ni Hartzenbusch en los doctos y a la vez discretos comentarios que hizo a su edición de las comedias calderonianas en la *Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra*; ni las memorables y juveniles conferencias de Menéndez y Pelayo dadas en el Círculo de la Unión Católica de Madrid (1881) sobre *Calderón y su teatro*, que tanta polvareda levantaron; ni el docto libro de *La vita é un sogno*, del gran hispanista Arturo Farinelli, a quien tuve la honra de conocer en Turín hace 16 años, y que pretende hallar las fuentes del drama en la literatura italiana; ni el estudio, a todas luces superficial, del P. jesuíta José de Olmedo, publicado con el mismo título

que encabeza esta charla; ni la tesis doctoral de Angel Valbuena Prat, sobre el gran dramaturgo—excelente resumen de todo lo publicado hasta el día—; ni tantas otras (1) cuyos títulos no acuden

(1) Consúltese.

MORATIN (N. Fernández de), *Desengaño al teatro español* (en B. AA. EE. VII; página 51): «Olvidar la naturaleza, y, en vez de retratarla, desfigurarla, es muy frecuente en D. Pedro Calderón. El principio de su comedia *La Vida es Sueño* lo acredita. Yo quisiera saber si una mujer que cae despeñada por un monte con un caballo, en vez de quejarse donde le duele y pedir favor, le dice todas aquellas impropias pedanterías, que las entiende el auditorio como el caballo. Si algún su apasionado cayese por las orejas, llámele *hipógrifo violento* y verá cómo se alivia». Así se entiende a Calderón.

SCHACK (Adolf Friedrich von) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien, 1845-1846*; 2 vols. *Nachträge*. etc. Frankfurt a. M., 1854. (Traducción española de E. Mier. Madrid 1885-1887; 5 vols.)

SCHMIDT (F. W. V.) *Die Schauspiele Calderón*, Elberfeld, 1857.

GRAF (A) *La Vita è un sogno, drama de Pedro Calderón*; *Studii dramátic*, (Torino, 1878; págs. 1-40).

MENENDEZ Y PELAYO (M.), *Calderón y su teatro*, Madrid, 1881 (vid. la ed. de las *Obras Completas*, Madrid 1941; VIII, 101, 160, 166, 223 y 234.)

MENENDEZ PELAYO (M.), *Prólogo a su ed. del Teatro selecto de Calderón de la Biblioteca clásica*, Madrid 1881 (vid. la ed. de las *Obras completas*, ed. cit.; VIII, 343 y 344.)

GUNTNER (E.) *Calderón und. seine Werke*, Freiburg B., 1888, 2 vols.

BUCHANNAN (M. A.) *Notes in Calderón: the Vera Tassis edición, the text of «La Vida es Sueño»* (*Modern Language Notes*, XXII (1907), col. 148 y 150).

BUCHANNAN (M. A.) *Segismundo's soliloquy in liberty in Calderón's «La Vida es Sueño»*. *Publications of the Modern Language Association of América*, XXIII (1908), 240 y 253.)

BUCHANNAN (M. A.) (*Culteranism in Calderón's. La Vida es Sueño*, en homenaje a Menéndez y Pidal, I.)

CARDUCCI *La Vida es Sueño* (*España Moderna*, agosto 1906.)

LOSADA Y DIEGUEZ (A.) *Simbólica e ideas filosóficas contenidas en «La Vida es Sueño»*, Santiago 1910.

THOMAS (L. P.) *La genèse de la philosophie et le symbolisme dans «La vie est un Sogne»* (*Mélanges Wilmwtte*; París 1910; pág. 715.)

MONTEVERDI (A) *Le fonte de la «La Vida es Sueño»*, *Studii di Filología moderna*. VI (1903) 176.

en este momento a mi memoria, han aclarado un punto el enigma que se cierne sobre la génesis del asunto, siempre eterno, de la brevedad de la vida.

¿Y por qué esta desviación del recto camino en la investigación de la verdad? ¿No está la clave del problema en el mismo texto de la comedia? ¿No es el castellano de Calderón el mismo que hablamos ahora? ¿Cómo se explica, pues, la permanencia de esta incógnita? Sólo por la obsesión predominante en los críticos antes citados, de la parte filosófica de la comedia, cuando ésta no es sino consecuencia lógica y natural de la tesis teológica: la perfecta concordia existente entre la predestinación y el libre albedrío, y la diferencia sustancial que separa a aquélla del fatalismo pagano: caballo de batalla de la polémica religiosa de los siglos XVI y XVII entre católicos y protestantes; y que Calderón, como buen discípulo de nuestra gran escuela, defendió en la escena dando vida y movimiento al drama según las exposiciones magistrales de Soto, Báñez, Suárez y Molina. Con que los eruditos antes mencionados

FARINELLI (A.) *La Vita è un Segno*, Torino (1916), 2 vols.

REYES (A.) Un tema de «*La Vida es Sueño*», *El hombre y la naturaleza en el monólogo de Segismundo* (*Revista de Filología Española*, IV (1917), I, 237.)

COTARELO Y MORI (E.) *Ensayo sobre la vida y las obras de don Pedro Calderón de la Barca*, Madrid 1924.

RIOS DE LAMPÉREZ (B. DE LOS) «*La Vida es Sueño*» y los diez *Segismundos* de Calderón, Conferencia. Madrid 1926.

CARRERAS Y ARTAU (T) *La filosofía de la libertad de «La Vida es Sueño»*. (Estudios en honor de Bonilla San Martín; I (1927) 151.

OLMEDO (J.) S. J. *Las fuentes de «La Vida es Sueño»*, Madrid 1928.

GASTON (R.) *Prologo a su edición de «La Vida es Sueño»*, publicada por la Editorial «Ebro»; Zaragoza, s. a., págs. 15 y 23.

PFANDL (L) *Historia de la Literatura Española de la Edad de Oro*, Barcelona (1933), pág. 627.

SCHEVILL (R.) «*Virtudes vencen señales*» and «*La Vida es Sueño*» (*Historical Review*, I (1933) 319.

DALE (G. I.) *Agustín de Rojas y «La Vida es Sueño»* *Historical Review*, II (1934) 319.

VALBUENA Y PRAT (A.) *Calderón: Su personalidad, su arte dramático. su estilo y sus obras*. Barcelona 1941. Págs. 133 y 148. (Cap. IX.)

hubiesen puesto su atención en esta parte del problema, la incógnita hubiera desaparecido.

¿Y de qué medios se valió Calderón para dramatizar su pensamiento? ¿Qué símbolos utilizó para llevar a la escena el problema eterno de la lucha entre el Bien y el Mal, la Verdad y el Error, la Luz y las Tinieblas? Prestadme atención unos momentos y vosotros mismos daréis cumplida respuesta a estas preguntas. Entramos de lleno en el campo de nuestras investigaciones.

## I

### LA COMEDIA (I)

El escenario total de la comedia se halla repartido entre dos grandes Estados: el Reino de Polonia y el Gran Ducado de Mosco-

---

(1) Estaba escrita en 21 de agosto de 1635, fecha en que falleció Lope de Vega, en cuyo honor compuso una Loa D. Gil de Armesto y Castro, donde se cita *La Vida es Sueño*, y consta que se representó ante sus majestades en el Salón Real del Palacio. Sin ánimo, ni mucho menos, de agotar la materia, vamos a dar a continuación un catálogo cronológico de las ediciones y traducciones de la comedia calderoniana, utilizando los datos que en este momento obran en nuestro poder:

#### EDICIONES

1. Madrid 1635. (*Primera parte de las comedias de don Pedro Calderón de la Barca.*)
2. Zaragoza 1636. (*Parte treinta de comedias famosas de varios autores. La cuarta comedia es La Vida es Sueño.*)
3. Madrid 1682. (*Primera parte de las comedias de don Pedro Calderón de la Barca*, ed. de don Juan de Vera Tassis y Villarroel).
4. Madrid 1723. (Reimpresión de la edición anterior).
5. Madrid 1763. (*Comedias de don Pedro Calderón de la Barca*, ed. de don Juan Fernández Aponte.)
6. Leipzig 1827. (*Las comedias de don Pedro Calderón de la Barca cotejadas con las mejores ediciones hasta ahora publicadas, corregidas y dadas a luz*, por don Juan Jorge Keil. Tomo I.)
7. París 1838. (*Teatro escogido de Calderón de la Barca*, ed. de Eugenio de Ochoa, tomo III. Forma parte de la colección titulada *Tesoro del Teatro Español.*)

via. Al empezar la obra, cuando Rosaura y Clarín caen del caballo desbocado, despeñándose entre montes y laderas, dice el ama a su criado:

Mal, Polonia, recibes  
a un extranjero, pues con sangre escribes  
su entrada en tus arenas,  
y apenas llega cuando llega a penas.

Es decir, estos Estados se hallan divididos por una ingente cordillera. Ambos estuvieron unidos en tiempos no muy remotos, formando aquella «imperial monarquía» que Estrella, en su primera entrevista con Astolfo, añora y ansía renovar. El fragmento en que Astolfo relata a su prima los hechos ocurridos en Polonia a la

- 
8. Habana 1839. (*Las comedias de don Pedro Calderón de la Barca*. Tomo I.)
  9. Madrid 1852 (c). *Comedias de don Pedro Calderón de la Barca*, ed. de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. En *BB. AA. EE.*, VII, I, 19. Hay varias reimpresiones.)
  10. Madrid 1868. (*Dramas escogidos*, ed. de don Patricio de la Escosura, publicada por la R. A. E. Tomo I.)
  11. Leipzig 1881. (*Klassische Bühnendichtungen des Spanier*, ed. de M. Krenkel.)
  12. Madrid 1881. *Teatro selecto*, ed. de Menéndez y Pelayo, 4 vols. de la Biblioteca clásica.
  13. Madrid. (¿....?) *La Vida es Sueño*, en *Biblioteca Universidad de la Editorial Hernando*.)
  14. Valencia, s. a. (*Teatro de Calderón*, ed. Prometeo, en *Clásicos españoles*, XCIX, 7-85.)
  15. Zaragoza s. a. (*La Vida es Sueño*, ed. de Rafael Gastón, en la Biblioteca Clásica «EBRO», págs. 29 y 129.)
  16. Madrid (?) *Teatro de Calderón*, ed. de Angel Valbuena Prat, en *Clásicos Castellanos*, vol. LXIX.)
  17. Madrid (c) *La Vida es Sueño*, ed. de Angel Velbuena Prat, en *Las cien mejores obras de la literatura española*, vol. LXXXIV.)
  18. Toronto 1909. (*La Vida es Sueño*, ed. de M. A. Buchanan.)
  19. Madrid 1930. (*Calderón de la Barca, El Alcalde de Zalamea y La Vida es Sueño*. Espasa Calpe: Colección Austral, vol. XXIX, 123-223. Primera ed.)
  20. Madrid 1939. (Reimpresión de la anterior. Segunda ed.)
  21. Madrid 1941. (Reimpresión de la anterior. Tercera ed.)
  22. Madrid 1943. (Reimpresión de la anterior. Cuarta ed.)
  23. Madrid 1941. (*La Vida es Sueño*, comedia en tres jornadas. Espasa Calpe. 145 págs. Colección Universal números 1.734 y 1.735.)

muerte de su abuelo el Rey Eustorgio III, es fundamental para conocer la genealogía de los personajes de *La Vida es Sueño* y el problema jurídico que allí se halla planteado de la sucesión a la corona. Oigámosle:

Falleció Eustorgio tercero,  
 Rey de Polonia, y quedó  
 Basilio por heredero,  
 y dos hijas de quien yo  
 y vos nacimos. No quiero  
 cansar con lo que tiene  
 lugar aquí. Clorilene,  
 vuestra madre y mi señora  
 —que en mejor imperio ahora  
 dosel de luceros tiene—,  
 fué la mayor, de quien vos  
 sois hija. Fué la segunda,  
 madre y tía de los dos,  
 la gallarda Recisunda  
 que guarde mil años Dios.  
 Casó en Moscovia, de quien

#### REFUNDICIONES

1. Barcelona 1923. (*La Vida es Sueño*, drama en cinco jornadas. 119 páginas. Publicaciones Literarias de la Revista Braille Hispanoamericana, Transcripción al «Braille», de una pésima refundición, en la que no consta—para su buena memoria—el nombre del refundidor.)

2.—Madrid 1940 o 1941. (Refundición de Luis Escobur Kirpatrik, estrenada en el teatro María Guerrero en noviembre de 1940 o 1941. No está publicada.)

#### TRADUCCIONES

1. Versión italiana de Conrado Pavolini. Estrenada en el teatro Argentina, de Roma, el martes 16 de enero de 1940.

Anteriores a esta versión, son—por lo menos—cuatro: una inglesa, otra francesa y dos alemanas. No puedo precisar—por redactar estas líneas de memoria—los nombres de los productores ni la fecha de su publicación.



nací yo. Volver ahora  
al otro principio es bien.  
Basilio, que ya, señora,  
se rinde al común desdén  
del tiempo, más inclinado  
a los estudios que dado  
a mujeres, enviudó  
sin hijos, y vos y yo  
aspiramos a este Estado.  
Vos alegáis que habéis sido  
hija de hermana mayor;  
yo, que varón he nacido,  
y, aunque de hermana menor,  
os debo ser preferido.  
Vuestra intención y la mía  
a nuestro tío contamos;  
él contestó que quería  
componernos, y aplazamos  
este puesto y este día.  
Con esta intención salí  
de Moscovia y de su tierra;  
con ésta llegué hasta aquí,  
en vez de haceros yo guerra  
a que me la hagáis a mí.

(I, 5)

Como se ve, en esta relación no consta quien es el padre de Estrella ni el nombre del de Astolfo. Pero hay un verso en ella que nos puede poner en camino de averiguarlo. Es aquél en que se llama a Recisunda *madre y tía de los dos primos*. Para que Recisunda—que es tía de Estrella—, pueda ser su madre o madrastra, es preciso que esté casada o unida con su padre; y para que Recisunda—que es madre de Astolfo—, pueda ser su tía o tiastra, es preciso que esté casada o unida con su tío, que, naturalmente, no puede

ser otro que el padre de Estrella. Es decir, que Estrella y Astolfo tienen el mismo padre y distinta madre. Y como el padre de Astolfo es el marido legítimo de Recisunda, resulta que Estrella es hija natural.

De este incógnito personaje tenemos otro dato que no se debe omitir. Dice Astolfo a Segismundo cuando le ve por vez primera:

Duque he nacido  
de Moscovia y primo vuestro:  
haya igualdad en los dos.

(II, 4)

Si Astolfo ha nacido Duque de Moscovia, es que su padre era también Duque de Moscovia, y que él nació después de muerto su padre, porque sinó no hubiera heredado el título después de nacido; es decir, que Astolfo es hijo póstumo.

En la citada relación de Astolfo a Estrella, se plantea un problema jurídico de capital importancia en la comedia: el de la sucesión al trono de Polonia. Estrella, que es polaca, alega para ello el ser hija de hermana mayor; en tanto que Astolfo, que es moscovita, basa su derecho en ser varón, aunque nacido de hermana menor. Es decir, que en esta materia, en Polonia rige la ley natural, mientras que en Moscovia rige la ley sálica: leyes antagónicas e incompatibles, como la constitución fundamental de ambos Estados y la manera peculiar de ser de sus respectivos habitantes.

Y vamos ahora con el personaje central de la comedia. Dice Basilio en la escena VI del acto I:

En Clorilene, mi esposa,  
tuve un infelice hijo...

Esta Clorilene, madre de Segismundo, ¿es la misma Clorilene madre de Estrella, citada por Astolfo? a primera vista parece que nó, dado que si Segismundo y Estrella fuesen hijos de la misma madre, no podrían casarse, por ser medio hermanos, y sin embargo, se casan al final de la comedia. Pero aparte de que en ninguna escena se establece la antedicha distinción, y de que hay datos

sueltos que lo contradicen, no hay que olvidar que Polonia—la Polonia de la comedia, naturalmente—no es un país católico, sino un Estado pagano en que rige la ley natural, la cual permite el matrimonio entre hermanos, cuánto más entre medio hermanos. La Clorilene madre de Estrella, fué Emperatriz, porque si ahora *en mejor Imperio dosel de luceros tiene*, es que antes, en peor Imperio, tenía dosel que no era de luceros; y Segismundo tiene sueños de grandeza imperial cuando Clotaldo, en sus doctas enseñanzas al Príncipe prisionero, le pone, como término de comparación, el vuelo caudaloso del águila. Además, una y otra Clorilene han fallecido al empezar la obra: la madre de Estrella, porque *en mejor Imperio ahora dosel de luceros tiene*, y la de Segismundo, porque éste, al nacer, la causó la muerte.

Otro dato de interés sobre este asunto se halla en la primera entrevista del Príncipe con su padre. Dice Basilio en tono de amarga censura:

¡Bien me agradeces el verte  
de un humilde y pobre preso  
Príncipe ya!

Y le arguye aquél con soberbia:

pues en eso  
¿qué tengo que agradecerte?  
Tirano de mi albedrío,  
si viejo y caduco estás,  
muriéndote ¿qué me das?  
¿dasme más de lo que es mío?  
mi padre eres y mi Rey;  
luego toda esa grandeza  
me da la Naturaleza  
por derecho de su ley.

(II, 6)

Si Segismundo, que es polaco, aspira al trono de Polonia basando su derecho en el que le concede la ley natural, y este mis-

mo argumento es el que utiliza Estrella—que también es polaca— como hija de la hija mayor de Eustorgio III, es indiscutible que los dos Clorilenes son una misma, y que, por tanto, Estrella y Segismundo son medio hermanos. Para atenuar el mal efecto que su casamiento iba a producir en los espectadores, Calderón los presenta como primos, ya que Basilio, padre de Segismundo, es tío de Estrella. Cuando los futuros consortes se encuentran por primera vez en Palacio, pregunta el Príncipe a Clarín:

¿Quién es esa mujer bella?

Y le contesta el gracioso:

Es, Señor, tu prima Estrella.

(II, 5)

Consta así mismo en la obra, que Clotaldo sedujo en Moscovia a Violante, fruto de cuyos amores fué Rosaura. Ni de estos tres personajes, ni de Clarín, ni del cortesano a quien Segismundo tira por el balcón, consta su parentesco con los restantes de la comedia. ¿Podremos nosotros llegar a averiguarlo? ¿Podremos llegar a saber el nombre de los padres de Clotaldo y el del incógnito Duque de Moscovia, padre de Astolfo y Estrella?

Para ello es indispensable recurrir a un nuevo método en el camino seguido hasta ahora en nuestras investigaciones. Nos referimos a la identificación de los personajes de la comedia con los dioses de la mitología grecolatina que, ya expresamente, ya en alusiones clarísimas, anegan materialmente los versos de la genial creación calderoniana. Intentémoslo.

• • •

En la escena décima del acto III, cuenta Rosaura sus desventuras a Segismundo de la siguiente manera:

De noble madre nació  
 en la corte de Moscovia,  
 que, según fué desdichada,  
 debió de ser muy hermosa.

En ésta puso los ojos  
un traidor, que no le nombra  
mi voz por no conocerle,  
de cuyo valor me informa  
el mío; pues siendo objeto  
de su idea, siento ahora  
no haber nacido gentil  
para persuadirme loca  
a que fué algún Dios de aquellos  
que, en metamorfosis, llora  
lluvia de oro, cisne y toro,  
en Dánae, Leda y Europa.

.....  
Déste, pues, mal dado nudo,  
que ni ata ni aprisiona,  
o matrimonio o delito,  
si bien todo es una cosa,  
nací yo, tan parecida,  
que fuí un retrato, una copia,  
ya que en la hermosura nó,  
en la dicha y en las obras;  
y así no habré menester  
decir que, poco dichosa,  
heredera de fortunas  
corrí con ella una propia.

.....  
Astolfo fué el dueño ingrato  
que, olvidado de las glorias,  
.....  
vino a Polonia, llamado  
de su conquista famosa  
a casarse con Estrella,  
que fué de mi ocaso antorcha;

.....

y, declarándome muda  
 (porque hay penas y congojas  
 que las dicen los afectos  
 mucho mejor que la boca),  
 dije mis penas callando,  
 hasta que, una vez a solas,  
 Violante, mi madre, ¡ay cielos!,  
 rompió la prisión y, en tropa,  
 del pecho, salieron juntas,  
 tropezando unas con otras.  
 No me embaracé en decirlas;  
 que, en sabiendo una persona  
 que a quien sus flaquezas cuenta  
 ha sido cómplice en otras,  
 parece que ya le hace  
 la salva y le desahoga,  
 que a veces el mal ejemplo  
 sirve de algo. En fin, piadosa,  
 oyó mis quejas, y quiso  
 consolarme con las propias:  
 Juez que ha sido delincuente  
 ¡qué fácilmente perdona!

En la escena XII del acto II, Estrella da a Rosaura el nombre de *Astrea*. De todo lo anteriormente indicado, se deduce:

- a) Que, para Rosaura, su padre es Zeus (Júpiter).
- b) Que, para Rosaura, Violante es Temis (la juez o diosa de la Justicia).
- c) Que Rosaura era tan parecida a su madre, que llegó a identificarse con ella (1).

---

(1) De esta identificación de *Astrea* con *Temis*, hay una reminiscencia en los siguientes versos de la *Epístola Moral a Fabio*, del capitán Fernández de Andrada:

Peculio propio es ya de la privanza  
 cuanto de *Astrea* fué, cuanto regía  
 con su temida espada y su balanza.

d) Que, para Estrella, Rosaura es Astrea. Y, como en la mitología, Astrea es hija natural de Zeus (Júpiter) y Temis; y Clotaldo es Zeus (Júpiter) y Violante es Temis, resulta indiscutible que Rosaura es Astrea. Ahora bien: Zeus (Júpiter) es hijo de Rea (Vesta) y Cronos (Saturno), hermanos de Temis, e hijos los tres de Urano (Cielo) y su madre Gea (Titea), casada a su vez con el Érebo, e hijos ambos del Caos, padre común de todos los dioses.

Astrea tiene, en la mitología, una leyenda que conviene recoger aquí. Al nacer, fué abandonada por su madre (1), viviendo en la tierra en hábito de varón, para no ser reconocida por el extraordinario parecido que tenía con su madre, con quien muchos la confundían. Eran aquellos los tiempos de la Edad dorada en que, bajo la égida de Saturno, reinaba la idílica fraternidad universal, en que no había *tuyo* ni *mío*. Pero un día nefasto, se cometió en la tierra el primer crimen; y Astrea, horrorizada, voló al cielo, convirtiéndose en la sexta constelación del Zodiaco, Virgo, en cuya forma baja todas las tardes, al anochecer, a la tierra, montada con Faetón sobre el hipógrifo que tira del carro del sol poniente (Hiperión), que, desbocado por la impericia de su joven conductor, — que es la Osa Mayor o constelación del Cochero—, se precipita sobre la boca del monte Etna (Sicilia), cayendo los ginetes al suelo, e internándose Hiperión, agonizante, en las entrañas de la tierra, para resucitar—reencarnado—convertido en Tífoeo (Encelado); fuego de la tierra, Sol naciente o crepúsculo matutino. Los que recordáis el principio de la obra, fácilmente habréis compren-

---

(1) Temis reinó en Tesalia y se dedicó con tanta prudencia a administrar justicia a sus pueblos, que se la consideró siempre como diosa de la Justicia, de la que lleva el nombre, y por ello se la representa con una espada de oro en una mano y con una balanza en la otra. Se dedicó también a la astrología y fué muy hábil en predecir lo futuro.

A su hija se la representa también con los mismos atributos de la madre, como a una joven con vista terrible, de aspecto severo y lleno de dignidad. La espada de oro que Rosaura saca en la comedia, no es otra que la que le sirve de atributo y que fué el regalo de Júpiter a Temis.

dido que Faetón es Clarín; Sicilia, Polonia; Hiperión, el Segismundo Duque de Moscovia, antes de reencarnar; y Tifoeo (Encelado), el Segismundo, Príncipe heredero de Polonia, hijo de Basilio y Clorilene.

En la primera entrevista de Astolfo con Estrella (I, 5), aquél la compara con la Aurora:

Bien al ver los excelentes  
 rayos que fueron cometas,  
 mezclan salvas diferentes  
 las cajas y las trompetas,  
 los pájaros y las fuentes;  
 siendo, con música igual  
 y con maravilla suma  
 a tu vista celestial,  
 unos, clarines de pluma,  
 y otras, aves de metal.  
 Y así os saludan, Señora,  
 como a su reina las balas;  
 los pájaros, como a Aurora;  
 las trompetas, como a Palas,  
 y las flores, como a Flora.  
 Porque sois, burlando el día  
 que ya la noche destierra,  
 Aurora en el alegría,  
 Flora en paz, Palas en guerra,  
 y reina en el alma mía.

En la escena V del acto II, Segismundo compara a Estrella asimismo con la Aurora cuando pregunta a Clarín:

Dime tú ahora: ¿quién es  
 esta beldad soberana?  
 ¿Quién es esta diosa humana,  
 a cuyos divinos pies  
 postra el cielo su arrebol?



La Aurora es hija de Rea (Vesta) e Hiperión (1); y como Estrella es hija de Clorilene y del Segismundo Duque de Moscovia—y padre de Astolfo—, resulta que Clorilene es Rea (Vesta), es decir, la tierra, hija—como el Tártaro, Tea (Eurifaesa), Cronos (Saturno), Hiperión y Temis—de Urano (Cielo) y su madre Gea (Titea). La esposa de Hiperión es Tea (Eurifaesa); y ambos, padres de Helios (Sol), es decir, del disco solar o Sol en todo su esplendor natural. De donde se infiere, que Tea (Eurifaesa) es Recisunda, y Astolfo, Helios (Sol).

Y vamos ahora a terminar de identificar a Segismundo con Tifoeo (Encelado), basándonos exclusivamente en los versos de la comedia. Hélos aquí:

a) En la escena III del primer acto, Clotaldo detiene a Rosaura y Clarín por haber violado el coto en que se halla encerrado Segismundo. Este quiere salir en su defensa, y no pudiendo hacerlo por hallarse encadenado, exclama con soberbia:

¡Ah, cielos,  
 qué bien hacéis en quitarme  
 la libertad! Porque fuera  
 contra vosotros gigante,  
 que para quebrar al sol  
 esos vidrios y cristales,  
 sobre cimientos de piedra  
 pusiera montes de jaspe.

La alusión al gigante que quiso escalar el cielo y no pudo por

---

(1) Según Hesiodo y Homero, Eos (Aurora) es hija de Tea (Eurifaesa) o Luna llena e Hiperión; pero según otros mitógrafos, especialmente latinos, es hija de Rea (Vesta), a quien suele confundirse y hasta identificarse con su hermana Tea (Eurifaesa). Esta identificación explica perfectamente el sentido del sibilino verso de la comedia en el que se llama a Recisunda madre y tía de los dos primos.

estar encadenado a la tierra, es evidente. Este gigante es Tifoeo (Encelado), fuego de la tierra, Sol naciente o crepúsculo matutino y volcán Etna (1); y Segismundo dice de sí en la escena II del primer acto, que es

un volcán, un Etna hecho.

b) En la primera entrevista de Astolfo con Segismundo (II, 4), aquél compara a éste con el Sol naciente:

¡Feliz mil veces el día  
oh, príncipe! que os mostráis  
sol de Polonia, y llenáis  
de resplandor y alegría  
todos esos horizontes  
con tan divino arrebol,  
pues que salís, como el sol,  
de los senos de los montes.

c) En la escena X del acto tercero, Rosaura compara asimismo a Segismundo con el Sol naciente:

---

(1) La transformación de Tifoeo (Encelado) en el Etna consta en la *Teogonía* de Hesiodo—véase el capítulo siguiente de esta conferencia—y en los siguientes versos de la *Eneida* de Virgilio:

Fama est Enceladi semustun fulmine corpus

Urgeri mole hac insentemque insuper Aetuum

la positam suplis flammam expirare caminis;

Et fessum quotiens mutet latūs, intremere nem

murmure Tinacriam et caelum subterere fumo.

(III, 578-582).

¡Generoso Segismundo,  
 cuya majestad heróica  
 sale al día de sus hechos  
 de la noche de sus sombras;  
 y, como el mayor planeta  
 que en los brazos de la Aurora  
 se restituye luciente  
 a las plantas y a las rosas,  
 y, sobre montes y mares,  
 cuando coronado asoma,  
 luz esparce, rayos brilla,  
 cumbres baña, espumas borda;  
 así amanezcas al mundo,  
 luciente sol de Polonia...!

d) En la escena XVII del acto II, aludiendo Clarín al momento en que Segismundo tira al cortesano por el balcón, dice:

¿Arrojé del balcón yo  
 al Icaro de poquito?

La identificación del cortesano con Icaro, lleva aparejada la de Segismundo con Tifoeo (Encelado.)

e) En varios pasajes de la obra se dice que Segismundo es un monstruo, un compuesto de hombre y fiera, un esqueleto vivo y un animado muerto. Calderón mismo anota en la escena II, del acto I: «Abrense las hojas de las puertas y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles»; y, versos antes, dice Rosaura:

Sí, pues a sus reflejos  
 puedo determinar, aunque de lejos,  
 una prisión oscura  
 que es de un vivo cadáver sepultura;  
 y, porque más me asombre,  
 en el traje de fiera yace un hombre  
 de prisiones cargado...

¿Qué fiera es ésta? En el horóscopo de Segismundo (I, 6) dice Basilio:

Antes que la luz hermosa  
le diese el sepulcro vivo  
de un vientre—porque el nacer  
y el morir son parecidos—,  
su madre infinitas veces,  
entre ideas y delirios  
del sueño, vió que rompía  
sus entrañas atrevido  
un monstruo en forma de hombre,  
y, entre su sangre teñido,  
le daba muerte, naciendo  
víbora humana del siglo.

Y, efectivamente, Tifoeo (Encélado) tiene, en el zomorfismo mitológico, la figura de un dragón o víbora, símbolo del Sol, quizá porque la renovación anual de este ofidio les recordase el giro anual del año solar (1). A este símbolo, alude claramente Segismundo en los siguientes versos de la escena IX del acto III:

Si este día me viera  
Roma en los triunfos de su edad primera,  
¡oh, cuánto se alegrara  
viendo lograr una ocasión tan rara  
de tener una fiera  
que sus grandes ejércitos rigiera,  
a cuyo altivo aliento  
fuera poca conquista el firmamento! (2).

---

(1) No hay que olvidar que antiguamente se creía que era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, y, por tanto, el que se renovaba.

(2) En estos versos, Calderón identifica a Segismundo con Rómulo, hijo de Rea Silvia. A esta última la identifican los mitógrafos modernos con Rea (Vesta) o la Tierra. De ser ciertas estas identificaciones, el relato fabuloso de la fundación de Roma vendría a ser una versión más del mito solar.

f) Finalmente, nos queda por hablar aquí del origen de Segismundo, que es, a su vez, la explicación de lo que sucedió en Polonia a la muerte de Eustorgio III. Consta en el horóscopo de Segismundo (I, 6); y como los personajes de la comedia están ya identificados con los del mito, las alusiones astronómicas son facilísimas de entender, y convierten este curiosísimo pasaje en un relato lleno de humorismo, donde—con absoluta limpieza moral—se describe una de las escenas más crudas y picantes de la literatura pagana. Héla aquí:

En Clorilene, mi esposa,  
tuve un infelice hijo,  
en cuyo parto los cielos  
se agotaron de prodigios.  
Antes que la luz hermosa  
le diese el sepulcro vivo  
de un vientre—porque el nacer  
y el morir son parecidos—,  
su madre infinitas veces,  
entre ideas y delirios  
del sueño, vió que rompía  
sus entrañas atrevido  
un monstruo en forma de hombre,  
y, entre su sangre teñido,  
le daba muerte, naciendo  
víbora humana del siglo.  
Llegó de su parto el día

---

Análoga a esta leyenda es la de Ciro, rey de Persia, amamantado por una perra, y la de otros héroes fabulosos fundadores de Estados, cuyo origen creo debe buscarse en el mito solar de sus respectivas religiones.

No debo ocultar la extraordinaria semejanza que encuentro entre estas leyendas y la de Hay ben Yokdán, protagonista de la famosa novela de nuestro Aben-tofáil *El Filósofo Autodidacto*, que puede leerse en la excelente versión de Angel González Palencia.

y, los presagios cumplidos  
—porque tarde o nunca son  
mentirosos los impíos—  
nació en horóscopo tal,  
que el sol, en su sangre tinto,  
entraba sañudamente  
con la luna en desafío;  
y, siendo valla la tierra,  
los dos faroles divinos  
a luz entera luchaban,  
ya que nó a brazo partido.  
El mayor, el más horrendo  
eclipse que ha padecido  
el sol, después que con sangre  
lloró la muerte de Cristo,  
éste fué, porque anegado  
el orbe en incendios vivos,  
presumió que padecía  
el último parasismo.  
Los cielos se oscurecieron,  
temblaron los edificios,  
llovieron piedras las nubes,  
corrieron sangre los ríos.  
En aqueste, pues, del sol,  
ya frenesí o ya delirio,  
nació Segismundo, dando  
de su condición indicios,  
pues dió la muerte a su madre,  
con cuya fiereza dijo:  
Hombre soy, pues que ya empiezo  
a pagar mal beneficios.  
Yo, acudiendo a mis estudios,  
en ellos y en todo miro  
que Segismundo sería

el hombre más atrevido,  
el Príncipe más cruel  
y el Monarca más impío,  
por quien su reino vendría  
a ser parcial y diviso,  
escuela de las traiciones  
y academia de los vicios;  
y él, de su furor llevado,  
entre asombros y delitos,  
había de poner en mí  
las plantas, y yo rendido  
a sus pies me había de ver  
—¡con qué vergüenza lo digo!—  
siendo alfombra de sus plantas  
las canas del rostro mío.  
¿Quién no da crédito al daño,  
y más al daño que ha visto  
en su estudio, donde hace  
el amor propio su oficio?  
Pues dando crédito yo  
a los hados que divinos  
me pronosticaban daños  
en fatales vaticinios,  
determiné el encerrar  
la fiera que había nacido,  
por ver si el sabio tenía  
en las estrellas dominio.

El doble eclipse quiere decir, que Segismundo, Duque de Moscovia, adulteró con su cuñada Clorilene, menospreciando el cariño de su fiel esposa y también hermana Recisunda, que eclipsada a los ojos de su marido por la mayor hermosura de su hermana, irguiéndose en su orgullo de esposa ultrajada, acude presurosa al lugar de la cita, sorprende a los amantes en su amoroso devaneo, e interponiéndose a su vez, consigue separarlos; momento que

aprovecha Basilio para matar a Segismundo y encerrarle en las entrañas de Clorilene, casándose con ella y usurpando el trono, encadenando al nacer a su hijo—y antes hermano—para que no llegue a ocupar el trono de Eustorgio III. Y, como este hecho fabuloso no admitía decoroso relato ni escenificación posible, Calderón le sustituyó ingeniosamente con la invención del horóscopo que, así descifrado, tantos problemas aclara. El terremoto ocurrido en el parto de Clorilene—*temblaron los edificios...*—alude claramente al nacimiento o erupción del Etna, es decir del príncipe Segismundo (1).

## II

### EL MITO

No es preciso ser un lince ni estar muy versado en la literatura grecolatina, para dar con el mito que sirvió de fuente a la comedia de Calderón. Se trata del mito solar, conocido vulgarmente con el nombre de la *Gigantomaquia*. Consta el mito de varios episodios, referidos en distintas obras. El primero de estos episodios—

---

(1) La escena del horóscopo comienza con unas palabras de Estrella y Astolfo en las que comparan a su tío con Tales y Euclides. Esta comparación no es caprichosa, y alude a las teorías astronómicas de estos dos grandes sabios helénicos. Tales de Mileto (624-547 a. J. C.) predijo con absoluta precisión el eclipse solar del 28 de mayo del año 585 a. J. C.: hecho memorable en la historia de las ciencias matemáticas, y que ha dado lugar a las cuatro siguientes monografías:

HOFFMANN (G.) *Die Sonnenfinsternis de Thales am 28 Mai 585 von Christ* (Trieste, 1870).

SCHLACHTER (L.) *Altes und Neues über d. Sonnenfinsternis des Thales und d. Schlacht am Halys* (Berna, 1898).

GINZEL *Spezieller Kanon der Sonnen- und Mondfinsternisse für d. Ländergeb d. Klas. Altertumwissenschaft* (Berlín, 1899).

BALL *Sonnen und Mondfinsternisse im Altertum* (Enciclopedia de Pauly-Wissowa, tomo XII).

Las teorías astronómicas de Euclides (315-225 a. J. C.) se hallan en sus famosos *Elementos de Geometría*, que pueden leerse en la edición de Francfort de 1607.

Sabido es que los astrólogos pretendían averiguar el porvenir de las personas observando el estado del cielo al punto de su nacimiento, para lo cual estudiaban en él las doce caras o signos del Zodiaco, en los cuales se marca el estado del cielo y de los astros, fijándose también para ello en el punto de la eclíptica



que inspiró a Calderón la parte del asunto anterior al comienzo de la obra—se encuentra por vez primera en la *Teogonía* de Hesiodo, contando cómo los hijos de Urano y Gea se sublevaron contra la tiranía de su padre, acordando desposeerle del trono y colocar, en su lugar, a uno de ellos. La ambición de los gigantes y su codicia del mando, hicieron a éstos echarse mutuamente en cara el mismo delito que ellos imputaron a su padre; y los destronamientos se sucedieron cada tres horas solares, dando lugar la sucesión en el trono a las distintas del día y de la noche. Esta lucha de los gigantes que habitan en las regiones de la claridad con los que moran en las de las sombras, fué el origen del mito solar o de la lucha de la Luz con las Tinieblas. La dificultad, casi insuperable, de escenificar este episodio, obligó a Calderón a suprimirlo por entero, narrándolo en forma de horóscopo, y reducir la dramatización al reinado usurpativo del Tártaro, que encadena—con ayuda de Júpiter— a su hijo el Encelado o Tifoeo en las entrañas del monte Etna, para evitar que, rompiendo sus ligaduras, le destrone, sustituyendo con su luz naciente la obscuridad que sobre la tierra derraman las Tinieblas del Infierno. La comedia empieza al anochecer (1) y termina al amanecer del siguiente día con la subida al trono de Segismundo, que es—como sabemos—la encarnación del Encelado o Tifoeo, Sol naciente o crepúsculo matutino.

Dice así el mito, según el texto de Hesiodo, reducido a aquellos pasajes que hacen relación al asunto de la comedia (2):

---

que se encuentra en el horizonte en el momento de nacer el niño.

También era creencia común en la antigüedad—y más en tiempos muy posteriores—que los eclipses de Sol y de Luna eran presagio de tremendas calamidades para los que nacían en signos tan funestos.

---

(1) En nota puesta por Calderón antes de comenzar la escena primera del acto I, dice textualmente que *anochece*. Y en esta misma escena, dice Clarín a Rosaura:

Mas ¿qué hacer, señora,  
a pié, sólo, perdidos y a esta hora,  
en un desierto monte,  
cuando se parte el sol a otro horizonte?

(2) HESIODO, *La Teogonía*, con la versión directa y literal por Luis Segalá y Estalella.—Barcelona, 1910. Págs. 13 y ss.

«Ante todo existió el Caos y después la Tierra, de mucho pecho, morada perenne y segura de los inmortales que habitan las cumbres del nevado Olimpo; el tenebroso Tártaro, en lo profundo de la espaciosa tierra... Del Caos nacieron el Erebo y la negra Noche... La Tierra comenzó por producir el Cielo estrellado, de igual extensión que ella, con el fin de que la cubriese toda y fuera una morada perenne y segura, para los bienaventurados dioses... Y más tarde, ayuntándose con el Cielo, a... Hiperión, a Tea a Rea a... Temis. Posteriormente nació el taimado Cronos, que fué el más terrible de los hijos del Cielo y odió a su floreciente padre. Asimismo parió la Tierra a los Cíclopes, de corazón orgulloso—Bron-tes, Astéropes y Arges (1), el de ánimo esforzado,—que más adelante habían de proporcionar el trueno a Zeus y forjarle el rayo. Los tres eran semejantes a los dioses, pero con un ojo único en medio de la frente... De la Tierra y el Cielo nacieron aún tres hijos grandes, muy fuertes, nefandos: Cotto, Briareo y Gías... Eran éstos los más terribles de cuantos hijos procrearan el Cielo y la Tierra, y ya desde un principio se atrajeron el odio de su propio padre. Así que nacían, el Cielo, en vez de dejar que salieran a la luz, los encerraba en el seno de la Tierra, gozándose en su mala obra. La vasta Tierra, henchida de ellos, suspiraba interiormente, y al fin ideó una engañosa y pérfida trama. Produjo enseguida una especie de blanquizco acero, construyó una gran falce, mostróla a sus hijos, y con el corazón apesadumbrado hablóles de esta suerte para darles ánimo: «¡Hijos míos y de un padre malvado! Si quisieréis obedecerme, vengaríamos el ultraje inicuo que nos infirió vuestro padre; ya que fué el primero en maquinare acciones indignas».

«Así se expresó. Sintieronse todos poseídos de miedo, sin que ninguno osara desplegar los labios, hasta que el grande y taimado Cronos cobró ánimo y respondió a su madre veneranda de esta manera: «¡Madre! Yo prometo ejecutar esa obra, pues nada me im-

---

(1) Sospecho que estos tres cíclopes y los tres gigantes que poco después se mencionan, sometidos al poder de Zeus (Júpiter), son los guardianes de Segismundo que, en el acto I, están a las órdenes de Clotaldo.

porta nuestro padre de aborrecido nombre, ya que fué el primero en maquinara acciones indignas». Tal dijo; y el corazón se le llenó de alegría a la vasta Tierra, la cual ocultó a Cronos, poniéndolo en acecho con la hoz de agudos dientes en la mano, y le refirió íntegramente la dolosa trama. Vino el gran Cielo, y deseoso de amar, se acercó a la Tierra, extendiéndose por todas partes. Entonces el hijo desde el lugar en que se hallaba apostado, echó la mano izquierda a su padre; y, asiendo con la diestra la grande hoz de afilados dientes, cortóle en un instante las partes verendas y tirólas hacia atrás...

«El gran Cielo increpando a los hijos que había engendrado, los apodó Titanes... Tea, después de rendirse al amor de Hiperión, parió al gran Sol...

Rea tuvo de Cronos hijos preclaros:... y el pródigo Zeus, padre de los dioses y de los hombres, que con el trueno hace estremecer la anchurosa tierra. A todos los iba devorando el gran Cronos, así que, saliendo del sagrado vientre de la madre, llegaban a sus rodillas, con el propósito de que ningún otro de los nobles descendientes del Cielo tuviera entre los inmortales la dignidad real. Pues oyó decir a la Tierra y al Cielo estrellado, cómo era fatal que él, no obstante su poder, se viese subyugado por un hijo suyo, por la decisión del gran Zeus; por este motivo no vigilaba en valde, sino que, siempre al acecho, devoraba a sus hijos, causando a Rea vehemente pesar. Mas ésta, cuando iba a parir a Zeus, el padre de los dioses y de los hombres, suplicó a sus progenitores, la Tierra y el Cielo estrellado, que la aconsejasen para que pudiera darle a luz ocultamente y vengarse de las furias del padre, del grande y artero Cronos, contra los hijos a quienes había devorado. Aquéllos escucharon y complacieron a la hija, revelándole todo lo que decretara el destino acerca del soberano Cronos y de su hijo de ánimo vigoroso. Y la enviaron a Lictos, en la rica comarca de Creta (1), poco

---

(1) Como Clotaldo es moscovita, el hecho de que Zeus (Júpiter)—que es el Clotaldo de la comedia—naciese en Creta, lleva necesariamente a identificar con esta isla el Gran Ducado de Moscovia de *La Vida es Sueño*.

antes de que pariese el menor de sus hijos, al gran Zeus, a quien la vasta Tierra recibió en la dilatada Creta para alimentarle y criarle. Rea, llevando a su hijo durante la oscura y rápida noche, llegó primero a Lictos, y allí lo ocultó con sus propias manos en las entrañas de la tierra divina, en una excelsa gruta del monte Egeo poblado de frondoso bosque. Luego envolvió en pañales una piedra enorme y se la dió al gran soberano Uránida, quien cogiéndola con las manos, la introdujo en su vientre. ¡Infeliz! No le pasó por el pensamiento que, gracias a la piedra, quedaba seguro su invencible hijo; el cual, a no tardar, había de someterle con las fuerzas de sus manos, quitarle la dignidad real e imperar a su vez sobre los inmortales.

«Pronto crecieron el vigor y los hermosos miembros de aquel rey; y, transcurriendo los años, el grande artero Cronos, engañado por los sagaces consejos de la Tierra, devolvió la prole y fué vencido por los artificios y la fuerza de su hijo... Zeus libró de las perniciosas ligaduras a sus tíos paternos, los Uránidas, a quienes Cronos locamente había encadenado; y ellos, agradecidos por tal favor, diéronle el trueno, el ardiente rayo y el relámpago que antes la vasta Tierra ocultaba en su mano. Confiando en tales armas, reina Zeus sobre mortales e inmortales.

«...Cuando en época anterior, Briareo, Cotto y Gías se atrajeron la cólera de su padre, receloso por la braveza, formas y estatura enorme que en ellos advertía, éste los ató con fuertes cadenas y llevólos a lo más profundo de la vasta tierra. Allí, debajo del suelo, entregados al dolor, habitaban en una extremidad, en los confines de la grande tierra afligidos desde largo tiempo y abrumado su corazón por grave pesar. Mas Zeus y los otros inmortales que Rea, la de hermosa cabellera, había concebido de Cronos, los sacaron nuevamente a la luz por consejo de la Tierra; la cual, al enterarles detalladamente de cuanto era oportuno, aseguróles que con ellos conseguirían vencer y ganarían espléndida gloria. Pues hacía mucho tiempo que luchaban con dolorosa fatiga, los dioses Titanes y los engendrados por Cronos; y entre aquéllos y éstos trabábanse ás-

peros combates, sostenidos desde las alturas del Otris por los ilustres Titanes y desde el Olimpo por los dioses, dadores de los bienes, a quienes había dado a luz Rea, la de hermosos cabellos, después de acostarse con Cronos.

«Poseídos de dolorosa ira los unos contra los otros, batallaron incesantemente por espacio de diez años enteros, sin que ninguna de las partes consiguiesen dar fin a la grave contienda porque los resultados de la lucha fueron iguales para entrambas. Mas, cuando Zeus dió a aquéllos las cosas convenientes y además el néctar y la ambrosía de que se alimentan los mismos dioses, el ánimo audaz cobró más vigor en todos los pechos. Y así que hubieron gustado el néctar y la deliciosa ambrosía, díjole el padre de los dioses y de los hombres:

«¡Oídme hijos preclaros de la Tierra y el Cielo, para que os manifieste lo que en mi pecho el ánimo me ordena deciros! Mucho tiempo ha que nos disputamos la victoria y el imperio, sin dejar de combatir ni uno solo, los dioses Titanes y cuantos descendemos de Cronos. ¡Mostrad vosotros, en la luctuosa batalla contra los Titanes, vuestra gran fortaleza e ingentes manos; y acordaos de la buena amistad que nos une y de cuánto padecistéis hasta que, libertados de un lazo cruel por nuestra decisión, habéis vuelto nuevamente a la luz desde la obscuridad sombría!»

«Así se expresó. «Y el eximio Cotto respondióle de esta suerte: «¡Augusto Zeus! Nos hablas de cosas que no ignoramos... Por esto ahora... salvaremos un imperio en esa contienda terrible, trabando con los Titanes encarnizados combates».

«Así habló. Oído el discurso, los dioses, dadores de los bienes, lo aprobaron—en su corazón habíase acrecentado el deseo de pelear—y promovieron aquel día una memorable batalla, todos juntos, así las hembras como los varones... Entonces después de coger grandes y fuertes rocas con sus robustas manos, dispusieron a luchar contra los Titanos; éstos, en la parte opuesta, cerraron las filas de las falanges; y pronto demostraron unos y otros qué labor realizaba la fuerza de sus brazos: retumbó horriblemente el

inmenso ponto, recrujió la tierra, gimió estremecido el anchuroso cielo, y tembló el vasto Olimpo desde lo más profundo, al chocar impetuosamente los inmortales; la recia sacudida llegó al obscuro Tártaro y juntamente con ella el estrépito causado por las pisadas, el enorme tumulto y los fuertes tiros...

«Tampoco Zeus quiso reprimir su furor y, habiéndosele llenado de cólera las entrañas, desplegó todo su poder; fué siempre hacia adelante, relampagueando desde el cielo y el Olimpo; los rayos salían frecuentemente de su robusta mano, junto con el trueno y el relámpago, y propagaban la oscilante llama sagrada; la vivificante tierra, al quemarse, crujía por doquier y la gran selva crepitaba fuertemente por la acción del fuego. Abrasábase la tierra y hervían las corrientes del Océano y el estéril ponto; un vapor cálido rodeaba los Titanes terrestres; la llama inmensa subía al divino éter y el intenso fulgor de rayos y relámpagos cegaba los ojos de los más esforzados. El vastísimo incendio invadió el Caos; y, así por el espectáculo que contemplaban los ojos como por el alboroto que percibían los oídos, hubiérase dicho que el alto y anchuroso Cielo iba a chocar con la Tierra; pues un estruendo semejante se produciría, si ésta fuese aplastada porque aquél le cayera encima. ¡Tal estrépito se dejó oír al entrar los dioses en batalla! Mientras tanto, los vientos levantaban ruidosamente torbellinos de polvo que coincidían con los truenos, los relámpagos y los ardientes rayos, las armas del gran Zeus, y llevaban por medio de ambos ejércitos el fragor y el vocerío. Alzábase de la horrorosa contienda un estrépito terrible y la fuerza de unos y otros se manifestaba en las respectivas hazañas. Pero al fin decidióse la pelea, después de acometerse todos por igual empeño y de sostener sin intermisión una encarnizada batalla. Con efecto: Cotto, Briareo y Gías, el insaciable de pelea, trabaron desde las primeras filas un combate encarnizado, y con las robustas manos despidieron seguidamente trescientas rocas, nube de tiros que dejó en la obscuridad a los Titanes; vencieron a éstos, a pesar de su soberbia; lleváronlos a un lugar debajo del espacioso suelo y los ataron con fuertes cadenas en aquel sitio

que dista de la tierra como ésta del cielo, pues tal es el espacio que hay entre la tierra y el sombrío Tártaro...

«Cuando Zeus hubo arrojado del cielo a los Titanes, la vasta Tierra parió a su hijo menor Tifoeo después de haberse unido amorosamente con el Tártaro... El robusto dios tenía brazos fuertes, siempre activos y pies infatigables; sobre sus hombros erguíanse cien cabezas serpentinas, de espantoso dragón, con negruzcas lenguas que vibraban fuera de las bocas; en los ojos de las monstruosas cabezas relucía el fuego debajo de los párpados...; y de todas las terribles cabezas salían voces y sonidos de índole variadísima, inefables... Y efectuárese aquel día una incontrastable revolución, llegando Tifoeo a reinar sobre mortales e inmortales, si no lo hubiese advertido con su perspicacia el padre de los hombres y de los dioses. Mas Zeus comenzó a despedir truenos fuertes y secos y a su alrededor retumbaba hondamente la tierra, y arriba el anchuroso cielo, y también el ponto y las corrientes del Océano, y el subterráneo Tártaro... Pero cuando Zeus hubo reunido sus fuerzas, tomó las armas—el trueno, el relámpago y el ardiente rayo,—saltó desde el Olimpo e hirió a Tifoeo, quemando las terribles cabezas del terrible monstruo. Y tan pronto como lo hizo sucumbió a los repetidos golpes. Tifoeo cayó mutilado mientras gemía la vasta tierra. La llama brotó del cuerpo de este rey al ser fulminado en una garganta del escabroso Etna. Gran parte de la vasta tierra, envuelta en denso vapor, se quemaba y derretía como se funde el estañó que jóvenes artífices ponen al fuego en crisoles de ancha boca o como, vencido por la ardiente llama en la garganta de un monte, el hierro, que es lo más duro, fluye líquido en la divina tierra por obra de Hefesto. Así se liquidaba la tierra al resplandor del ardiente fuego. Y Zeus, que tenía el corazón irritado, arrojó a Tifoeo en el anchuroso Tártaro (1)».

---

(1) A este episodio del ocultamiento de Tifoeo en el Etna, alude Segismundo en la escena III del acto II, cuando dice a Clotaldo:

Una versión más del mito solar, en uno de sus episodios, se halla en el mito ibérico de Gárgoris, conservado en el *Epítome* que hizo Justino de una obra, hoy perdida, del historiador Trogo Pompeyo. Dice así, en la versión castellana de Menéndez y Pelayo:

«El bosque de los Tartesios, donde se dice que los Titanes hicieron la guerra a lo Dioses, fué habitado por los Cunetes, cuyo antiquísimo rey Gárgoris fué el primero que inventó el uso de la miel. Avergonzado de la deshonra de su hija, que le había dado un nieto ilegítimo, procuró acabar con él, buscando diversos géneros de muerte, pero de todos aquellos peligros le salvó la fortuna, abriéndole el camino del reino. Primero hizo su abuelo exponerle para que lo devoraran las fieras, pero ellas le criaron con su leche. Después mandó ponerle en un sendero estrecho por donde acostumbraban a pasar los ganados; ¡estraño género de crueldad preferir que le pisoteasen los brutos más bien que darle sencilla muerte! Salió también ileso de aquel peligro. Gárgoris ordenó que le entregasen a los perros exarcebados por largo ayuno, y luego a los cerdos. Pero ninguno de estos animales le causó daño, antes bien, algunos le alimentaron a sus pechos. Finalmente, dispuso que le arrojasen al Océano. Pero entonces se mostró claramente el favor divino, pues las furiosas olas le volvieron a la tierra, como en una nave, y le depositaron mansamente en la playa. Poco después apareció una cierva, que presentó sus ubres al pequeñuelo. Los efectos de la crianza se conocieron luego, puesto que adquirió el niño tal ligereza de pies y agilidad, que competía en la carrera por montes

---

¿Cómo a tu patria le has hecho  
tal traición, que me ocultaste  
a mí, pues que me negaste  
contra razón y derecho  
este Estado?

Estos versos de la comedia, que tienen íntima relación con aquellos otros ya citados de la escena III del acto I, en los que Clotaldo recuerda a Segismundo que, antes de nacer, murió por ley del cielo, no podrían entenderse sin conocer el texto del mito tal y como lo refiere Hesiodo en la *Teogonía*.



y selvas con los ciervos mismos. Por último, fué cogido en un lazo y presentado al rey, que por la semejanza de sus facciones y por ciertas señales que había impresas en el cuerpo del infante, le reconoció por su nieto y admirado de los estraños casos y riesgos de que había salido incólume, le designó por heredero de su reino, poniéndole el nombre de Habidis. Cuando llegó al trono, fué tan gran rey, que bien se vió que no en vano había velado por él en tantas ocasiones la protección divina. Dió leyes a su pueblo antes bárbaro. Le enseñó a uncir los bueyes al arado y a lanzar al surco la semilla de trigo, abandonando el agreste alimento que hasta entonces le había nutrido. Fobulosa parecería esta historia, si no supiésemos que los fundadores de Roma fueron criados por una loba, y Ciro, rey de los persas, por una perra. Distribuyó el pueblo en siete ciudades, y le prohibió los ministerios serviles. Muerto Habidis, el reino de una parte de España quedó por muchos siglos en poder de sus sucesores. En otra parte de España y de sus islas dominaba Gerión» (1).

Costa (2) opinaba que el mito de Gárgoris era un mito solar, apoyándose para ello en hipótesis inverosímiles, y entroncando a los protagonistas de la leyenda con otros personajes fabulosos de la antigüedad. Bonilla y San Martín (3) creía asimismo en el origen solar del mito de Gárgoris, basándose en hipótesis no menos extraviadas que las de Costa. Menéndez y Pelayo (4) opinaba lo contrario: «Respecto a la leyenda de Gárgoris y Abidis, no vemos claro, ni mucho menos, que se trate de un mito solar. Tal como la conocemos por el epítome de Justino, es un relato épico, suma-

---

(1) MENENDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles*, segunda edición; Madrid, 1911; I, 295, 296. La edición latina que sirvió de base a Menéndez y Pelayo es la siguiente: *M. Juniani Justini epitoma historiarum Philippicarum*, ed. de Ruehl (Leipzig, 1886), Lib. XLIV, cap. IV.

(2) *Poesía popular española y mitología y literatura celtobispana*. Madrid (1881, páginas 289-315.

(3) *Historia de la Filosofía española*, Madrid, 1906; I.

(4) Ob. Cit., pág. 336.

mente parecido a la historia fabulosa de la infancia de Ciro, tal como la cuenta Herodoto en su *Clio* (107-123), o a la de Rómulo y Remo, narrada por Tito Livio en su primera *Década*. Obras análogas hay de diversos tiempos y razas, y todo ello parece indicar un fondo mitológico que ha persistido en los cuentos populares; pero no sabemos por qué este fondo ha de ser perpetuamente el símbolo de la luz o de la lluvia, ni por qué los perros, lobos, ciervos y jabalíes que salvan a Abidis han de tenerse por fuerzas solares y no por verdaderos animales, como probablemente lo serían para el poeta turdetano que cantó esta leyenda, donde no puede desconocerse el fondo histórico de la colonización de la Bética».

Yo creo que ambas opiniones no son irreconciliables. Rechazo las hipótesis de Costa y de Bonilla, y admito el entronque que le dá Menéndez y Pelayo con leyendas épicas análogas de pueblos arios. Pero pienso también que el origen de estas leyendas épicas sobre fundadores de Estados tengan su raíz en uno de los episodios del mito solar, que en su totalidad constituye un ciclo de sucesos enlazados por uno o varios personajes centrales. Y para sostener mi teoría, me apoyo en la traducción literal que los nombres de *Gárgoris* y *Abidis* tienen en el vasco popular, es decir en el hablado en las montañas y caseríos, que es completamente distinto del que se usa en las grandes urbes modernas. En dicho idioma popular, la palabra *Gárgoris* se compone de otras dos: *gar*, que significa *lugar*, y *goris*, que quiere decir *en lo más alto*, *Gárgoris*, pues, equivale *lugar que está en lo más alto*, el *Firmamento* o *Cielo*. El nombre de *Abidis* procede, asimismo, del vasco popular *avis* que quiere decir el que *anda*, *camina* o *avanza*. Como se ve fácilmente, ambos personajes coinciden con el *Urano* (cielo) y el *Tifoeo* (Encelado) de la mitología grecolatina. Y, prescindiendo de detalles episódicos, se nota a simple vista la extraordinaria semejanza del nieto de Gárgoris con el protagonista de la comedia calderoniana.

Si de las mitologías del Sur de Europa pasamos a las del Nor-

te (1), también encontramos manifestaciones del mito solar. El personaje que encarna el astro del día es Bálder—palabra que significa *luciente claro*,—hijo de Wotan (Odín), que—por tener muchos puntos de contacto con Freyr—tal vez no sea más que una nueva forma del marido de la madre Tierra. Su muerte es como el preludio del ocaso de los dioses: éstos están en lucha con los demonios; su suerte está ligada a la vida de Bálder. Al morir, éste renace en su hermano, que es el vengador de su muerte. Su matador es Hotero. Freyr es el dios de la fecundidad y marido de Norte, la madre Tierra, que muy bien puede ser el Tártaro de la mitología grecolatina, ya que habita en el centro de la tierra, donde reside su fecundidad. Este reino de los muertos es el Hel o Infierno, que luego se personifica, siendo el Rey de la sombría morada de la niebla. En ella habitan los terribles *Nibelungos*, cuyo famoso anillo de oro sirvió de base a la tetralogía wagneriana. La memorable lucha de los *Ases* y los *Vanes* es, en la mitología de los pueblos germánicos, la equivalente a la sostenida por los Titanes y los Gigantes de la mitología grecolatina. Y todo ello, fragmentariamente conservado en leyendas tardías y textos de los historiadores de la Edad Media, es reliquia evidente de un mito solar que, en lo substancial, no difiere de los estudiados hasta ahora.

Siguiendo en camino ascendente el estudio de las creencias religiosas de los pueblos de origen ario (2), nos encontramos con que

---

(1) MOGK (Eugen), *Mitología Nórdica*.—Traducción del alemán por Eustaquio Echauri; Barcelona, 1932.

(2) No es mi propósito hacer aquí un estudio de mitología comparada. No dispongo de tiempo ni de libros para ello. Como obra de conjunto puede consultarse con fruto—a pesar de su fecha—el excelente manual de Juan Bautista Carrasco titulado *Mitología Universal* (Madrid, 1864).

Para el estudio de las creencias religiosas de los pueblos no arios, y especialmente los del Nuevo Mundo, son de indispensable consulta las obras de nuestros misioneros y primitivos historiadores de Indias, especialmente las del Padre Acosta, Solís y Garcilaso de la Vega. Este último, en sus *Comentarios Reales* (1605), nos da—Primera parte, lib. II, caps. XXI, XXIII; lib. III caps. XX y XXI—las siguientes curiosas noticias sobre las creencias de los Aztecas acerca del eclipse de Luna:

el centro de las mismas es el culto solar, y—naturalmente—el de su mito. La idolatría tuvo su origen—según las Sagradas Escrituras—hacia el año 265 del Mundo, en la familia de Caín, y después del Diluvio en la de Cam, hijo segundo de Noé. La primera manifestación de estas creencias idolátricas fué el sabeísmo o adoración del fuego y demás elementos de la Naturaleza. En la forma hoy

---

«Tuvieron cuenta con los eclipses del Sol y de la Luna, más no alcanzaron las causas. Decían al eclipse solar, que el Sol estaba enojado por algún delito que habían hecho contra él; pues mostraba su cara turbada como un hombre airado, y pronosticaban (a semejanza de los astrólogos) que les había de venir algún grave castigo. Al eclipse de la Luna, viéndola ir negreciendo, decían que enfermaba la Luna, y que si acababa de oscurecerse había de morir y caerse del cielo y cogernos a todos debajo y matarlos, que se había de acabar el mundo; por este miedo, en empezando a eclipsarse la Luna, tocaban trompetas, cornetas, caracoles, atabales y atambores, y cuantos instrumentos podían haber que hicisen ruido; ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que aullasen y llamasen la Luna, que por cierta fábula que ellos contaban, decían que la Luna era aficionada a los perros, por cierto servicio que le habían hecho, y que oyéndolos llorar habría lástima de ellos, y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba.—Para las manchas de la Luna, decían otra fábula más simple que la de los perros, que aún aquélla se podía añadir a las que la gentilidad antigua inventó y compuso a Diana, haciéndola cazadora; mas la que sigue es bestialísima; dice que una zorra se enamoró de la Luna, viéndola tan hermosa, y que por hurtarla subió al cielo, y cuando quiso echar mano della, la Luna se abrazó con la zorra, y la pegó a sí, y que desto se le hicieron las manchas... Mandaban a los muchachos y niños que llorasen y diesen grandes gritos, llamándola *Mama Quilla*, que es madre Luna, rogándole que no se muriese porque no pereciesen todos. Los hombres y las mujeres hacían lo mismo. Había un ruido y una confusión tan grande, que no se puede encarecer. Conforme al eclipse grande o pequeño juzgaban que había sido la enfermedad de la Luna. Pero si llegaba a ser total, ya no había que juzgar, sino que estaba muerta, y por momentos temían el caer la Luna, y el perecer dellos. Entonces era más de veras el llorar y el plañir, como gente que veía el ojo de la muerte de todos y acabarse el mundo. Cuando veían que la Luna iba poco a poco volviendo a cobrar su luz, decían que convalecía de su enfermedad, porque el Pachasanac, que era el sustentador del Universo, le había dado salud y mandándole que no muriese porque no pereciese el mundo, y cuando acababa de estar del todo clara, le daban la norabuena de su salud, y muchas gracias porque no se había caído. Todo esto de la Luna vi por mis ojos».

También es de indispensable consulta para el estudio de estos temas, el libro de Bonilla y San Martín *Los Mitos de la América precolombina*.

más conocida nació en Caldea, pasando después a Persia, China, Egipto, India, Grecia y Arabia. En Babilonia llamaban al Sol *Bele*, *Beel-Adad*, en Fenicia o país de los cananeos, *Bal-Zebu*, en Asiria, *Adad-Adod*; en Siria, *Aden*, *Adonai*, *Adonis*; en Persia, *Aman*, *Amane*, *Omane Mithras*; en la India, *Dionysius*; en Arabia, *Dysaras*; entre los moabitas, *Baal-Pesor*, *Baal-Pheger*, *Beel-Pheger*; en Caldea, *Baal-Semen*—quizá el *Moloch* de los hebreos—; en Asiria y Caldea (Nínive y Babilonia), *Bell-Belial*; entre los celtas, *Bel-en-us*, hallándose, en todas estas religiones, vestigios más o menos acentuados de la lucha entre los espíritus del Bien y del Mal.

Esta pugna perpetua e irreconciliable que alcanzó en la antigüedad su punto culminante con *Ormudz* y *Abriman* en Persia, se halla representada en Egipto por la lucha de *Seth* (las Tinieblas) y *Osiris* (el Sol poniente); en Grecia y Roma, por la del *Tártaro* e *Hiperión*, en el dualismo maniqueísta—que tantó atormentó durante su juventud la privilegiada inteligencia de San Agustín—por la de sus dos principios eternos e increados... En todas estas creencias, los personajes son los mismos, igual su similitud astronómica y filosófica, idénticos los episodios de la lucha por escalar el Cielo. ¿Cómo explicar unidad tan completa y absoluta? ¿Cómo es posible admitir que pueblos tan diferentes, tan distantes entre sí, separados por ingentes cordilleras, mares insondables y abismos procelosos, pudiesen en épocas tan lejanas ponerse de acuerdo para crear un mismo dogma y un mismo símbolo? Ante lo absurdo de semejante hipótesis, no hay más remedio que pensar en la comunidad de origen de tales creencias religiosas, basada en la existencia de un hecho histórico de tal magnitud que, impresionando profundamente a los hombres primitivos, les obligara a retenerlo en su memoria primero, y a transmitirlo de padres a hijos por tradición oral después, para que las generaciones venideras tuviesen constancia memorable y fidedigna del hecho. Hecho que producido antes del Diluvio, pudo extenderse fácilmente por el mundo entonces desierto, y a propagarse con la emigración de los pueblos y la creación de nuevas civilizaciones. ¿Qué hecho histórico es éste?

## III

## EL ORIGEN DEL MAL

Nárrase en las Sagradas Escrituras un hecho histórico de tal trascendencia que, fuera de la Creación del Mundo, la predicación evangélica y la Redención del género humano, no admite paridad. Nos referimos a la caída de los Angeles.

El Antiguo y Nuevo Testamento—especialmente el *Apocalipsis*—y la tradición apostólica recogida en las obras de los Padres de la Iglesia, son los textos más importantes en que se recoge el hecho que nos ocupa. Sabido es que el Supremo Hacedor creó a los Angeles en estado de gracia, dotándolos de cuantas perfecciones pueden poseer los Espíritus puestos al servicio del Ser Increado, entre ellas la inapreciable del libre albedrío que, juntamente con el hombre, los elevó a la categoría de seres hechos a imagen y semejanza del Creador. Pero estos Espíritus, en acto de soberbia, se lanzaron contra Aquél que los había sacado de la nada, queriendo ser iguales en majestad y grandeza al que todo lo ve y todo lo puede. *¿Quid sicut Deus?* exclamó el Arcángel San Miguel al ponerse frente a los Angeles en rebeldía. Y repartiéndose éstos los espacios siderales, hicieron retemblar las esferas y poner en convulsión mundos que se movían en círculos suaves. Mas pronto surgió entre ellos la ambición y la discordia; quisieron todos ser jerarcas supremos, y surgió la inevitable antinomia entre aquéllos que solo se habían unido para revelarse contra Dios.

Los dos jefes de la rebelión fueron—como es sabido—*Luzbel* y *Satanás*, el Príncipe de la Luz y el Príncipe de las Tinieblas. ¿Quién que haya leído la *Teogonía* de Hesiodo no ve inmediatamente, no ya el parecido, sino la identidad hasta en sus menores detalles, de ambos relatos? ¿Puede achacarse ello a mera casualidad? ¿Y es también mera casualidad de los acaeceres históricos el constante simbolismo del mito en todos los pueblos y naciones? Para mí, que soy providencialista hasta la médula de los huesos, el problema no

tiene la menor duda, así como tampoco la explicación del hecho—también histórico—de la conversión del episodio en símbolo. La rebelión de los Angeles debió ocurrir entre la creación del hombre y el pecado original. Nuestros primeros padres, por su estado de Gracia, estaban en comunicación constante con Dios, siendo conocedores de los secretos de todo lo creado. Conocieron, pues, si no es que presenciaron, tan espantosa caída; y al ocurrir la suya por idéntico pecado, la memoria de aquel hecho causante de su desgracia y de la de sus descendientes, forjaron un símbolo que continuamente se le recordase. ¿Y cuál mejor que el poético de la sucesión diaria de la luz y de las sombras?

Cuando los hombres se apartaron de Dios y adoraron a los espíritus del Mal, representados en figurillas de metal, barro o piedra, cayeron en la idolatría. El Espíritu de la Luz y el Espíritu de las Tinieblas se convirtieron, al través de los tiempos y de las naciones, en *Ormudz* y *Abriman*, en *Osiris* y *Seth*, en *Hiperión* y el *Tártaro*, en los dos principios eternos e increados del dualismo maniqueísta. ¿Qué partido sacó Calderón de todo esto para el intenso dramatismo simbólico de su comedia? (1).

#### IV

### EL SIMBOLISMO DE LA COMEDIA CALDERONIANA

Dos simbolismos principales hay en la obra que nos ocupa: el simbolismo de los personajes y el simbolismo de la acción, este último fruto a su vez del simbolismo teológico cuya tesis sirve de base a la comedia.

---

(1) Comparando los nombres de los demonios con los del Sol y las Tinieblas de la mitología clásica, podemos observar que *Satanás* o Príncipe de las Tinieblas es el *Tártaro*, *Luzbel* o Príncipe de la Luz.—Ángel caído—, *Hiperión*, *Lucifer* (el que lleva la Luz), *Tifoeo* y *Belcebú*, *Helios*.

En la mitología latina, el carro del Sol va tirado por una cuadriga cuyos caballos miran respectivamente a los cuatro puntos cardinales. El que mira al Oriente se llama *Lucifer*.

Para conocer el simbolismo de los personajes de *La Vida es Sueño* es indispensable acudir a los dos autos sacramentales del mismo título que el propio Calderón escribió más adelante como coronación de su famosa comedia (1).—En ellos vemos que Eustorgio III se desdobra en el Poder, la Sabiduría y el Amor; que Segismundo es el Hombre; que Basilio es el Espíritu de las Tinieblas; Clotaldo, la Inteligencia; Clarín, el Libre Albedrío; la tierra se manifiesta como el barro o limo de que se forma el cuerpo humano; el Hipógrifo personificase en los cuatro elementos; y los restantes personajes o no pasan al auto, o son de identificación difícil. Con esta clave se aclaran algunos enigmáticos versos de la comedia así, por ejemplo, cuando Clarín reprocha a sus guardianes el haberle confundido con el Príncipe, exclama:

¿Yo Segismundo? Eso niego.  
Vosotros fuistéis los que  
me segismundeastéis...

(III, 3)

dando a entender que el Libre Albedrío—humilde criado de la Vo-

---

(1) De este auto sacramental existen dos redacciones: la primera escrita probablemente muy pocos años después de la comedia; la segunda, en el año 1673. Las ediciones de esta segunda redacción de que tengo noticias, son las siguientes:

- 1.—Madrid, 1717. (*Autos Sacramentales*, ed., de Pando y Mier).
- 2.—Madrid, 1759. (*Autos Sacramentales*, ed., de Juan Fernández de Aponte).
- 3.—Madrid, 1863. (*Autos Sacramentales*, ed., de Eduardo González Pedroso, en la B. A. A. E. E., LVIII, 421-440).
- 4.—Madrid, 1881. (*Teatro selecto*, ed., de Menéndez y Pelayo, en la *Biblioteca Clásica*.—4 vols.)
- 5.—Madrid, 1926. (*Autos Sacramentales*, ed., de Angel Valbuena Prat, en *Clásicos Castellanos*, vol. I, págs. 127-195).
- 6.—Madrid, s. a. (*Las cien mejores obras de la Literatura Española*.—Vol. 51. Calderón de la Barca. *Autos Sacramentales: El Gran Teatro del Mundo, La Vida es Sueño*. Prólogo de M. R. T., Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. — Páginas 87-190).
- 7.—Madrid, 1942. (*Clásicos Castellanos*. Ed. de Angel Valbuena Prat, reimpression de la ed. de 1926, con el prólogo ampliado.—Págs. 127-195).



luntad (El Espíritu u Hombre)—no debe confundirse jamás con ella. Clarín, al describir el caballo o *Hipógrifo violento* en el que se despeñó con Rosaura, dice:

En un veloz caballo  
—perdóname, que fuerza es el pintallo  
en viniéndome a cuento,—  
en quien un mapa se dibuja atento,  
pues el cuerpo es la tierra,  
el fuego el alma que en el pecho encierra,  
la espuma el mar, y el aire es el suspiro  
en cuya confusión un caos admiro.  
Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,  
monstruo es de fuego, tierra, mar, y viento;  
de color remendado  
rucio y a su propósito rodado,  
del que bate la espuela,  
que en vez de correr vuela,  
a tu presencia llega  
airosa una mujer...

(III, 9)

Teniendo presente la identificación de los personajes de la comedia con los del mito, y el significado cosmogónico de éstos, tendremos que el Segismundo Duque de Moscovia (Hiperión) es el alma; Clorilene (Rea) el cuerpo; Segismundo, Príncipe de Polonia (Tifoeo) el espíritu; y Basilio (Tártaro), el agua o espuma. Violante (Temis) puede ser la conciencia; y su hija Rosaura (Astrea), la subconciencia o sensualidad, Recisunda, Estrella, y Astolfo no tienen simbolización definida.

Dice Basilio en la escena VI del acto I:

Porque el hado más esquivo,  
la inclinación más violenta,  
el planeta más impío,  
sólo el albedrío inclinan,  
no fuerzan el albedrío.

En estos versos plantea Calderón la tesis teológica de la comedia: la lucha entre el determinismo fatalista (Hado o Destino)—consecuencia del pecado original—, y el libre albedrío. Pero ésto requiere un poco de historia.

Predicó Pelagio en el siglo V la nueva doctrina de que el pecado original no se transmitía al género humano. Ello equivalía a negar la ley natural de herencia y la corrupción de la naturaleza humana por la culpa primera. A pesar de las condenas de los Concilios y de las vigorosas impugnaciones de San Agustín, la herejía subsistió con más o menos arraigo hasta que en el siglo XVI el Protestantismo la dió nueva vida.

Los heresiarcas plantearon el problema del modo siguiente: El hombre sale perfecto de las manos de Dios; y siendo esta perfección condición esencial de la naturaleza humana, el hombre no puede pecar, ni por tanto delinquir. Pero se encontraron con que el hombre pecaba y delinquía; y entonces se preguntaron: ¿Dónde está el origen del pecado? Y se contestaron: en Dios. La lógica consecuencia de aberración semejante, fué naturalmente otra aberración mayor: Si Dios es el autor del pecado, o Dios tiene dos naturalezas, una mala y otra buena—lo que es absurdo,— o existen dos Dioses, uno bueno y otro malo, lo que es volver al dualismo persa y maniqueista.

Esta doctrina, condenada en el Concilio de Trento, fué además briosamente impugnada por los polemistas católicos que, a su vez, enfocaron el problema desde este punto de vista. El hombre sale perfecto de las manos de Dios; pero esta perfección no es condición esencial de la naturaleza humana, sino don gratuito de Dios, al cual el hombre puede corresponder con su libre albedrío pecando o no pecando. Esta lucha del libre albedrío contra el determinismo fatalista—consecuencia del pecado original—, es la que escenificó Calderón en la pugna entre Segismundo y Basilio, es decir: entre la Luz y las Tinieblas que la aprisionan y tiranizan, impidiéndola conquistar el Cielo o Reino de Dios Uno y Trino (Eustorgio III).

Esta polémica teológica se halla representada en la literatura Española del siglo XVI por las obras *De Servo et libero arbitrio*, *De facto* y *De praedestinatione*, de Soto, Báñez, Suárez y Molina. La doctrina de estas obras plantea el problema de dos modos distintos, aunque dentro, naturalmente de la más pura ortodoxia, dando lugar a dos escuelas: la dominicana, que da más intervención en la solución del problema a la confianza en la Gracia divina que a la intervención del libre albedrío; en tanto que la escuela jesuítica—llamada por eso de la *concordia simultánea*—proclama la necesidad de la cooperación de aquél para merecer ésta. Nuestra gran literatura dramática del siglo XVII escenificó estas dos doctrinas en otras dos obras magistrales: *El condenado por desconfiado* de Tirso de Molina, y *La Vida es Sueño* de Calderón. En la del fraile mercedario, el ermitaño Paulo, de vida austera y penitente, se condena por no confiar en la Misericordia divina; mientras que el bandolero Enrico, cuya existencia está llena de abominaciones, se salva por su contricción y fe en la bondad Suprema. En la comedia calderoniana, Segismundo—es decir, el Espíritu encerrado en las entrañas de la tierra o cuerpo—y tiranizado por Basilio—las Tinieblas del Infierno o pecado—se hace libre rasgando las entrañas maternas y venciendo a su padre, para lo cual tiene que vencerse a sí mismo, matando su semipersona de hombre-Víbora, símbolo de las pasiones carnales:

¡Es verdad! Pues, reprimamos  
esta fiera condición,  
esta furia, esta ambición,  
por si alguna vez soñamos.

(II, 19)

La soberbia, la lujuria, pasiones dominantes de Segismundo y causa de su nacimiento—el pecado original—, son las cadenas del Espíritu prisionero del pecado en la envoltura de la carne y cuya razón, ley o justicia, ignoradas por el Príncipe, constituyen su obse-

sión y constante pesadilla. Oigamos esta maravillosa página de la teología dramática Española en la II escena del acto I:

¡Apurar, cielos, pretendo,  
ya que me tratáis así,

(es decir, ya que me habéis privado de libertad)

qué delito cometí  
contra vosotros naciendo!

(Es decir: Segismundo, por el mero hecho de nacer, ha cometido un delito contra los Cielos; y éstos, en castigo, le han privado de libertad.)

Aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido.  
Bastante causa ha tenido  
vuestra justicia y rigor,

(es decir: el castigo que me habéis impuesto, es justo, aunque riguroso, y tiene bastante causa).

Pues el delito mayor  
del hombre es haber nacido.  
Sólo quisiera saber  
para apurar mis desvelos

(lo que obsesiona a Segismundo es la causa, el porqué de su origen)

—dejando a una parte, cielos,  
el delito de nacer—,  
¿qué más os pude ofender  
para castigarme más?  
¿No nacieron los demás?

(Los demás no son los hombres, sino los elementos de la Creación: el ave, el bruto, el pez y el arroyo, de los que va hablar a continuación.)

Pues si los demás nacieron,  
¿qué privilegios tuvieron  
que yo no gocé jamás?  
Nace el ave, y con las galas  
que la dan belleza suma,  
apenas es flor de pluma  
o ramillete con alas,

(es decir, apenas nace)

cuando las etéreas salas  
corta con velocidad,  
negándose a la piedad  
del nido que deja en calma.  
¿Y teniendo yo más alma,  
tengo menos libertad?  
Nace el bruto, y con la piel  
que dibujan manchas bellas,  
apenas signo es de estrellas  
—gracias al docto pincel—,

(es decir, apenas nace)

cuando atrevido y cruel  
la humana necesidad  
le enseña a tener crueldad,  
monstruo de su laberinto.  
¿Y yo, con mejor instinto,  
tengo menos libertad?  
Nace el pez, que no respira,  
aborto de ovas y lamas,  
y apenas bajel de escamas  
sobre las ondas se mira,

(es decir, apenas nace)

cuando a todas partes gira,  
 midiendo la inmensidad  
 de tanta capacidad  
 como le da el centro frío.  
 ¿Y yo, con más albedrío,  
 tengo menos libertad?  
 Nace el arroyo, culebra  
 que entre flores se desata;  
 y apenas, sierpe de plata  
 entre las flores se quiebra,

(es decir, apenas nace).

Cuando músico celebra  
 de las flores la piedad,  
 que le da la majestad  
 del campo abierto a su huída.  
 ¿Y teniendo yo más vida  
 tengo menos libertad?

En resumen: el ave, el bruto, el pez y el arroyo, que son más imperfectos que Segismundo—es decir, que el Hombre—, puesto que tienen menos alma, menos instinto, menos albedrío y menos vida que él, desde que nacen, y por el mero hecho de nacer, tienen plena libertad; mientras que Segismundo—es decir, el Hombre—, que es más perfecto que ellos, puesto que tiene más alma, más instinto, más albedrío y más vida, desde que nace, y por el mero hecho de nacer, carece de plena libertad. ¿Por qué? ¿Qué diferencia esencial hay entre uno y otro nacimiento? ¿Qué delito o pecado hay en el nacimiento del Hombre que no existe en el de los otros y que le ha hecho merecedor de ese castigo?

¿Qué ley, justicia o razón  
 negar a los hombres sabe  
 privilegio tan suave,  
 excepción tan principal,  
 que Dios le ha dado a un cristal,  
 a un pez, a un bruto y a un ave?

La alusión al pecado original es evidente. ¿Cuál es el pecado de origen de Segismundo, es decir, del Hombre o Espíritu? el horóscopo de éste, interpretado con la descripción del hipógrifo hecha por Clarín, nos da la solución del problema. El Alma, revelada contra los preceptos de su Creador, se entrega a los placeres de la Carne, esposa del Pecado; y éste, en desquite, la mata y encierra en sus entrañas, donde renacerá reencarcada en Espíritu u Hombre. Este pecado, es el Pecado original.



La vida temporal, así nacida, es un soplo, un sueño, comparada con la vida eterna para la cual hemos sido creados y predestinados. ¿Qué hemos de hacer para merecerla? lo que Segismundo: desgarrar las entrañas de la madre y vencer al padre, y para vencer al padre; que nos tiraniza, no hay sino vencerse a sí mismo. Todo lo que en este mundo nos separe del fin último al que debemos tender, hay que dejarlo en el camino como cosa caduca y pasajera. Oigámoselo al propio Segismundo (II, 19):

¡Es verdad! Pues, reprimamos  
esta fiera condición,  
esta furia, esta ambición,  
por si alguna vez soñamos.  
Y sí haremos, pues estamos  
en mundo tan singular  
que el vivir sólo es soñar;  
y la experiencia me enseña  
que el hombre que vive sueña  
lo que es hasta despertar.  
Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso, que recibe

prestado, en el viento escribe,  
y en cenizas le convierte  
la muerte. ¡Desdicha fuerte!  
¿Qué hay quién intente reinar  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte?  
Sueña el rico en su riqueza  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza;  
sueña el que afana y pretende;  
sueña el que agravia y ofende;  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende.  
Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me ví.  
¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción;  
y el mayor bien es pequeño,  
que toda la vida es sueño  
y los sueños sueños son.

De este sueño de la vida habremos de despertar algún día para la vida eterna. Y para alcanzarla, hemos de obrar el bien, aunque sea en sueños; porque — como dice Clotaldo al Príncipe (II, 18)—:

Segismundo, que aun en sueños  
no se pierde el hacer bien.



Y el mismo Segismundo corrobora este sabio consejo con las siguientes palabras, últimas también de esta conferencia:

A reinar, fortuna, vamos;  
no me despiertes si duermo;  
y si es verdad, no me aduermas.  
Mas sea verdad o sueño,  
obrar bien es lo que importa;  
si fuere verdad, por serlo;  
si no, por ganar amigos  
para cuando despertemos.

(III, 4).

Oviedo, 25 de enero de 1944.

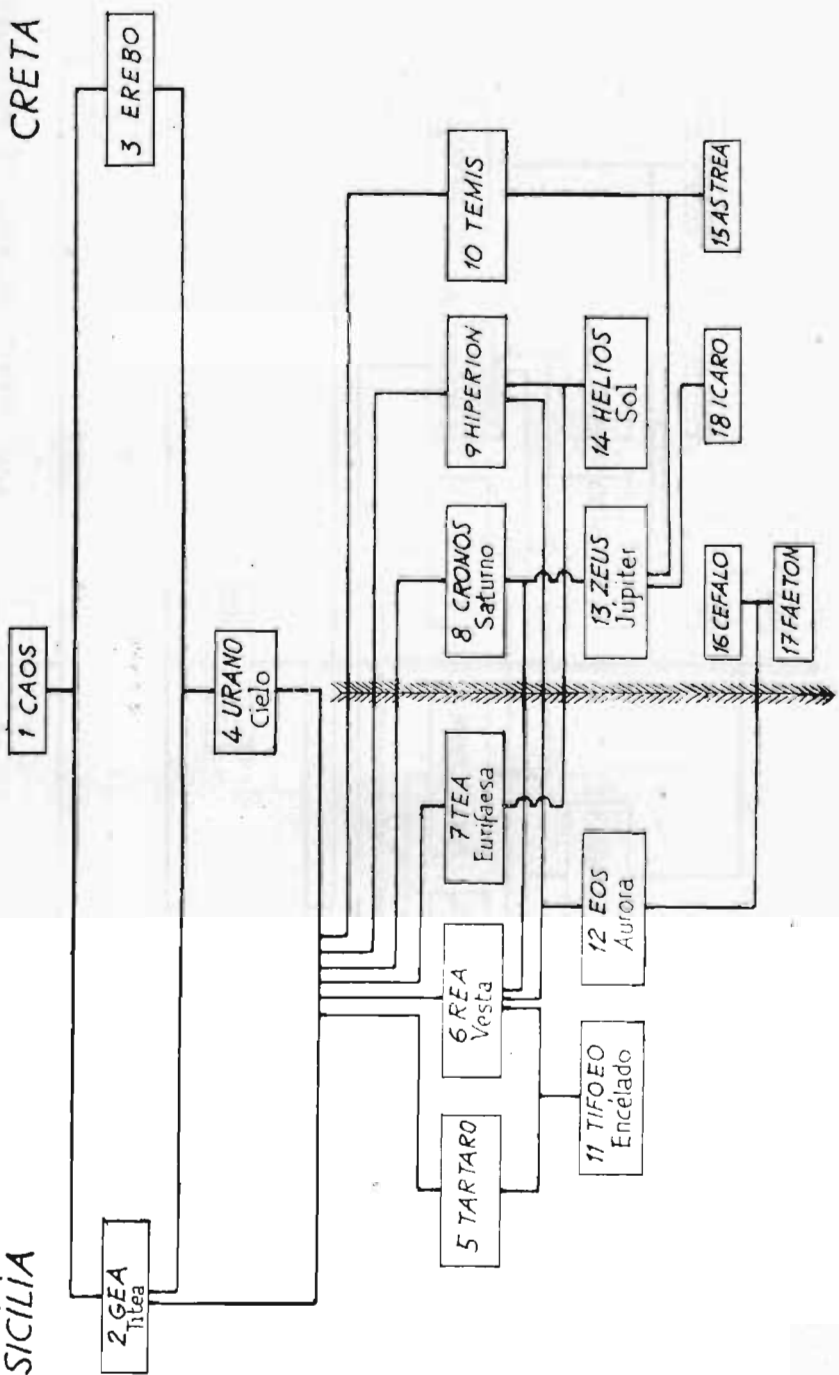
## Dioses de la Mitología que reinan en el Cielo y su identificación con los personajes de LA VIDA ES SUEÑO

Horas	Dioses que en cielo sucedieron a <b>URANO</b>		Reyes que en Polonia sucedieron a EustorgioIII			
12m.—3t.	CRONOS (Saturno)	y y	REA (Vesta)	..... .. y CLORILENE		
3t. — 6t.	ZEUS (Jupiter)	y	TEMIS	CLOTALDO Y VIOLANTE		
6t.— 9n.	HIPERION	y	TEA (Eurifaesa)	SEGISMUNDO Y RECISUNDA (Duque de Moscovia)		
9n.—12n. 12n.—3m. 3m.—9m.	TARTARO	y	REA (Vesta)	BASILIO Y CLORILENE		
6m.—9m.			TIFOEO (Encelado)	y	EOS (Aurora)	SEGISMUNDO Y ESTRELLA (Príncipe de Polonia)
9m. - 12m.			HELIOS (Sol)	y	ASTREA	ASTOLFO Y ROSAURA

GENEALOGIA DE LOS DIOS DE LA MITOLOGÍA CLÁSICA QUE SE TRANSFORMARON EN LOS PERSONAJES DE "LA VIDA ES SUEÑO" -

SICILIA

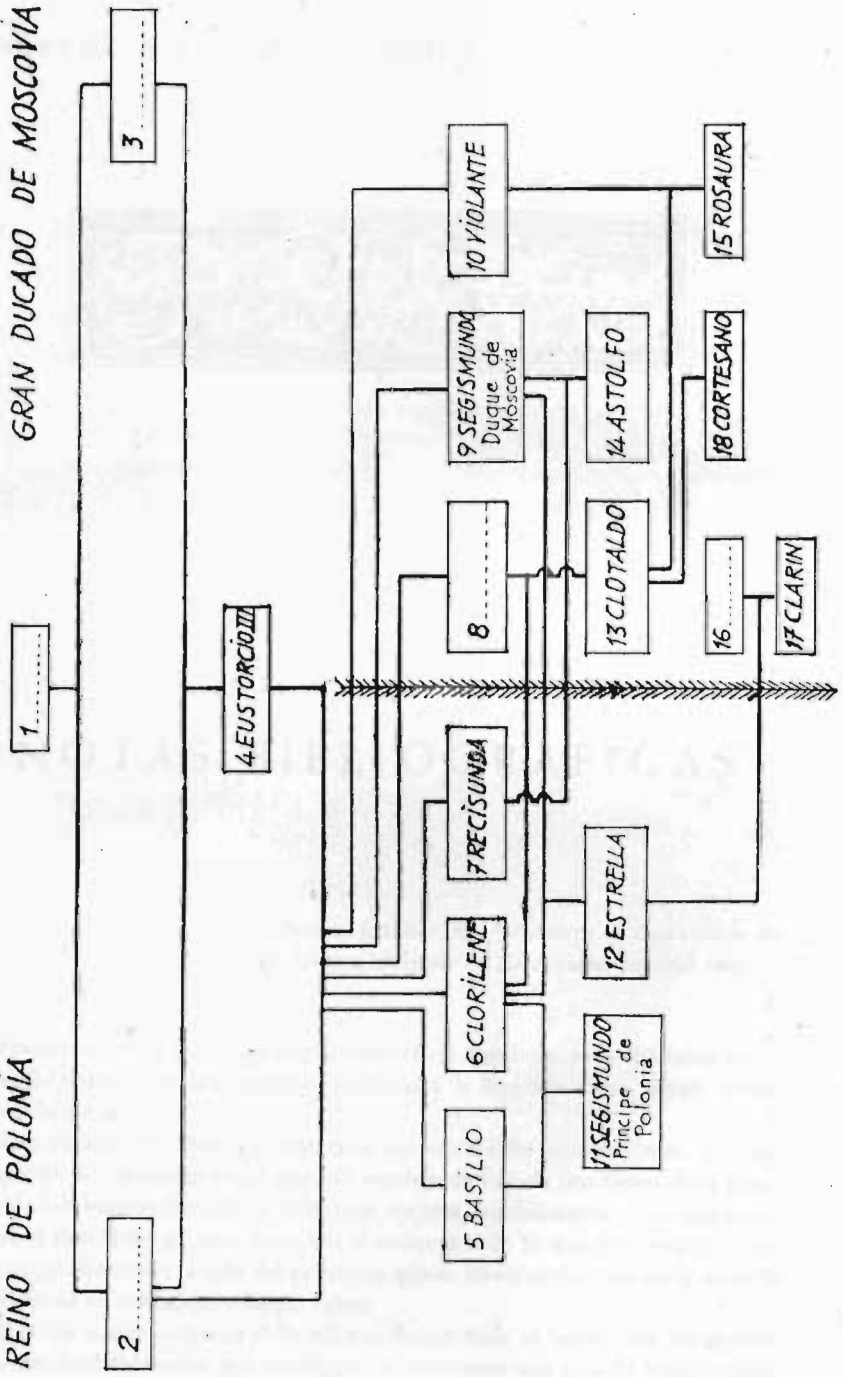
CRETA



GENEALOGÍA DE LOS PERSONAJES DE "LA VIDA ES SUEÑO"

REINO DE POLONIA

GRAN DUCADO DE MOSCOVIA





## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

BONET, Joaquín A.—Grandeza y desventura de  
D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Madrid 1944.

Sin necesidad de entrar en una extemporánea discusión sobre las faltas o virtudes del mismo, resulta innegable considerar a la Biografía como género literario del momento.

Pero cuando una obra pretende, muy por encima del éxito editorial, la elevada misión de rehabilitar en el sagrado nombre de España una figura de la grandiosidad de nuestro Jovellanos, tiene que alejarse, forzosamente, de lo que constituye el patrón del género, tiene que abandonar todo lo que de novelado o novelable pudiera tener la vida del personaje que se ha escogido, para sacar a luz lo histórico en su verdadero y limpio valor.

Y eso es lo que ha hecho el Sr. Alonso Bonet. Pero al hacerlo ha construído algo que, probablemente, no se propuso: el ofrecernos una vida de Jovellanos lo-

grada a maravillosos retazos, a pinceladas, a cuadros de un realismo asombroso trazados, como si dijéramos, en el vivo estilo goyesco de la misma época de nuestro patricio.

Por eso los capítulos de la obra tienen sabor plástico: «La sotana y la toga: Madrid goyesco; El Señor de Cimadevilla; Nelsón, frente a Mallorca», etc. Y sobre todo, gracias a eso, tienen la cualidad de hacer que el lector al conocer esos rápidos bocetos de Jovellanos quede con el gusto de ellos en los labios y pretenda, por todos los medios, ahondar más en esa vida de la que ya conoce unos cuantos rasgos. Lo que no deja de ser el mejor destino de las biografías y más en las que, como la presente, tienen un profundo sentido rehabilitador.

Esto por lo que respecta a la forma del libro. El fondo no puede caber, naturalmente, ni siquiera reflejado en la brevedad de una nota bibliográfica. Pero no pueden dejarse de repetir esas palabras de Vázquez de Mella recogidas en el prólogo de esta misma obra: «Indudablemente a Jovellanos se le desconoce casi totalmente».

El segundo centenario del nacimiento del ilustre gijonés ha dado lugar a la ruptura del antiguo olvido por la obra jovellanista. Diversos aspectos—el pedagógico, el literario, el jurídico, el político—se han tratado por diferentes personalidades y a todos ellos se refiere este libro. Pero sobre todo, entre las amenas páginas que parecen pasar demasiado aprisa, queda grabado el profundo valor humano de Jovellanos a quien quizá tanto como su obra hizo grande la manera de llevar su desventura.

A. F. S.



## CRONICA UNIVERSITARIA

### CURSO DE CONFERENCIAS

Han continuado ocupando la cátedra de nuestra Universidad numerosas personalidades que han mezclado sus lecciones con las de nuestros Catedráticos y Profesores. Todas ellas han sido escuchadas con un interés que ha venido a acreditar nuevamente la importancia de estos cursos de conferencias.

Entre otros se han desarrollado los siguientes temas: «Problemas en torno del Greco», por el profesor Camón Aznar; «La organización de la industria química», por el profesor Martín Balzola; «Cartesianismo y Filosofía española del siglo XVIII», por el R. P. Ramón Ceñal; «Bellezas de la Arquitectura eclesiástica alemana», por el P. Urrutia; «Los elementos orientales en la miniatura meid leval española», por el Excmo. Sr. y Magnífico Rector de la Universidad de Granada, señor Marín Ocete, etc. Al lado de esto las intervenciones de nuestros profesores Sres. Estrada sobre «El olvidado centenario del Conde de Toreno»; Santa Eulalia, «Nuevas orientaciones de Derecho civil»; Jardón, «España en el Concilio del Trento»; Silva, «Las medidas de seguridad en el Derecho Penal contemporáneo», etc., y el Rector, Sr. Alvarez Gendín que cerró el curso con sus conferencias sobre la «Organización administrativa del marruecos español.»

Completaron el cuadro conferencias-concierto como la de D. Gerardo Diego titulada «Retratos de mujeres».

#### INCORPORACION DE LA FACULTAD DE VETERINARIA DE LEON

Dispuesta por la Ley de Ordenación Universitaria la transformación en Facultades de las antiguas Escuelas de Veterinaria se ha celebrado un acto solemne para cumplir este precepto en lo relacionado con la de León. Tuvo lugar el 16 del pasado abril con asistencia en corporación de la Junta de Gobierno de la Universidad.

Dieron comienzo los actos con una misa en la iglesia de Santa Marina la Real desde la que se trasladaron las autoridades al Paraninfo de la nueva Facultad en cuyo lugar se celebró un acto académico en el que tomaron parte el Jefe del Sindicato Español Universitario de León, el Alcalde, el Decano y el Rector de la Universidad. Este puso de manifiesto la trascendencia de la nueva reforma universitaria y señaló a los estudiantes sus deberes en las actuales circunstancias.

En dicho acto se celebró también el de juramento de los alumnos con arreglo a las formalidades propias.

En honor de la Junta de Gobierno de la Universidad ovetense el S. E. U. de León organizó en la Diputación provincial un concierto de carácter folklórico.

#### FIESTA DEL LIBRO

Con igual trascendencia que en pasados años ha celebrado nuestra Universidad, en el aniversario de la muerte de Cervantes, la Fiesta del Libro.

En la capilla universitaria y con asistencia de las autoridades provinciales y el Claustro, se celebró una misa por el alma de los escritores caídos. A continuación las autoridades se trasladaron a la nueva Biblioteca que visitaron detenidamente para conocer las importantes y recientes reformas allí realizadas,

Por la tarde tuvo lugar el acto académico en el que D. Gerardo Diego pronunció una conferencia sobre el tema «Un amigo de Cervantes». Lo cerró con un discurso el Magnífico y Excmo. Sr. Rector en el que desarrolló ampliamente la actual misión formativa de la Universidad.

#### CREACION DE DOS BECAS POR EL SR. FIERROS

Por el conocido financiero asturiano D. Ildefonso González Fierros se ha entregado a nuestra Universidad un donativo de 200.000 pesetas destinado a la creación de dos becas para estudiantes de la misma.



## FIN DEL CURSO 1943-44

Se han dado fin a las tareas académicas del curso 1943-1944 con el solemne acto de la investidura de los nuevos licenciados con que nuestra Universidad despide de una manera solemne y emotiva a las generaciones que forma entre sus aulas. Con el ceremonial acostumbrado tuvo lugar en la capilla de la Universidad con asistencia del Claustro de profesores.

También se celebró solemnemente el acto de juramento de los estudiantes no oficiales del primer curso en el Paraninfo de nuestra Universidad.

## EXCURSIONES DE FIN DE CARRERA

En el presente curso han tomado gran importancia las excursiones celebradas por los alumnos que terminaron en él su carrera. El carácter de esta crónica nos impide reseñar debidamente estos viajes que tuvieron resonancia nacional.

Los de la Facultad de Derecho se dirigieron a Marruecos acompañados del Rector, del Sr. Decano y del Catedrático Sr. Sela. Se informaron ampliamente de las peculiaridades jurídicas de nuestra zona en Ceuta, Xauen, Tetuán, Larache y Tánger, siendo recibidos por el Alto Comisario y por el Gran Visir.

Los de la Facultad de Ciencias, con su Decano se trasladaron a Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Santander y Madrid, de cuyas poblaciones visitaron detenidamente los centros industriales. Hemos de destacar el obsequio en su honor en el Colegio Mayor de Zaragoza por parte de aquella Facultad de Ciencias.

Finalmente, los alumnos de Filosofía y Letras, con los profesores señores Martínez Otero, Aguilera y Estévez visitaron las instituciones relacionadas con su especialidad de Segovia, Toledo, Madrid, Escorial, Avila, Salamanca y Valladolid y en especial de sus monumentos artísticos, dispensándosele al grupo una magnífica acogida en estas últimas Universidades.

## EL V CURSO DE VERANO

Nuevamente ha prolongado sus tareas nuestro Centro en los meses veraniegos y esta vez con un éxito que ha superado, incluso, las anteriores. El V Curso de Verano y III para extranjeros organizado por la Universidad con la colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha señalado definitivamente un importante lugar para nuestras Aulas en el momento cultural de España.

Este Curso guarda, además, un valor especial para la Universidad ovetense por haber sido inaugurado con la visita oficial del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional D. José Ibáñez Martín. En la sesión de apertura pronunció un

discurso en que tras el reconocimiento al esfuerzo de las dos veces martirizada Universidad de Oviedo puso de manifiesto la misión que el nuevo Estado confía al universitario e hizo especial mención a sus proyectos ministeriales en lo relacionado con nuestro Distrito.

Con motivo del Centenario de Jovellanos se guardó lugar especial dentro del temario del curso al estudio de su figura, tratada en sus múltiples aspectos en un pequeño ciclo de conferencias de las que reseñamos: «Ideas pedagógicas de Jovellanos», del Excmo. y Magnífico Sr. Rector; la del profesor Dr. Entrambasaguas sobre «Jovellanos y el teatro de su tiempo»; «Aspectos agrícolas de la obra de Jovellanos», de D. José María Palacios; «Ideas económicas y mineras de Jovellanos», por D. Ignacio Patac; D. Joaquín Bonet, disertando sobre «Un diarista del siglo XIX» y D. Jesús Evaristo Casariego que trató de los temas «Ortodoxia religiosa y filiación filosófica de Jovellanos» y «Jovellanos, precursor del tradicionalismo político».

Igualmente el V Curso de Verano ha prestado destacada atención a los temas médicos desarrollados en las conferencias del Dr. Jiménez Díaz, y los señores Gasset de las Morenas sobre «Organización de los servicios sanitarios provinciales», Coronado, acerca de «Patografía de Chopín»; García Cossío que trató de «El diagnóstico de la silicosis»; Grande Covián, de «La alimentación humana»; García Morán sobre «Tratamiento del cáncer de estómago»; Cabal, «Carcinoma pleurobronquial»; Macías de las Torres, «El problema del aborto»; Alvarez Buylla, «Tratamiento de la fiebre tifoidea» y Quirós Isla que disertó sobre el tema «El problema social de los débiles mentales».

A los interesantes trabajos de los profesores de nuestro Claustro se unieron las investigaciones de importantes representantes de nuestra cultura como, entre otros, D. Alejandro Martínez Gil, el Dr. Yela Utrilla, el profesor Krumscheid, los Catedráticos Lora Tamayo, Orozco Díaz, Guasp Delgado, González Barredo, Camón Aznar y Uría, el Ilmo. Sr. D. Santos Arán, el Excmo. Sr. D. José Moreno Torres, etc.

Merecen destacarse también las conferencias musicales que se intercalaron en el curso a cargo de los maestros Rodrigo, Muñiz Toca, Andrade de Silva y P. Magdalena acompañadas de ilustraciones musicales por los conferenciantes en algunas de ellas y unidas a conciertos de agrupaciones musicales como el Quinteto Nacional de Música de Cámara y la Orquesta Sinfónica de Cámara de Educación y Descanso.

También se multiplicaron las excursiones, durante el curso tuvieron lugar las de Gijón, Avilés, San Claudio, San Román de Candamo, San Esteban de Pravia, Covadonga y León.

En la sesión de clausura intervino D. Ernesto Giménez Caballero que pronunció una conferencia sobre el tema «Oviedo y Europa».

## LA VISITA DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

Con motivo de la apertura del Curso de Verano realizó su visita oficial a nuestra Universidad el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional Dr. Ibáñez Martín. Además de su intervención en la citada sesión de apertura el ministro, acompañado de las Autoridades académicas recorrió detalladamente todas y cada una de las dependencias e instalaciones de la Universidad.

Muestra destacada de su presencia fué la colocación de la última piedra en el Colegio Mayor de San Gregorio en la tarde del 25 de agosto y las detenidas y minuciosas visitas reealizadas a los centros docentes de Oviedo, Gijón y Avilés.

## NUEVOS NOMBRAMIENTOS

La vacante producida por el fallecimiento del Dr. Eguren y Bengoa, siempre recordado en nuestra Universidad, ha sido cubierta por la designación del excelentísimo señor don José María Fernández Ladreda para el Vice-Rectorado de la Universidad ovetense. Igualmente han sido nombrados D. Cristino Antonio Floriano Cumbreño, Vice-Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y D. José María Serrano Suárez, Director del Secretariado de Publicaciones.

Hay que recoger igualmente la designación de D. Jesús López Cancio como Jefe del Frente de Juventudes en el Distrito Universitario de Oviedo.

Dos nuevos Catedráticos se han incorporado a las tareas de nuestro Claustro: el Dr. D. Cristino Antonio Floriano Cumbreño, nombrado para la Cátedra de Paleografía en la Facultad de Filosofía y Letras y D. Antonio Espurz Sánchez, nombrado para la de Física en la Facultad de Ciencias con lo que enlaza su labor con la desarrollada por su padre durante 40 años al frente de esa misma disciplina.

## INAUGURACION DEL CURSO ACADEMICO 1944-45

Con el ceremonial acostumbrado celebró la Universidad la apertura del curso que comenzó con la tradicional Misa de Espíritu Santo. Seguidamente se celebró en el Paraninfo la solemne sesión de apertura, con asistencia de las autoridades provinciales, en la que tras la lectura de las Memorias de los centros docentes de Oviedo por los respectivos Secretarios, intervinieron el Secretario del Distrito Universitario del S. E. U., el Dr. D. Rafael de Balbín Lucas, Catedrático de Lengua y Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras que leyó la lección inaugural sobre «El tema de España en la obra de Becquer» y el Excmo. y Magnífico Sr. Rector que analizó la obra realizada en el pasado curso y los proyectos para el presente y declaró abiertas las tareas académicas en el nuevo período en todo el Distrito.

## FESTIVIDAD DE SAN ALBERTO MAGNO

La Facultad de Ciencias ha celebrado la festividad de su Patrono con gran solemnidad. Después de la ceremonia religiosa se celebró un acto académico en el Paraninfo en el que intervinieron un alumno de la Facultad en nombre del S. E. U. y el Ilmo. Sr. Decano de la misma.

Por la tarde tuvieron lugar diversos actos deportivos.

## FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA

El día de la Patrona del Distrito Universitario y del Colegio Mayor Femenino ha recogido también la conmemoración del X aniversario de la fundación del S. E. U.

En la capilla universitaria se celebraron en la mañana solemnes actos religiosos en honor de la Santa, a continuación de los cuales tuvo lugar el acto conmemorativo del Sindicato Español Universitario en el que tomaron parte el Jefe del Frente de Juventudes en el Distrito Universitario y el Ilmo. Sr. Vice-Decano de la Facultad de Derecho y Delegado provincial de Educación de F. E. T. y de las J. O. N. S. Dr. Silva Melero.

En la tarde tuvo lugar un acto académico en el que pronunció una conferencia sobre el tema «La mujer sabia» el Ilmo. Sr. Vice-Decano de la Facultad de Filosofía y Letras Dr. Floriano, siguiéndole con unas palabras en que resumió los actos del día el Excmo. Sr. Vice-Rector de la Universidad.

## COLEGIOS MAYORES

Con la colocación de la última piedra en el de San Gregorio ha comenzado la etapa definitiva de la organización de los Colegios Mayores de nuestra Universidad cuyas actividades comienzan a percibirse en el presente curso con plena autonomía.

Hasta el momento cabe destacar la plenitud alcanzada en la formación deportiva que se ha traducido en varias competiciones de este género celebradas en el campo de deportes del Colegio.

## ACTIVIDADES DE LA MILICIA UNIVERSITARIA

Se ha celebrado con gran brillantez en el Paraninfo universitario el acto de apertura del Curso de Invierno de la Milicia Universitaria en el que tomaron parte el Jefe del Frente de Juventudes en el Distrito universitario, el Comandan-

te-Jefe de la Milicia, el Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad y el excelentísimo Sr. General Gobernador Militar de Asturias.

También se ha celebrado el acto de entrega de un banderín que el S. E. U. de Oviedo regala a la sección de Artillería de la Milicia Universitaria y en el que intervinieron el Jefe del Frente de Juventudes en el Distrito y el Comandante-Jefe de la misma.

# SOCIEDAD METALURGICA "DURO-FELGUERA"

(COMPANÍA ANONIMA)

CAPITAL SOCIAL: 125.000.000 DE PESETAS

CARBONES gruesos y menudos de todas clases y especiales para gas de alumbrado -:- COK metalúrgico y para usos domésticos -:- Subproductos de la destilación de carbones: ALQUITRAN DESHIDRATADO, BENZOLES, SULFATO AMONICO, BREA, CREOSOTA y ACEITES pesadas LINGOTE al cok -:- HIERROS Y ACEROS laminados -:- ACERO moldeado -:- VIGUERIA, CHAPAS Y PLANOS ANCHOS -:- CHAPAS especiales para calderas -:- CARRILES para minas y ferrocarriles de vía ancha y estrecha TUBERIA fundida verticalmente para conducciones de agua gas y electricidad, desde 40 hasta 1.250 mm. de diámetro y para todas las presiones -:- CHAPAS PERFORADAS VIGAS ARMADAS -:- ARMADURAS METALICAS DIQUE SECO para la reparación de buques y gradas para la construcción, en Gijón.

**Domicilio Social: MADRID -:- Barquillo. 1 -:- Apartado 529**  
**Oficinas Centrales: LA FELGUERA (Asturias) " 1**



LIBRERIA

## "CIPRIANO MARTINEZ"

(Sucesora: Enedina F. Ojanguren)

**Plaza de Riego, 1**

**OVIEDO**

# Sociedad Anónima Fábrica de Mieres

Domicilio social: ABLAÑA (Asturias)

**Oficina Central: OVIEDO—Calle Argüelles, número 39**

**Correspondencia: OVIEDO—Apartado 134**

**Dirección telegráfica: FABRIMIERES (Oviedo)**

LINGOTE de afino y de moldería.—Hierros laminados.  
—CONSTRUCCIONES METALICAS: Puentes, calderas, vigas armadas, tinglados, mercados, vagones de hierro para minas y otros.

CARBONES propios para cok, gas y vapor.—COK superior para cubilotes y usos metalúrgicos y domésticos.

SUBPRODUCTOS DERIVADOS DE LA HULLA:

Sulfato de amoníaco, benzoles de diversos tipos, quitamanchas, solvent, etc., alquitrán deshidratado para carreteras, brea, naftalina.

**AGENCIA EN GIJON: Calle de Felipe Menéndez, núm. 6**



## ACADEMIA ALLER

**MOREDA (Asturias)**

PREPARACION. TECNICOS INDUSTRIALES, BACHILLER,  
COMERCIO, TAQUIGRAFIA, CAPATACES Y VIGILANTES  
DE MINAS, ETC.

*Toda la correspondencia relacionada con donativos,  
anuncios, suscripciones, etc., debe ser diri-  
gida al Secretariado de Publica-  
ciones de la Universidad  
de Oviedo*

Suscripción anual ordinaria, en España. . .	15,00 pesetas
Id. Id. extraordinaria. . . . .	50,00 pesetas
Número suelto . . . . .	10,00 pesetas



# Sociedad Regional Católica de Mujeres

*Fué impresa esta Revista en los  
Talleres de la Imprenta «La Cruz»,  
sita en la calle de San Vicente, de  
la Ciudad de Oviedo, en el mes  
de diciembre de 1944.*